

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Los asesinos invencibles, vol.1 y 2

Estos asesinos, que fueron creados para que, realmente, resultaran invencibles. Y en efecto, lo eran…, hasta que intervino la agente Baby, claro está. Mientras tanto, detrás de estos asesinos invencibles había unos personajes que habían decidido enriquecerse sirviéndose de ellos, es decir, alquilándolos a razón de medio millón de dólares por asesinato cometido por encargo. Por supuesto que esto no podía dejar indiferente a la señorita Montfort.



Lou Carrigan

Los asesinos invencibles, vol. 1 y 2

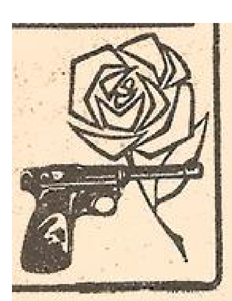
Brigitte en acción - 77

ePub r1.1
Titivillus 13.07.2017

Lou Carrigan, 1968

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: pepito56
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Preludio

Apenas como una sombra, el hombre se deslizaba sigilosamente por entre las grandes cantidades de juguetes expuestos en estanterías de cristal, mostradores, soportes de rejilla metálica… Desde la calle llegaba un levísimo resplandor, desde luego insuficiente. Pero de cuando en cuando, a intervalos muy prudentes, el hombre lanzaba el rayo de luz de una pequeña linterna hacia delante o los lados, examinando precavidamente cuanto le rodeaba.

Parecía que solamente él estaba allí. Pero el hombre debía de ser terriblemente desconfiado, porque no se descuidaba ni un segundo, y en su mano derecha brillaba a veces en un tono apagado, pavonado, una imponente automática de nueve tiros.

La tienda era enorme, con diversas secciones. Incluso tenía un medio piso arriba, con una barandilla de tubo de aluminio y cristales que permitía asomarse con comodidad y sin riesgo. Tal medio piso se hallaba al fondo de la lujosa tienda de juguetes. A un lado había un bar obviamente para niños. Un bar especial, por tanto: mesitas pequeñas, una barra donde el barman debía hartarse de servir Coca-Cola, leche y jugos de naranja o tomate, o chocolate, helados, emparedados de queso o jamón… Un simpático bar para niños.

Todo allí era para niños. O para mayores a los cuales todavía les gustase jugar con trenes eléctricos, muñecas, aros, patines… Era, ciertamente, un amable lugar, que parecía ahora un poco triste, como abandonado, sin los niños. Pero a la mañana siguiente, todo volvería a la normalidad, llegarían niños a mirar con ojos maravillados el gigantesco caballo de peluche, los grandes revólveres que llevaba el vaquero, el platillo volante…

El hombre de la pistola no pensaba en eso, ni parecía tener la menor intención de examinar los juguetes. Siempre deslizándose como una sombra apenas, llegó al fondo de la tienda. Allá había

una puerta, que una vez abierta, mostró un amplio pasillo, con varias puertas a los lados.

Una a una, el hombre las fue abriendo, siempre cautelosamente, y lanzando el rayo de luz hacia el interior. Cuando comprendió que se hallaba en un despacho, su dura mirada se animó un instante. Entró, se colocó tras la mesa y movió la cabeza a ambos lados, como buscando algo. Empezó a remover papeles, pero con tal cuidado, que todo iba quedando tal como había estado antes de ser revuelto. Las manos del hombre eran grandes, nervudas, fuertes, bronceadas. Y la pistola continuaba firme, como soldada a una de ellas.

Examinó algunas libretas que encontró en los cajones, así como facturas, tanto de compra como de venta. Nómina de la dependencia de la juguetería, gastos generales… Los papeles iban pasando entre los ágiles dedos del intruso completamente vestido de negro.

Necesitó diez minutos para sentirse decepcionado, para llegar a la conclusión de que allí no iba a encontrar nada de interés. Se quedó mirando, fruncido el ceño, el montón de etiquetas de envío, colocadas sobre una libreta de pedidos. Tomó una de ellas y leyó el nombre de un niño al que había que enviarle al día siguiente un formidable «pony» de armazón de hierro y forrado de terciopelo. Había más etiquetas, todas ellas con el nombre del destinatario en el anverso y los juguetes que debían enviarle en el reverso. Era fácil: se enviaban las etiquetas a la sección de Empaquetado y Envío, allá leían en el dorso los juguetes que debía contener el paquete, los empaquetaban, pegaban la etiqueta en el paquete y lo enviaban a la dirección que indicaba el anverso de la etiqueta. Una etiqueta bonita, de tono azul y rojo, con algunas estrellas blancas. Recordaba un poco la bandera de Estados Unidos.

De pronto, una sonrisa apareció en el rostro del intruso. Una sonrisa sorprendente, por cuanto su duro rostro pareció entonces más juvenil, muchísimo más amable. Y divertido. Un solo vistazo era suficiente para comprender que aquel hombre era peligroso, difícil de tratar, pero cuando sonreía, parecía un buen muchacho. Y siempre hay que sonreír cuando se va a gastar una broma.

Cogió una de las etiquetas que estaban en blanco, escribió un nombre en el anverso, y en el reverso apuntó: «un oso grandote».

Luego, todavía sonriendo, metió la etiqueta entre las otras que aguardaban el día siguiente para ser enviadas con sus respectivos juguetes.

Acabada esta operación, el hombre dejó de sonreír, y la mueca dura y seca reapareció en su rostro. Salió del despacho, examinó varias dependencias más… Finalmente, llegó a la parte de atrás, al almacén donde, evidentemente, se fabricaban los juguetes que luego lucían tan bonitos en la tienda al público.

Estuvo merodeando por el almacén casi media hora, con un dominio de nervios, con una serenidad tal, que casi resultó increíble cuando apareció el vigilante, un tipo grandote, enorme, que caminaba pesadamente.

Lo primero que hizo el vigilante fue encender la luz del almacén. Y el intruso fue tan veloz en su reacción que antes de que el vigilante hubiera mirado siquiera hacia donde estaba él, ya había saltado tras una gran pila de armaduras metálicas para caballos. Quedó acurrucado, encogido, como si tuviera la facultad de disminuir su imponente estatura atlética. Quedó como un muñeco más, absolutamente inmóvil.

El vigilante se dio una vuelta por el gran almacén, situado en el centro de la manzana de casas, como un anexo a la lujosa tienda. Y después de la vuelta de inspección, convencido de que no había peligro de incendio o cualquier otra catástrofe, se fue hacia un rincón, dio unos golpecitos en el suelo con un pie, y luego se inclinó, examinando el lugar que había golpeado.

Pareció satisfecho. Se incorporó, fue a la entrada del almacén, apagó la luz, y salió.

El intruso no se movió hasta diez minutos más tarde. Con lo que de nuevo demostró que sus nervios eran de acero. No parecía que hubiese nada capaz de alterarlo.

Transcurridos esos diez minutos, se deslizó hacia aquel punto del almacén donde el vigilante había golpeado con el pie y luego se había inclinado para examinar el suelo. Llegó allá, iluminó el suelo con la linterna y frunció el ceño. No veía nada de particular allí. Sin embargo, su sentido de la lógica, su experiencia, su veteranía, le decía que era poco probable que el vigilante fuese un pobre maniático, y que aquel lugar tenía una importancia especial.

Tardó todavía tres minutos en encontrar la trampilla. Y menos

de medio en abrirla.

Se quedó contemplando seriamente los peldaños de madera que descendían hacia un oscuro lugar.

Un sótano…

¿Quizás iba a encontrar allí algo importante?

¿Quizá la clave de lo que andaba buscando?

Sin el menor temor, pero siempre muy cauto, inició el descenso de aquel tramo de escalones de madera. El delgado rayo de luz de su linterna iba hacia todos lados, vivamente, con rápidos movimientos de su mano.

Lo que vio le pareció un gran taller, pero sin juguetes. Todo lo que se veía eran maniquíes, algunos de ellos todavía sin montar, o sin recubrir el armazón. Había un gran montón de brazos, piernas, cabezas, torsos, pelucas… Otros maniquíes estaban completamente vestidos, muy elegantes, en actitud jovial.

El intruso se acercó a un par de ellos, y los examinó. Golpeó sus cabezas con un nudillo, y sonaron a hueco. Naturalmente. Encogió los hombros, frunció el ceño, y se quedó mirando, reflexivo, hacia la entrada del sótano.

Al parecer, aquello era un simple y vulgar sótano donde se fabricaban maniquíes o juguetes.

Y eso era todo. Pero él sabía que…

Oyó claramente el ruidito a su espalda. Se volvió velozmente, alzó la pistola y la linterna. La luz de esta dio de lleno en el rostro de la figura que avanzaba hacia él con la mano derecha tendida.

—Entrégueme su pistola, haga el favor —le pidieron.

Hubo un brusco sobresalto en el rostro del intruso; sus mandíbulas se crisparon fuertemente. Sin vacilar un segundo apretó el gatillo de su automática silenciosa.

Plop, plop, plop…

Las tres balas dieron en la figura que se acercaba a él amistosamente, con la mano tendida. Pero nada ocurrió. Es decir, nada relacionado con las lógicas consecuencias de tres balazos recibidos en pleno pecho.

En cambio ocurrió otra cosa: la figura que se acercaba al intruso alzó su brazo derecho, estirándolo, apuntando hacia el intruso, de su mano brotó de pronto un chorro finísimo de humo, fuertemente impulsado.

El intruso saltó hacia atrás, intentando esquivarlo. Consiguió que aquel chorro finísimo no diera de lleno en su rostro, pero ya no pudo conseguir más.

Cayó de rodillas, soltó la pistola y la linterna, y sus manos ascendieron hacia la garganta. Un segundo después caía de bruces.

Entonces, EL MANIQUI QUE LO HABIA ATACADO se acercó a él, lo cogió por el cinturón y lo arrastró hacia uno de los bancos de trabajo del almacén.

Capítulo Primero

Una sola Brigitte Montfort ya era algo que podía derrumbar de espaldas al tipo más ecuánime e indiferente del mundo. Cuando se tiene un tipito sensacional, unos tremendos ojos azules más luminosos que el cielo en primavera, una boquita llena y dulce y aquella carita de angelito sonriente, lo menos que una mujer puede pedir es que la pinten, que la lleven a un lienzo, donde, ¡ay, por desgracia!, la belleza durará más tiempo que en la realidad.

Y por eso, en breve existirían dos Brigitte Montfort, por obra y gracia del magnífico pintor que era Samuel Dodecabro, un tipo raro, con barbas, lentes, con greñas y con poco dinero. Situación esta última que mejoraría considerablemente cuando la espía internacional más astuta y bella del mundo le pagase sus honorarios. Y, además de eso, lo recomendaría a sus amistades, a ver si de una vez el pobre Dodecabro salía del anonimato artístico en que vivía. Lo había encontrado durante uno de sus paseos sedantes por Greenwich Village, pintando una de las pequeñas, viejas y pintorescas casas de ese barrio latino y bohemio de Nueva York. Le gustó su modo de trabajar, le pareció que Dodecabro tenía una mirada inteligente y noble, y le propuso que la pintase.

Y Samuel Dodecabro, que al fin y al cabo era un hombre además de ser artista, le replicó que a ella la pintaba «aunque fuese gratis, pasando frío y hambre, y la noche antes de ser ahorcado…».

Total: que ni lo habían ahorcado, ni pasaba frío y hambre, ni nada malo.

Lo malo era tener allá, día tras día, ante él, con aquella resplandeciente hermosura, a la agente Baby, que estaba destrozando el equilibrio emocional del pobre Samuel Dodecabro, condenado no a ver una sola Brigitte Monfort, sino dos, ya que el retrato estaba cerca de los últimos toques.

¡Dos Brigitte Montfort…! La hecatombe.

—¿Falta mucho, Samuel?

—No… No, no… Creo que lo tendrá usted para el nuevo año.

—Espléndido. Invitaré a algunos amigos a una fiesta que daré aquí mismo y lo presentaré a ellos.

—Es usted demasiado amable conmigo, señorita Montfort.

—No, no… Usted es un buen pintor, Samuel. Y cuando una persona tiene genio, capacidad profesional, hay que ayudarla. Esto no es amabilidad: es sentido común.

Dodecabro le dirigió una rápida mirada un tanto hosca.

—¿Sí? Pues me temo que hay mucha gente en el mundo que carece de sentido común.

—No hay que ser resentido ni amargado, Samuel. La lucha es siempre difícil.

—Para algunos no.

—Bien… Hay quien tiene más o menos suerte. Pero lo importante es ser artista, tener clase, talento, genio. Lo demás vendrá por sí mismo, tarde o temprano.

—¿Y si no viene?

—Pues… mala suerte. Pero por la vida hay que ir siempre con una sonrisa de ánimo, de confianza en uno mismo y en los demás… ¿No está usted de acuerdo?

—Hasta ahora no —casi sonrió el barbudo y greñudo pintor—. Pero es posible que usted me haya empujado al primer paso. Creo que hace falta estar loco para no ver la vida de color de rosa teniéndola a usted delante.

—¡Ahora es usted el amable, Samuel! —rio Brigitte. El pintor la miró un poco irónicamente.

—Decir que usted es capaz de hacerle ver la vida rosa a un topo como yo no es amabilidad: es sentido común.

—¡Buena respuesta! —Volvió a reír la espía.

Cicero, el diminuto perrillo chihuahua que un día le regalara a la espía su más furioso admirador, Frank Minello, lanzó un ladrido agudo, estremecido de contento al oír reír a su ama. Luego, como queriendo subrayar su alegría, efectuó unas cuantas cómicas cabriolas, esforzándose para llamar la atención de su ama hacia él, revolcándose por la alfombra.

—Hasta el perrito ha perdido el seso —comentó Dodecabro.

—En él es fácil, porque tiene muy poco… ¿Cómo está mi

chiquitín? ¿Deseando dar un paseo por Central Park? Pronto iremos, pronto…

—Por favor, señorita Montfort, no se mueva tanto…

—Oh, perdón… Quieto ahí, *Cicero*… ¡No, ahora no…! —Lo echó de su regazo—. Samuel te pintará la nariz de color verde si no te portas bien… ¿Verdad, Samuel?

—Verdad —gruñó Dodecabro, sonriendo.

Muy apagado llegó hasta el saloncito privado de la espía el sonido del carillón de llamada a la puerta del apartamento. Ella no se movió lo más mínimo, naturalmente; para eso tenía a Peggy, la rubia, fiel y simpática doncella.

Brigitte Montfort continuó lo más quieta posible, demostrando su gran paciencia, su buen temple. Y su hermosura en todo momento… Estaba sentada en un silloncito rojo, con un vestido de noche escotadísimo, de tono negro, serio, elegantísimo. Y, como siempre, no llevaba ni una sola joya. Sueltos sus cabellos negrísimos, abiertos de par en par sus azules ojos, brillantes como gotas de rocío en una flor sus labios, estaba bien claro que la espía no necesitaba nada más. En todo momento, aparte de su hermosura, se ponía en evidencia el buen gusto de la agente Baby. Podía ponerse algunas magníficas joyas cuando asistía a una cena, un baile, una recepción, una función de ópera… Pero en su intimidad, Brigitte Montfort prescindía de esos detalles…

Peggy apareció en el saloncito con un gran paquete. Lo dejó sobre la alfombra, junto a *Cicero*, que ladeó la cabecita, lleno de curiosidad.

—Han traído este paquete para usted, señorita.

—¿Qué contiene?

—No lo han dicho… Pero el encargo llega de una casa de juguetes.

—¿De juguetes? ¿Pediste alguno? —Sonrió.

—No —sonrió también la doncella—. Quizá sea el regalo de un admirador.

Samuel Dodecabro miró un tanto asombrado a Peggy, pero no comentó nada. Miró luego el paquete y finalmente a Brigitte.

—Si le parece, podemos descansar unos minutos, señorita Montfort.

—Oh, sí, Samuel, gracias… Tomaremos un café… ¿Bien?

—Encantado.

Brigitte se movió, suspirando. Se puso en pie y se acercó al paquete, tras hacerle a Peggy una seña para que fuese a por café.

—¿Qué será? —musitó.

—Si lo abre, lo veremos —dijo un tanto abruptamente Dodecabro.

La espía torció ligeramente el gesto. No le gustaban los paquetes. Pero claro, Samuel Dodecabro no tenía la menor idea de que un paquete de aquellos podía contener una bomba o algo así, dedicada con aviesos deseos a la agente Baby.

—Bueno… Habrá que abrirlo, ciertamente.

Deshizo el gran lazo brillante, de tono rojo. Luego se quedó mirando la etiqueta roja y azul, con estrellitas blancas… Le recordó la bandera de Estados Unidos.

Ciertamente allá estaba su nombre y dirección: *Miss* Brigitte Montfort, Cristal Building, Manhattan, New York, N. Y., No podía haber confusión posible.

Desenvolvió el paquete y se quedó mirando la caja, de colores, con juguetes estampados en ella: caballos, tambores, trompetas, muñecas, columpios, patines… De todo.

Abrió la caja por fin, y lanzó una alegre exclamación. Sacó el gran osito marrón, de blanca barriga. Tenía unos deliciosos ojazos verdes, una narizota colorada y unas diminutas orejas redondas, forradas de seda roja.

—¡Oh, oh, oh…! ¿No es precioso, Samuel?

—Es para niños.

—Bueno… Sí, pero… ¿no es precioso?

—No tiene el menor sentido estético. Jamás he visto un oso así.

—Pero hombre, no sea tan rígido —rio Brigitte—. ¡Es solo un juguete para niños!

—¿Tiene usted niños?

—Pues… no. Pero alguna vez tendré cuatro, según me aseguró una bruja hechicera[1].

—¿Una…? ¡Bah!

Brigitte abrazaba riendo al osito, y *Cicero* ladraba, celoso de aquel abrazo a otro animalito que no era él.

—¡Es precioso, precioso, precioso…! —insistió Brigitte—. Y usted es un hombre amargado, Samuel. ¿Jamás tuvo un osito?

—Jamás.

—Emmm… Bien, lo siento… Oh, parece que hay un papel dentro de la caja.

Lo sacó. El contenido era simple en verdad, escrito para niños, sin discusión alguna. Formaba parte del envío, como brevísimas instrucciones para lavarlo, cepillarlo y tenerlo siempre en buen estado. Y en el centro, en un recuadro de bordes rojos, decía: «Soy el osito *Nicanor*. Si me duermes en tus brazos te diré una cosita».

Riendo, Brigitte colocó en sus brazos al precioso osito, como si llevase un niño.

Y al echar hacia atrás a *Nicanor*, este dijo, con voz metálica y cantarina: «Te quiero mucho».

—¡Pero esto es encantador! —exclamó Brigitte—. ¡Tengo que saber inmediatamente quién me ha regalado *Nicanor*! ¡Ha tenido una idea simpatiquísima!

—De lo que no cabe duda, señorita Montfort —sonrió Dodecabro—, es de que usted todavía se siente niña.

—¿Por qué no? ¿Hay algo malo en ello, Samuel?

—No he reflexionado al respecto.

—Pues… ¡Peggy, mira qué preciosidad de osito!

—¡Oh, oh, oh! —exclamó Peggy.

Dejó la bandeja con el café y se acercó a Brigitte ilusionada.

—Se llama *Nicanor*… Toma, duérmelo en tus brazos y te dirá una cosita, ya verás…

Peggy obedeció excitada. Colocó el osito en sus brazos…

—«Te quiero mucho».

—¡Oh, qué encanto de criatura…!

—¡Criatura! —Gruñó Dodecabro, despectivo—. ¡Solo es un oso de peluche, o terciopelo, o lo que sea…! ¿Tomamos el café?

Brigitte se sentó en el sofá, riendo, meciendo al osito, que repetía incansablemente «Te quiero mucho», mientras *Cicero* parecía un poco triste, mirando suplicante a su ama. Peggy sirvió el café, haciendo comentarios sobre el osito.

—¿No dijo el mensajero quién enviaba el osito, Peggy?

—No, señorita. Ni dejó tarjeta, ni nada. Me preguntó por usted, me hizo firmar el talón de entrega, y eso fue todo.

—Bueno, ya saldrá el simpático personaje que me ha hecho tan bonito regalo… Llévate la caja y los envoltorios.

—Sí, señorita.

—El café es bueno —gruñó Dodecabro.

—¿Qué…? Ah, sí… Peggy es una chica estupenda.

—¿Solo tiene a ella como servicio para este enorme y lujoso apartamento?

—Solo a Peggy. Es suficiente para mí. Nos entendemos muy… Han vuelto a llamar.

—Seguramente será la persona que le ha enviado el osito.

La sugerencia no carecía en absoluto de lógica. Pero poco después, cuando Peggy introdujo a la persona que había llamado, Brigitte comprendió que Dodecabro había fallado a lo grande. Su visitante no era de los que regalan ositos que dicen «te quiero mucho». Si alguna persona era incapaz de tan delicado y simpático detalle, esa persona era Charles Pitzer, alias «tío Charlie», jefe directo de la agente Baby en el sector de Nueva York de la CIA.

—Buenos días —saludó el agrio personaje.

—Oh, tío Charlie… Buenos días.

—¿Qué le ocurre? Parece usted decepcionada.

—Un poquito. A menos que… Pero no. No, no.

—¿Algún jeroglífico? —Gruñó Pitzer.

—Supongo que no ha sido usted quien me ha regalado este osito.

—Naturalmente que no.

—Naturalmente —sonrió Brigitte—. Le presento al señor Samuel Dodecabro. Un gran artista. Samuel, él es un querido y viejo amigo al que llamo cariñosamente tío Charlie.

—Hola. —Masculló Dodecabro.

—¿Qué tal? —refunfuñó Pitzer.

Se acercó al cuadro, de modo que quedó a espaldas de Dodecabro, lo cual aprovechó para hacer una significativa seña a la espía, que la interpretó perfectamente.

—Es una magnífica obra —elogió Pitzer.

—Aún no está terminada —advirtió Brigitte.

—No importa… Se ve ya el final. El señor Dodecabro, en efecto, es un gran artista. Mmm… Jamás oí su nombre antes, señor Dodecabro.

—Yo lo he descubierto —sonrió Brigitte—. Y a partir de ahora lo oirá con frecuencia, tío Charlie.

—Si usted lo patrocina, no me cabe la menor duda. Usted es… como el rey Midas femenino: todo cuanto toca se convierte en oro o en algo bello.

Brigitte se quedó mirando estupefacta a Charles Pitzer. Por fin, musitó:

—Zambomba, como diría Frankie… ¿Es usted, tío Charlie?

—¿Puedo tomar café? —Gruñó Pitzer.

—Desde luego… Oh, Samuel, creo que será mejor dejarlo por hoy. Dodecabro miró hoscamente a Pitzer. Acabó su café y se puso en pie.

—¿Vuelvo mañana? —preguntó.

—Pues… —Brigitte captó otra seña de Pitzer—. Bueno, será mejor que yo le llame, Samuel. ¿Necesita algún anticipo…?

—No. Adiós.

Recogió un sombrero mugriento, que parecía un chambergo, y salió del saloncito, disgustado, seguido de Peggy, que regresó inmediatamente.

—Se ha marchado, señorita.

—Gracias, Peggy. Sigue con tus cosas.

—Sí, señorita.

La doncella salió, y Brigitte, mirando irónicamente a Pitzer, recostó una vez más el osito en sus brazos.

—«Te quiero mucho».

Pitzer miró agriamente a la espía.

—Para que le digan eso no necesita muñecos, Brigitte.

—Lo sé. Pero usted no ha venido a decirme que me quiere mucho, de modo que me gusta oírselo decir a *Nicanor*.

—¿A quién?

—A *Nicanor* —alzó el osito—. ¿No es un osito precioso?

—Mucho.

Pitzer encendió un cigarrillo, bajo la atenta mirada de la espía. Luego fue él quien se la quedó mirando a ella, fijamente.

—Supongo que tenía algún plan hecho para la Nochevieja —gruñó.

—Así es. La última noche del año siempre es ocasión propicia para que hasta los espías se diviertan. ¿O no?

—Sí… Sí, claro…

—Pero, naturalmente, usted ha venido a fastidiarme…

—Solo en parte. La verdad es que he venido a invitarla a una formidable fiesta de fin de año, con disfraces y todo.

Capítulo II

Brigitte encendió también un cigarrillo y luego parpadeó como una niña, agitando mucho las larguísimas y frondosas pestañas.

—Oh, tío Charlie, me siento emocionada. ¡Qué bueno es usted!

—Déjese de burlas —farfulló Pitzer—. Sé muy bien que no soy bueno, pero tampoco es cosa que me importe. Además, puedo esperar a jubilarme para ser bueno, ¿no?

—Claro, claro… Los espías, hasta que nos llegue la jubilación, tenemos que ser malos como demonios. Es obligatorio. Pero dígame: ¿qué clase de fiesta es esa?

—Véalo usted misma.

Pitzer sacó un gran sobre del interior de su chaqueta. Del sobre extrajo un tarjetón blanco, que tendió a Brigitte, quien, antes de leer la impresión del centro, alzó las cejas al ver el reborde de oro en el tarjetón y el recargado dibujo.

En el centro se leía:

ALBERT ROCKINGHAM

Tiene el honor y el placer de invitar a usted a la cena-baile de fin de año que tendrá lugar en su palacete de la Quinta Avenida el próximo domingo, a las nueve de la noche.

Es obligatoria la asistencia con disfraz, y se concederá un magnífico premio al que presente la mayor originalidad.

Nueva York, diciembre 1967

Brigitte le dio un par de vueltas al tarjetón antes de mirar un tanto desconcertada a Pitzer.

—No comprendo —admitió en un susurro—. ¿Debo entender que este señor, Albert Rockingham, me ha invitado a su fiesta? Porque no le conozco, tío Charlie.

—Ya sé, ya sé… Él no la ha invitado a usted precisamente, sino a la CIA.

—¿En serio? —Sonrió Brigitte.

—Ajá. Ahí donde pone «invitar a usted a la cena-baile»… habían pegado encima un papelito con nuestro anagrama: CIA. Es decir, que, según parece, el señor Rockingham prescindió del tono impersonal del tarjetón, de tal modo que podía leerse «invitar a la CIA a la cena-baile». El papelito que mencionaba precisamente a la CIA pudo ser arrancado fácilmente, para que la invitación pudiera ser posteriormente utilizada por cualquier persona.

—Ya entiendo… ¿Le enviaron a usted esta invitación?

—No. Llegó ayer a la Central, a Washington.

—¿Y lo han remitido aquí, a Nueva York?

Pitzer asintió con la cabeza.

—Con una orden expresa de míster Cavanagh: la agente Baby irá invitada a esa fiesta, como representante de la CIA. Naturalmente, no será necesario que usted vaya pregonando que es la enviada de la CIA. Bastará que esté en la fiesta.

—¿Con qué objeto?

—No lo sabemos.

—Vaya… Resulta intrigante, ¿no es cierto?

—Un poco.

—¿Hay alguna teoría respecto a…?

—Ninguna. Nada. Simplemente, se ha recibido la invitación, y se ha tomado la decisión de enviarla a usted. Solo tendrá que ir allá, ver, oír y callar. Es todo.

—¡Todo! Yo tenía intenciones de dar una fiesta aquí, en mi apartamento, para presentar mi retrato y a Samuel Dodecabro a algunos amigos…

—¿Envió tarjetones de invitación?

—Déjese de tonterías. Me bastan unas llamadas telefónicas…

—¿Las ha hecho ya?

—No, porque no sabía que Dodecabro iba a terminar mi retrato para esa fecha. Él tampoco estaba seguro.

—Magnífico. Ya dará su fiesta más adelante, querida. Ahora ocúpese de conseguir un buen disfraz para acudir a la fiesta del señor Rockingham. Pero, por favor, prescinda de su exceso de originalidad e imaginación: no es conveniente que usted gane el

premio.

—No debo llamar la atención —sonrió Brigitte—. Es decir, que además de derrumbar mis proyectos me obligará a ir vestida de romana o de algo así… ¿Qué le parece si me disfrazo de Popea?

—¿Popea?

—Sabina Popea, o Popea Augusta, la que fue amante de Nerón tras haber estado casada con Rufrio Crispino y con Otón. Popea fue la instigadora de la muerte de Agripina, madre de Nerón, y consiguió que Octavia, la esposa del mismo, fuese… alejada. Por fin, en el año sesenta y dos, se casó con Nerón, del cual tuvo una hija, que murió a los cuatro o cinco meses. Insistieron en tener hijos, pero un día, Nerón se disgustó, por fin, con la falaz Popea, y la mató de un puntapié en el vientre, cuando ella se hallaba esperando nuevamente a la cigüeña de París… ¿Debo temer que haya por allí algún «Nerón», tío Charlie?

—En todo caso, usted resistiría mejor que Popea el puntapié. Eso, aparte de que su estado no es tan… delicado. Pero, querida, me parece que el disfraz de Popea no es de su agrado.

—Por el amor de Dios, tío Charlie… ¡En todos los bailes de disfraces hay diez o doce Popeas!

—¿En serio? Bueno… Vaya, demonios, tampoco se trata de que usted se considere una de tantas. Digamos que debe elegir un disfraz un poquito original solamente.

—Mmmm… ¡Ya sé!

—¿Cuál es?

—No pienso decírselo —rio Brigitte.

—Brigitte, la conozco. Usted va a ganar ese premio. Y no…

—Procuraré no ganarlo. Y ahora hábleme de ese Albert Rockingham. Supongo que ha sido investigado.

—A toda prisa, naturalmente. Y aún sigue la investigación, aprovechando que tenemos dos días más de tiempo. El señor Rockingham es un rico industrial de Pittsburgh.

—¿Aceros?

—¿Qué otra cosa, en Pittsburgh?

—Claro. ¿Está relacionado en algún modo con el espionaje, ya sea nacional o internacional, amigo o enemigo…?

—En absoluto. Al menos eso parece, por el momento. Tiene casa en Pittsburgh, Nueva York y Miami…

—¡Fiuuu…! —Silbó graciosamente Brigitte.
—Es un hombre joven. Treinta y seis años. Multimillonario, por supuesto. Jamás ha tenido ninguna clase de complicaciones en ningún sentido: ni con la Ley, ni con el Fisco, ni siquiera un solo conflicto laboral en sus industrias. Está considerado como una persona generosa, honrada, cordial, muy sociable… Tiene miles de amigos en todo el mundo. Si fuera un poco menos serio se le podría considerar un *playboy*. Pero, aunque se divierte a lo grande, es consciente y comedido en lo posible. Nada de escándalos extravagantes, ni amantes, ni enemigos…
—Pero, querido tío Charlie… ¡eso no es un hombre, es un príncipe encantado!
—Eso dicen los informes.
—¡No! —rio Brigitte—. ¿Los informes dicen que Albert Rockingham es un príncipe encantado?
—Dicen que es persona de toda confianza en cualquier terreno —gruñó Pitzer—. No empiece a embarullarme, Brigitte. Emmm… ¿No va a decirme qué disfraz elegirá?
—Sorpresa… Oh, bueno, imagino que no estaré sola en la fiesta, tío Charlie. Sería muy cruel por su parte dejarme indefensa como una palomita en un sitio que puede resultar peligroso.
—Je, je… ¡Indefensa como una palomita! ¡Es un estupendo chiste, Brigitte! Mire, prefiero no hablar de esto. A decir verdad, usted me aburre.
—¿Yo? —Se pasmó Brigitte—. ¿Yo le aburro?
—Ciertamente. Cuando envío a otro agente a alguna misión me quedo con el alma en un hilo… ¿Qué pasará?, me pregunto. Porque puede pasar cualquier cosa, querida. Pero, hijita, cuando la envío a usted a hacer algo, sea lo que sea, ya pongo por anticipado en las hojas del informe, en blanco, la inscripción «misión cumplida». Es aburrido.
—Procuraré darle más emoción esta vez. ¿Estaré sola, insisto?
—Me las arreglaré de modo que Simón pueda estar cerca de usted. Ah: y vaya armada… por si acaso.
—Yo siempre voy armada… aunque no lleve armas. Con mis manitas puedo hacer cualquier cosa, tío Charlie. Como romper esta mesita, por ejemplo, de un solo golpe.
—Otro chiste bueno —rio Pitzer.

—No es un chiste. ¿Se apuesta algo?

—Una cena —dijo inmediatamente Pitzer—. Una cena usted y yo en… Bueno, digamos con mucha intimidad… en todos los sentidos.

—Eso será si gana —rio Brigitte—, pero le advierto, tío Charlie, que últimamente he perfeccionado mucho mi karate. ¿Qué pagará usted si rompo la mesita?

—Lo que usted diga.

—Pues la mesita misma. Peggy le dirá dónde la compramos… Va la apuesta… ¿Tiene la bondad de retirar el servicio del café?

Pitzer obedeció. Se quedó mirando la mesita baja, cuya apariencia, si bien fina y elegante, no podía ser más sólida. Luego miró la manita derecha de la espía, rígida, alzada, lista para descargar el golpe…

—Será mejor que lo dejemos —gruñó—. Si se rompe la mano no podrá ir a esa cena-baile de disfraces.

—Iría disfrazada de manca —musitó Brigitte—. Por favor, no interrumpa mi proceso de concentración. Guarde silencio.

Pitzer se calló.

Y apenas tuvo que esperar tres segundos. Aquella dulce manita, tan delicada, tan hermosa, con sus uñitas pintadas de color rojo perla suavísimo, se abatió de pronto, con un golpe seco… La mesita hizo «crash», se partió por la mitad, y los dos trozos se juntaron en el suelo, sobre la alfombra.

—¿Dónde dejo el café? —masculló Pitzer de pésimo humor.

—En cualquier sitio, querido —sonrió angelicalmente la espía—. Ya sabe que ha de comprar una mesita nueva. Y espero que me proporcionará informes complementarios sobre el señor Rockingham antes de la fiesta.

—Por supuesto. —Pitzer dejó la bandeja sobre el sofá, y también el sobre del cual había sacado el tarjetón—. En este sobre hay algunas fotos de Albert Rockingham, así como los informes iniciales.

Brigitte tomó el sobre, vio el rostro de Rockingham, y abrió la boquita, maravillada. Albert Rockingham era un auténtico atleta, de cabellos rubios, mentón sólido, ojos claros, sonriente, elegante, simpático…

—Una última pregunta, tío Charlie: ¿está casado el señor

Rockingham?

—Es soltero.

—¿Qué me dice…? ¡No hay derecho!

* * *

No había derecho, pero se lo estaban haciendo. Se había pasado el día tendido en uno de los bancos donde se construían aquellos maniquíes, tapado con una lona. Estuvo oyendo voces y pisadas desde que despertó. Había querido moverse, gritar… Pero nada de eso pudo conseguir, porque estaba sólidamente amarrado al banco, y, además, su boca había sido sellada con una ancha tira de fuerte esparadrapo.

De cuando en cuando alguien había levantado la lona para echarle un vistazo. Pero el intruso se había apresurado a cerrar los ojos. Se sentía débil, mareado, pero desde que despertó de los efectos del gas no había cesado de buscar un medio para escapar de tan difícil situación.

Cosa que no había conseguido, cuando, por fin, la lona había sido retirada de encima de él. Lo bajaron del banco de madera, pero fue para dejarlo de pie, amarrado tan sólidamente como antes. Luego, de un tirón, le habían arrancado el esparadrapo, y el atlético intruso completamente vestido de negro, con jersey de cuello alto, tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para no lanzar un grito de dolor. Las lágrimas habían acudido a sus ojos inevitablemente, pero sus labios, su recio mentón, permanecieron firmes, en una seca mueca dura, que reflejaba su gran valor, su seguridad en sí mismo.

Había tres hombres ante él. Y a cada lado tenía uno de aquellos maniquíes desnudos, inmóviles, naturalmente… ¿Naturalmente? ¿Lo había soñado quizá? ¿Había soñado que uno de aquellos maniquíes se había acercado a él, le había pedido la pistola y después de disparar él le había lanzado un chorro de gas? ¿Lo había soñado?

No. Indudablemente no. El intruso se conocía muy bien a sí mismo. Jamás en su vida había tenido fallos mentales de ninguna clase; ni el más pequeño lapsus de trastorno psíquico. Luego era cierto que uno de aquellos maniquíes le había atacado…

Los tres hombres lo miraban fijamente, expectantes, pensativos.

Debían de estar un poco desconcertados al no conocerlo de nada. Para ellos, el intruso era un completo desconocido. Un completo desconocido agudo, inteligente, astuto, que ya había localizado el objetivo de la cámara de televisión que, medio camuflada en la pared de enfrente, enviaría las imágenes de cuanto allí ocurriera a… a alguien.

De pronto, el más alto de los tres, pelirrojo y pecoso, agrio el gesto, preguntó:

—¿Quién es usted?

El intruso frunció el ceño y no contestó. Otro de los tipos se adelantó, dirigiéndose al pelirrojo:

—Quizás es extranjero —sugirió.

—¿Extranjero? —masculló el tercero—. Tiene todo el aspecto de ser americano.

—No digas tonterías —farfulló el otro—. ¿Desde cuándo podemos asegurar que tal o cual tipo tiene aspecto de ser americano… o ruso, por ejemplo? Tú háblale en francés. Yo le hablaré en español y alemán.

—Está bien.

Lo hicieron así, siempre inquiriendo la personalidad del intruso. Pero todo lo que ocurrió fue que en los negros ojos de este apareció una lucecita irónica.

—Se está burlando de nosotros: es americano. O, sea lo que sea, nos está entendiendo perfectamente, eso es seguro.

—¿Sí? Pues vamos a quitarle las ganas de burlarse. Atízale tú mismo, Bolowsky.

Y Bolowsky le atizó. Fue un tremendo puñetazo en pleno estómago, que resonó sordamente en el taller subterráneo. El intruso se encogió fuertemente, se mordió los labios, palideció… Pero ni un solo sonido de dolor brotó de sus labios. Sorprendentemente, al segundo puñetazo le concedió menos importancia, soportándolo mejor. Al tercero, su rostro parecía de cobre, inmóvil, sin mostrar siquiera el temblor de un músculo.

—Parece que estás flojo hoy, Bolowsky.

—¿Flojo? —masculló este—. ¡Le he dado con toda mi fuerza! ¡Este tipo es duro como piedra, Heston!

Heston, el pelirrojo, asintió con la cabeza, y se colocó delante del intruso, mirándole malignamente.

—Sí… Parece muy duro. Es alto, muy fuerte, sin duda está perfectamente entrenado… Es un profesional, Bolowsky. Seguramente en estos momentos el estómago le está doliendo de un modo atroz, pero seguirá con cara de estatua mientras le queden fuerzas. Y cuando ya no le queden, se desmayará, eso será todo. Con lo cual, ya no podremos seguir interrogándole y él ganará tiempo… ¿No es eso, amigo?

El intruso no se alteró. Parecía sordo y mudo. Solo sus negrísimos ojos parecían querer taladrar a sus tres enemigos.

—¿Para quién trabaja? —musitó Mackenzie—. ¿Para la CIA, quizá? ¿El FBI, tal vez?

—No creo que sea eso, Mackenzie —rechazó Heston—. Todavía no hemos hecho nada en Estados Unidos, de modo que si este tipo sabe algo, tiene que venir de Europa.

—Pregúntaselo, hombre —rio secamente Bolowsky—. Quizá a ti te conteste.

Heston frunció el ceño. De pronto, su diestra descargó fuertemente en una mejilla del intruso; luego, de revés, en la otra. La cabeza del hombre vestido de negro se fue a un lado y otro, bajo los efectos de los fortísimos golpes. Eso fue todo.

—¡Lo voy a…! —rugió Heston.

—Calma —aconsejó Mackenzie—. El tipo parece una roca, pero no olvides que a un hombre se le puede matar a golpes, y eso no nos interesa. Yo creo que sería conveniente llevarlo a la isla. Allí podremos «tratarlo» más adecuadamente.

—Tienes razón… Allí, por duro que sea, nos dirá lo que le preguntemos. Ve a consultarlo.

Mackenzie salió del sótano, mientras Heston y Bolowsky se quedaban vigilando estrechamente al intruso.

—Lo atrapamos bien, ¿no cree? —le preguntó Heston—. Supimos que había entrado, vimos su pistola, y, en lugar de complicarnos la vida con un tiroteo, le fuimos dejando fisgonearlo todo. Sabíamos que llegaría hasta el almacén de arriba. Entonces enviamos al vigilante, que examinó la entrada a este sótano, para que usted entrara, como un pobre corderillo ingenuo en la trampa… ¿Para qué arriesgarnos a recibir un par de balazos si ellos —señaló a los maniquíes— podían detenerlo sin ningún riesgo para nadie?

El intruso sonrió secamente.

—Eso estuvo bien pensado —admitió.

—¡Bien! —exclamó Heston—. De momento sabemos que no es mudo, y, además, parece que es americano… ¿Cierto?

El intruso encogió los hombros.

—¿Para quién trabaja? —preguntó Bolowsky—. ¿Quién es usted?

—Pueden llamarme… Romeo, por ejemplo.

—Está muy seguro de sí mismo, ¿no es eso? Queremos su verdadero nombre y saber para quién trabaja…

—Se asustarían si supieran quién soy —sonrió de nuevo Romeo.

—¿De veras? ¿Por qué no prueba a asustarnos, Romeo?

—No tengo necesidad. Ya les asustaré de otro modo, más adelante.

—Oh… Según parece, tiene esperanzas de poder escapar de nosotros, ¿no? Pues quíteselo de la cabeza. Sabemos que está solo, Romeo… Hemos estado esperando todo el día la posible presencia de alguien que viniese en su ayuda… Y no. No ha venido nadie. Todo normal. Además, tenemos vigilancia alrededor del edificio, y tampoco de este modo hemos visto nada que nos parezca peligroso.

—Cuando lo vean, ya será tarde. ¿Qué es lo que están tramando ustedes?

—Esta es buena —masculló Bolowsky—. ¡Nos está interrogando él a nosotros!

—Ya te he dicho que es un profesional —sonrió duramente Heston—. Uno de esos tipos listos que se creen que siempre han de ganar. Y así es… hasta que pierden. No recibirá ayuda de nadie, Romeo. Y menos aún a partir del momento en que lo llevemos a la isla.

—¿Qué isla?

Heston se echó a reír.

—¡Es listo el tipo! —exclamó—. Pero le vamos a…

—Ahí vuelve Mackenzie.

Mackenzie acabó de descender el tramo de escalones de madera y se reunió con ellos.

—Podemos llevarlo —dijo—. Pero con las debidas precauciones. Nos está esperando una lancha.

—Está bien. —Heston se quedó mirando a Romeo—. ¿Y bien? ¿No quiere ahorrarse peores ratos, Romeo? Le aseguro que en la isla

lo va a pasar mucho peor que aquí… Y al final, no le quepa duda, nos dirá lo que queremos saber.

Romeo no se alteró. Solamente en sus negros ojos volvió a aparecer aquel destello frío, irónico.

Lo cual no le gustó a Heston, que demostró su disgusto golpeándole nuevamente en el rostro, por cuatro veces. La recia personalidad de Romeo, su asombrosa capacidad para soportar lo más impávidamente posible aquel castigo, aún le enfureció más, y arremetió contra su estómago con ambos puños, hasta que sucedió lo inevitable: Romeo aflojó sus piernas y quedó poco menos que colgando del banco de madera, casi desvanecido.

—No es de piedra a fin de cuentas —jadeó Heston.

—Claro que no —gruñó Bolowsky—. Y lo vamos a matar si continuamos golpeándole así. Llevémoslo a la isla, y asunto concluido.

Lo desataron, sosteniéndolo casi en vilo entre los tres, ya que las piernas de Romeo parecían de goma blanda, se doblaban completamente…

Y de pronto, lo increíble.

Se soltó velozmente un brazo, el derecho, y sus piernas recobraron las fuerzas. La mano derecha salió lanzada como un hacha contra el rostro de Heston, que lanzó un grito y quiso saltar hacia atrás.

No llegó a tiempo.

Aquella mano grande, fortísima, bronceada, dio de lleno en su nariz, sobre la ternilla. Se oyó un seco crujido, y Heston saltó ahora con auténtica fuerza hacia atrás, soltando un chorro de sangre por la reventada nariz.

Cayó de espaldas, resbalando por el suelo, aullando, mientras Mackenzie intentaba sujetar los brazos de Romeo atrás. Y lo consiguió. Solo que aquello sirvió para ayudar al intruso, que le obligó a girar, y, quedando suspendido de los brazos de Mackenzie, lanzó sus pies contra el estómago de Bolowsky, que recibió de lleno el doble patadón, salió disparado hacia atrás, cayó de rodillas con ambas manos en el vientre, y luego de bruces, quedando en muy poco decorosa posición.

Mackenzie se asustó. De pronto tuvo la sobrecogedora sensación de que lo que estaba sujetando no era un hombre, sino un león. O

sea, que estaba loco… Hace falta estar bien loco para acercarse a un león y sujetarlo a brazo limpio. A un león hay que mantenerlo a distancia, dispararle desde lejos…

Pálido de miedo, Mackenzie soltó a Romeo y quiso separarse de él, retroceder, para sacar su pistola y abatirlo como fuese… Pero la mano izquierda de Romeo se clavó en su muñeca, lo retuvo junto a él, volviéndose a toda velocidad. Mackenzie estaba ya tocando su pistola cuando Romeo quedó frente a él… Y al ver aquellos negros ojos, crueles, destellando furia, notó como un violento calambre en todo el cuerpo… y recibía al mismo tiempo un *swing* tan terrorífico en el mentón que, como sus compañeros, salió volando hacia atrás y de lado…

—Es usted muy terco, Romeo.

El intruso se volvió como una fiera y se quedó mirando con los ojos entornados «al maniquí que le había hablado», y que se estaba acercando a él. Miró vivamente a su alrededor. Heston se había puesto en pie, y, tambaleante, estaba buscando muy torpemente su pistola en el sobaco izquierdo. Bolowsky continuaba en la postura poco decorosa, haciendo esfuerzos por alzar la cabeza. Mackenzie yacía en el suelo, desvanecido por los efectos del tremendo *swing* que había encajado.

Romeo quiso saltar hacia Mackenzie para coger su pistola, pero entonces chocó con el otro maniquí, que tenía un brazo alzado. Lo dejó caer con una fuerza brutal sobre la cabeza del peligrosísimo Romeo, que cayó de rodillas, como fulminado. Apenas podía sostener erguida la cabeza, por uno de cuyos lados manaba la sangre.

Y casi no tuvo fuerzas para musitar, un instante antes de que el gas disparado por el maniquí fuese hacia su rostro:

—Guardaos… de Julieta…

Eso fue lo último que dijo Romeo.

Capítulo III

La fiesta ya había comenzado cuando llegó el pequeño automóvil azul, rutilante, de la más pura línea deportiva, del cual se apeó una deliciosa criatura que hizo sonreír a la servidumbre que aguardaba en la amplia escalinata de mármol del palacete de Albert Rockingham, en plena Quinta Avenida.

Dos de los imponentes criados con uniforme de gala, flamantes casacas y estilo de los Luises de la vieja Francia, se apresuraron a acercarse para abrir la portezuela, en franca competición. Uno de ellos lo consiguió, pero el otro tuvo más fortuna, pues fue quien dio la mano para ayudar a apearse a la maravillosa *geisha*, cuyo rostro parecía el de una muñequita. Apenas verla, los demás miembros de la servidumbre del palacete lamentaron no haber tenido mejor vista, para ser ellos quienes se acercasen a ayudarla.

En verdad que valía la pena contemplarla de cerca. Tenía un hoyuelo en la barbilla y una carita deliciosa, muy pintada de tono lo más parecido posible al color de la tez de las japonesas; color que, evidentemente, había sido conseguido a base de un habilísimo uso de maquillaje. La boquita mostraba un tono intensamente rojo y los ojos estaban muy pintados, profusamente sombreados, y adornados con largas pestañas postizas, sin duda, bastante cargadas de rímel. El kimono era negro, con dibujos en tono rojo y verde de flores y algún pájaro; se cruzaba sobre un pecho bonito, delicado, erguido, para caer, recto, hasta los pies calzados con *ghettas*, los clásicos zapatos de madera con plataforma. En la cabeza, los negros cabellos, que «casi» parecían naturales, estaban recogidos en el clásico moño, adornados con bonitos alfileres cuyas cabezas eran de jade o esmeralda. Un precioso abanico parecía una paloma en las preciosas manos de la *geisha*.

En resumen, una visión encantadora, como arrancada del más puro y bello estilo japonés. Lo único que resultaba un tanto

sorprendente se refería a los ojos de la dulce *geisha*, que, al parecer, iba en esto contra todos los tradicionalismos nipones, y en lugar de tener los ojos negros como cualquier japonesa, los tenía de un azul celestial, grandes, inmensos, tremendos…

—Bien venida, *madame* —sonrió el criado, inclinándose.

—*Sayonara* —dijo ella; y añadió rápidamente—: ya sé que no quiere decir «gracias», pero es la única palabra japonesa que conozco.

El sirviente asintió como un bobalicón. Llegó otro auto, pero nadie se dio cuenta. Todos estaban pendientes de la graciosísima y dulce criatura…

—Llevaré el coche al *parking, madame*, con su permiso.

—Sí, sí… Muy amable. Y otra vez *sayonara*.

Y como *sayonara* quiere decir «adiós», esta vez estuvo bien aplicada la palabra, ya que ella se alejó de los dos sirvientes, hacia la escalinata, con pasitos menudos, tan simpáticos, que hasta los recién llegados a la fiesta perdonaron que la servidumbre no les hubiese atendido con la debida diligencia.

La *geisha* ascendió los amplios peldaños de mármol blanco, llegó a lo alto, y en la entrada al palacete entregó su invitación al gigantesco portero, que sonrió y se inclinó, señalando hacia el interior de la casa, de donde llegaba un gran alboroto de risas, voces y música. Pero, eso sí, un alboroto muy… discreto y elegante, correcto.

Las dos grandes puertas del inmenso salón donde se centraba la fiesta se hallaban abiertas de par en par, y allí, en el umbral, entre dos sirvientes que hacían lo posible por permanecer impávidos, quedó la dulce *geisha*, muy abiertos sus azules ojos. El espectáculo no era para menos. Al fondo estaba la orquesta, compuesta nada menos que por quince músicos; al lado izquierdo, el bar, donde se servían, además de cualquier clase de bebidas, aperitivos que iban desde diminutos canapés de caviar ruso de verdad, hasta aceitunas españolas, pasando por camarones y gambas del Pacífico, y muchas más cosas. Lo más asombroso de todo era que el número de asistentes no era tan elevado como una fiesta de aquella envergadura hacía suponer. Quizás unas cuarenta personas, lo cual hacía fácil comprender que Albert Rockingham no se había excedido en el envío de invitaciones, limitándose, posiblemente, a

los más íntimos… Todo el mundo bailaba una movidísima, agitadísima polka, en aquel momento. Había disfraces de todas clases…, entre los cuales, en efecto, habían coincidido dos Popeas y dos apuestos centuriones romanos. Un bufón, una María Antonieta, un mosquetero de los peleones tiempos de D’Artagnan, un viajero del espacio, un hombre de la Edad de Piedra, una bailarina clásica… De todo, en lo posible.

Pero el más notable disfraz, sin duda, era el del altísimo individuo que en aquel momento caminaba hacia la orquesta, un tanto pesadamente. Era lógico que le costase un poco andar con toda aquella indumentaria metálica encima. Se había disfrazado nada menos que de robot, y había que admitir que lo había hecho bien. Se veía su gran cabezota cuadrada, sus brazos metálicos articulados perfectamente en el codo, y lo mismo las rodillas, todo muy bien conseguido. En la cabeza, en lugar de orificios para los ojos había cuatro lentes, como los objetivos de una cámara fotográfica. Cada lente en un lado de la cabeza, como si el robot pudiese ver hacia cuatro lados todo lo que sucedía a su alrededor. Un disfraz harto pesado, ciertamente, y no…

—¡Hola!

La *geisha* volvió la cabecita hacia quien la había saludado tan jovialmente.

—Hola… —Sonrió—. ¿Quién eres?

El personaje iba disfrazado ni más ni menos que de verdugo, con una caperuza que cubría completamente su cabeza, hasta más abajo de la barbilla, con dos agujeros para los ojos. Unos ojos brillantes, alegres, divertidos. O quizá no, ya que, viendo solamente los ojos de una persona es difícil saber si está triste o alegre. Pero, como el saludo había sido alegre, y la actitud del verdugo muy jovial, cabía suponer que estaba disfrutando de la fiesta.

—¿Quién soy? —rio él, dando un par de saltitos—. ¡Adivínalo, adivínalo!

Llevaba unos pantalones negros, ceñidos completamente a las piernas. Y una camisa roja, abierta en el pecho, mostrando un vello espeso y rubio. Era alto, fuerte, atlético. Y en una de sus manos, una gigantesca hacha de verdugo que, ciertamente, no era de mentirijillas. Con un solo golpe de aquella hacha se podía decapitar

a un elefante, o poco menos. Se veía vieja, pero todavía efectiva llegado el caso, con su largo mango, su enorme hoja curvada…

—¡Eres el verdugo! —rio la *geisha*.

—¡Sí, sí…! ¡Pero mi nombre…! ¡Tienes que decir mi nombre!

—¡«Matarratas»! —exclamó la *geisha*.

—¡No, no! —rio el verdugo.

—¡«El Decapitador»!

—¡Tampoco!

—Mmm… ¿«Cortacabezas»?

—¡No! ¡Mi nombre es «El Implacable»!

—Oh… Es terriblemente original, de veras.

Se echaron a reír los dos.

—¿Y tu nombre? ¿Cuál es tu nombre? —preguntó el verdugo.

—Adivínalo.

—¿«Flor de Loto»?

La dulce *geisha* se quedó mirando desconsolada al simpático verdugo.

—¿Cómo lo has adivinado? —protestó.

—¡Ah…! ¡Lo he adivinado a la primera…! ¡Soy un genio! Pero, querida —se inclinó confidencialmente hacia ella—, no consigo reconocerte con ese maquillaje. Perdona mi indiscreción, puesto que aún no son las doce: ¿eres Agatha?

—No, no.

—¿Mary?

—¡Tampoco!

—Veamos… ¿Wendy?

—Frío, frío…

—Me doy por vencido. Y estoy intrigadísimo. Os he reconocido a todos menos al robot y a ti.

—Pues a las doce lo sabrás, querido —rio Flor de Loto—. Hasta entonces, disfrutaré del anonimato y de tu desconcierto.

—Es un disfraz precioso. ¿Y quieres que te diga algo…? Pareces realmente una *geisha*, dulce y tímida… No, desde luego, no eres ni Mary, ni Wendy, ni Agatha… ¿Charlotte, quizá?

—Eres malo, verduguito —rio Flor de Loto—: estás faltando a las reglas del juego.

—Es verdad… Ya no voy a insistir más… ¿Quieres que bailemos?

—¿Una polka con este atuendo? ¡Oh, querido, sería terriblemente difícil, y muy incongruente, ¿no te parece?!

—Creo que ordenaré música japonesa para ver cómo bailas… —rio el verdugo—. Bien, perdona, pero llegan nuevos amigos. No te escondas de mí, ¿eh?

—Estaré bien a la vista —alzó una manita la *geisha*—. Confucio es testigo de que así será, según mi palabra.

El verdugo se alejó hacia los recién llegados, riendo, y la *geisha* Flor de Loto se dirigió al bar, seguida por las miradas de las pocas damas que no bailaban. La polka llegó a su fin y, sin transición, la orquesta emprendió un *jerk*, bajo los alaridos de los más jóvenes de la reunión.

—Champaña frío… —pidió la *geisha*—. Con una guinda, si es posible, por favor.

El camarero parpadeó un instante. Asintió con la cabeza, se alejó y cuchicheó algo al oído del jefe de camareros, que miró hacia la *geisha* y alzó las cejas. El camarero de servicio en aquel lado del bar movía negativamente la cabeza, pero el jefe de camareros pareció enfadarse y señaló hacia una puerta del fondo. El camarero se alejó y su jefe se acercó a Flor de Loto.

—Mil perdones, señorita. Mmm… Olvidamos traer las guindas. Johnny ha ido a buscarlas a la cocina… Espero que tengamos.

—No se preocupe. Puede servirme champaña, mientras tanto.

—Como guste la señorita. ¿Alguna marca especial, quizá?

No cabía duda de que el jefe de camareros tenía buena vista y mejor psicología: se había dado cuenta de que la *geisha* era persona de gustos finos y concretos.

—Dom Pierre Perignon, del cincuenta y cinco, si es posible.

—Emmm… Sí, señorita. Lo… lo iremos a buscar. Con su permiso…

—Me parece que les he complicado la vida —rio Flor de Loto—. Sírvame un champaña aceptable, por el momento, y más adelante hablaremos del que yo prefiero… Y de la guinda.

—Muchas gracias. Por favor, señorita, que el señor Rockingham no se entere de esto…

—No creo que el señor Rockingham entienda japonés —sonrió ella.

El jefe de camareros se quedó mirándola, sonriente. Qué

demonios, así tendrían que ser siempre todos los invitados… Sirvió champaña frío, seco, con un par de canapés de caviar; efectuó una amabilísima inclinación de cabeza y se alejó. Poco después llegaba el camarero, procedente de la cocina. De nuevo cuchicheó algo al oído de su jefe, y Flor de Loto vio cómo este enrojecía y señalaba airadamente hacia la calle. El camarero salió de allí a toda marcha, quitándose por el camino la chaqueta de servicio…

Bien… ¿cuál de los dos era Albert Rockingham? Se volvió y miró hacia el verdugo, que departía alegremente con dos parejas. Luego miró al robot. Eran los dos únicos cuyo rostro estaba completamente oculto. Por supuesto, parecía simplísimo identificar al verdugo como Albert Rockingham, ya que era quien acudía a recibir a los invitados. Pero…

Alzó la copa de champaña y se acercó al robot, que estaba plantado como una estatua metálica en un rincón del salón, abarcando con su ojo frontal parecido al objetivo de una cámara fotográfica, todo cuanto ocurría. El *jerk* estaba ya en plena marcha, y Flor de Loto estaba llegando ya adonde estaba el robot cuando el invitado disfrazado de bufón apareció ante ella de un salto, agitando sus campanillas.

—¡Hola, hola, hola! —exclamó—. ¿Bailamos, bailamos, bailamos…?

—No bailamos, no bailamos, no bailamos… —Sonrió la *geisha*—. Querido, me sería imposible hacerlo con estas ropas.

—¡No hay nada imposible! ¡Ven y lo verás!

La cogió de una mano y tiró de ella implacablemente hacia el centro del salón; allí la soltó y empezó a bailar delante de la *geisha*, que, tras un instante de vacilación, encogió los hombros, sonrió y apartó el kimono lo necesario para que sus piernas pudieran moverse fácilmente… ¡Y qué piernas! El bufón se quedó turulato ante aquella perfección jamás vista…

—¿Bailas o no bailas? —le increpó alegremente la *geisha*, dedicada ya al *jerk* con gran entusiasmo.

Le dio un par de pases al bufón, que volvió a dejarlo petrificado. Los dos romanos estaban cerca de ellos y dejaron a sus Popeas para aplaudir a Flor de Loto, que en cinco segundos se apoderó de la atención de todos. El bufón consiguió recuperarse y puso su granito de arena para que la diversión de los presentes llegara al máximo,

aunque procuraba no mirar aquellas bellísimas piernas doradas, de color de oro, y aparentemente tan sólidas como este metal. Pero finas, esbeltas, preciosas…

Cuando el *jerk* terminó, una salva de aplausos y risas premió al bufón y a la *geisha*, que se inclinaron, cogidos ahora de la mano, con cómicos movimientos de agradecimiento. A continuación, un tropel de caballeros disfrazados se precipitaron hacia la dulce Flor de Loto, en una encarnizada disputa para bailar con ella, que alzó las manitas y dijo:

—Caballeros de Roma, señor bufón de palacio, hombre de las cavernas, mosqueteros del rey y demás distinguidos invitados: ya no hay más bailes.

—Oooooohhh… —Protestaron todos.

—A menos —alzó una manita— que uno de ustedes demuestre ser mejor bailarín que los demás. El que más me guste, bailará conmigo cuando finalice la prueba. Disponen de tres bailes y… los estaré observando.

Se oyeron risas, bromas, exclamaciones. Flor de Loto volvió al bar, y dejó la copa de champaña, que había tenido que vaciar apresuradamente para bailar el *jerk*, y la había utilizado luego para dar amenidad al baile…

Volvió a mirar al robot, que permanecía impertérrito, en el mismo lugar. Exactamente igual que si fuese un auténtico robot. Impávido, inmóvil, incansable… El ceño de Flor de Loto se frunció un instante. Se quedó mirando muy fijamente al personaje…

—¿Otra copa, señorita?

Se volvió hacia el jefe de camareros, que estaba demostrando predilección por ella, sin duda.

—No. Muchas gracias… Si acaso, más tarde.

Sonrió y volvió de nuevo a acercarse al robot, sin que nadie la interceptase esta vez. Los invitados masculinos se dedicaban a bailar con vistas a conseguir el estupendo trofeo que significaría bailar luego con la *geisha* de los ojos azules.

Esta se detuvo por fin ante el robot, que permaneció tan inmóvil como siempre, impersonal en verdad, inalterable, un poco sobrecogedor con aquel ojo frontal redondo, oscuro, de cristal graduado…

De pronto, la *geisha* sonrió, alzó una manita y dio un par de

golpecitos, con los nudillos, en la cabeza del robot.

—Hola… —exclamó alegremente—. ¿Hay alguien aquí dentro?

Capítulo IV

El robot no se movió. Pero una voz indiscutiblemente humana brotó por la hendidura que servía de boca:

—Por desgracia, sí, hay alguien aquí dentro. ¡Es la última vez que me disfrazo de hojalata!

Flor de Loto se echó a reír, divertida y tranquilizada al mismo tiempo.

—Desde luego, no ha de ser muy cómodo estar ahí dentro… ¿Por qué se complicó tanto la vida?

—Estoy dispuesto a llevarme el premio. Estoy harto de que siempre se lo lleven mis amigos. Esta vez nadie podrá arrebatármelo… Me estoy aburriendo como un camello en un billar, pero tendré el premio.

—¿Tan importante es?

—Cuestión de moral. Nunca he conseguido ganarles nada a esta pandilla mía. De modo que esta vez les ganaré el premio… ¿O cree que mi disfraz no lo merece?

—Pues no sé… Mi opinión es que sí, aunque solo fuese por la paciencia que está demostrando, y por el mal rato. Oiga: ¿de verdad puede verme con ese… ojo?

—No muy bien, pero algo veo. ¡En cuanto den las doce tiraré este montón de hojalata! ¿No es terrible? ¡Ni siquiera puedo tomar un trago!

—¿Por qué?

—Porque si me echo champaña en esta boca metálica, lo que pasará será que me lavaré mi propia cabeza con champaña. Y si encima que estoy aquí dentro, tengo que lavarme la cabeza…

Flor de Loto se echó a reír, en verdad divertida.

—¿Puedo hacer algo por usted? —se ofreció.

—Pues… Bueno, creo que le complicaría la vida. Antes estaba pensando en conseguir un tubo de plástico, o de goma, y meterlo

por la boca de mi disfraz, de modo que yo podría… sorber el champaña de una copa desde el interior… Demasiado complicado, ¿no es cierto?

—Me temo que sí… —Volvió a reír Flor de Loto—. Tenga un poco más de paciencia, querido. ¿No estaría mejor y más cómodo si se sentase?

—¡Je! ¡Luego no podría levantarme! La próxima vez buscaré un disfraz con refrigeración interior… Usted no es japonesa, claro.

—Claro.

—¿Pero entiende algo de japonés?

—Oh, sí… ¡Sé decir *sayonara*!

Una simpática risa brotó del interior del robot.

—Es usted simpática. Y baila estupendamente, la he visto antes. Ese bufón tonto ha hecho el ridículo a su lado… Y si me lo permite, le diré también que tiene unas piernas sensacionales.

—Creí que su ojo fotográfico no veía muy bien —rio ella.

—Hay cosas que por fuerza tienen que verse. Yo también sé algo de japonés.

—Oh… ¿Qué cosa? ¡Será interesante aprender una nueva palabra!

—Pues… No es una sola palabra, sino todo un verso… Me costó una semana aprenderlo. Pero es muy bonito, en verdad. ¿Le gustaría escucharlo?

—¡Por supuesto, señor…! Emmm… ¿Cuál es su nombre? Bueno, me refiero a su nombre de disfraz, claro. El verdadero ya lo sabré… a su debido tiempo.

—Cierto. Yo soy, bella *geisha*, el robot Alejandro. —Hizo una extraña cabriola y añadió—: A sus pies.

—Será mejor que permanezca derecho. No quiero catástrofes a mi alrededor… —De nuevo brotó la simpática risa del interior del robot—. Y bien, robot Alejandro: ¿cuál es ese verso japonés?

—Se titula «Hi Mo Tsuki Mo Wazaku», que en nuestro idioma quiere decir algo así como «No hay diferencia entre el Sol y la Luna».

¿Qué le parece?

—Precioso… ¿Qué más sigue?

—Le diré el verso completo:

Asahi tomo Tsuki tomo wakazu
Tsuka-no-ma mo
Kimi wo wasururu
Toki shi nakereba.

—¡Bravo! —Aplaudió Flor de Loto—. ¡Bravísimo! Pero, Alejandro, no he entendido ni una palabra.

—La traducción aproximada es:

Naciente el Sol y poniente la Luna,
no hay ninguna diferencia para mí.
Nunca, ni por un pequeño instante,
podré olvidarme de ti.

—¡Pero esto es formidable! —exclamó la *geisha*—. Y resultan unos versos delicados, románticos… ¡Oh, por favor, Alejandro, recíteme algunos versos más!

—¿En japonés?

—¡Claro!

—Imposible… Esto es todo lo que sé. ¡Y ya le digo que me costó una semana aprenderlo! Pero si quiere, puedo recitarle algo de nuestros poetas…

—Oh, a esos ya los conozco, Alejandro.

—Claro… Bien, supongo que no puedo retenerla de ningún modo. No es divertido estar con un robot. Además, me temo que el verdugo viene a reclamarla.

—¿El…? ¡Oh!

—Espero que no haya hecho usted nada malo… —deseó Alejandro.

—No lo sé con seguridad… —Sonrió Flor de Loto—. Hasta luego, Alejandro.

—*Ciao*… ¡Eh, un momento, un momento…! ¿Cuál es su nombre?

—Flor de Loto.

—Vaya… Un poco corriente, me parece. En fin: que se divierta.

—Y usted, que gane el premio.

Flor de Loto acudió al encuentro de «El Implacable», que, en efecto, iba a por ella. La tomó de una mano y la llevó al centro del salón. Alzó una mano hacia la orquesta, que inmediatamente dejó

de tocar.

—Damas y caballeros —habló alegremente el verdugo—, tengo el gusto de presentarles a la bellísima y sin par Flor de Loto, que va a dedicarnos uno de esos bonitos bailes de su país.

—¡Pero…! —protestó Flor de Loto.

Las protestas de los demás ante su protesta fueron mucho más fuertes. Un clamor se elevó en el salón, pidiendo que Flor de Loto bailase algo japonés.

—Pero…

No había nada que hacer. Apenas podía decir «pero». Las protestas eran cada vez más fuertes. Por fin, con una simpática sonrisa, Flor de Loto alzó su abanico, imponiendo silencio.

—Sea, pues, queridos amigos… Caballeros: música japonesa, por favor.

La orquesta empezó a tocar algo más o menos parecido al estilo japonés, y la *geisha*, sola en el centro del salón, estuvo unos segundos inmóvil. De pronto abrió su abanico, lo tiró en el aire dándole una vuelta y volvió a cogerlo. Efectuó un par de giros simpáticos y luego movió las manitas y el torso, muy delicadamente, inexpresivo el rostro, que parecía talmente el de una japonesita deliciosa. Todavía tiró el abanico un par de veces más, ante el regocijo y la admiración de los invitados, que aplaudieron con auténtico entusiasmo.

Y, de pronto, por entre la suavísima música, se elevó la dulce voz de Flor de Loto:

La dulce Flor de Loto soy,
Geisha nací… ¡pobre de mí!,
y siempre a los hombres serví,
ellos me llaman y a sus pies yo voy.

Una nutrida salva de aplausos y una carcajada general acogió la ocurrencia de Flor de Loto, que quedó inmóvil, inclinando solo la cabeza, ligeramente, con un gesto delicado y gracioso. «El Implacable» fue el primero en llegar a ella, arrastrando su enorme hacha, y le pasó un brazo por los hombros, riendo.

—¡Bien! —exclamó—. ¡Has estado magnífica! ¡Viva Flor de Loto!

—¡Vivaaa…!

Los invitados reían a más y mejor. Lo estaban pasando en grande gracias a la *geisha*, cuya simpatía había dominado completamente el terreno. Uno de los que más aplaudían era el jefe de camareros, rojo de placer. Incluso el robot Alejandro hacía sonar sus manos metálicas, y se bamboleaba sobre sus grandes pies. Los dos romanos empezaron a lanzar bolsitas de *confetti*, y en pocos segundos se organizó una batalla de papelitos de colores y serpentinas. El ambiente no podía estar más animado, apenas a las diez y media de la noche. El Año Nuevo se presentaba feliz y divertido.

La orquesta inició ahora un *twist*, y Flor de Loto cedió la pista, apartándose en compañía de «El Implacable», que estaba firmemente decidido a no dejarla escapar, al parecer durante el resto de la noche.

El jefe de los camareros apareció poco después ante la *geisha*, con una bandeja en la que se veía una sola copa de champaña, con una guinda en el fondo. No dijo nada. Flor de Loto tomó la copa, probó un sorbito y sonrió amablemente.

—Magnífico… En verdad magnífico. Muchas gracias.

—A usted, señorita.

El jefe de camareros se alejó, y el verdugo preguntó, un poco sorprendido:

—¿Ocurre algo?

—En absoluto. Le pedí…

Enmudeció bruscamente, fija su mirada en un punto del gran salón.

«El Implacable» vio algo diferente en la expresión de los azules ojos y miró también hacia allí: el robot Alejandro, con su paso un tanto pesado, estaba caminando hacia el centro del salón, abriéndose paso no poco rudamente entre los invitados que bailaban el *twist*. Los iba apartando con secos manotazos, tan potentes que incluso derribó al hombre de la Edad de Piedra, con su linda pareja también vestida de pieles. La estupefacción cundió pronto entre los invitados…

—¿Qué está haciendo…? —musitó el verdugo, irritado.

El robot llegó, por fin, al centro exacto del salón, y alzó su brazo izquierdo. Un fino chorro de fuego brotó de la mano, hacia el techo… Y un alarido de asombro y espanto brotó de la masa de

invitados, que retrocedieron apresuradamente, dejando a Alejandro como dueño y señor del centro del salón.

—Pero ¿qué clase de loco es ese? —masculló el verdugo—. ¡Le voy a…!

—Quieto… Quieto, «Implacable» —recomendó fríamente la dulce Flor de Loto.

La orquesta había dejado de tocar. El círculo se iba ensanchando en torno al robot, y todos los ojos estaban desorbitadamente fijos en él, mientras lanzaba un nuevo chorro de fuego hacia el techo… Bajó el brazo de pronto y giró ligeramente, comenzando a caminar con firme decisión hacia un punto del salón. Nadie se atrevía a moverse. Si era una broma, estaba resultando realmente pesada y aterradora.

Alejandro se detuvo por fin ante el grupo de personas que se encogían en aquella parte del salón. Su brazo derecho se alzó entonces, apuntando a una de ellas: un hombre de estatura mediana, vestido de «El Jinete Fantasma», negro su atuendo clásico del Viejo Oeste, con negro antifaz ocultando parte de su rostro, pistolas al cinto… Pistolas que debían de ser de guardarropía, por supuesto.

«El Jinete Fantasma» pareció encogerse más, se pegó contra la pared…

—No… —gimió—. No, no… ¡NOOOO…!

De la mano derecha de Alejandro brotó primero una llamarada rojiza, cárdena. Luego, dos más. No se oyó nada. Solamente se vieron las llamaradas, cortas, brevísimas. Si acaso, los más cercanos oyeron tres suaves «plop», tres sonidos idénticos al que podía producir una pistola disparando con silenciador.

Tres manchitas brillantes aparecieron en el pecho de «El Jinete Fantasma», que se llevó allí ambas manos, crispándolas, clavándolas en la carne. Abrió mucho los ojos y la boca… y se fue deslizando lentamente hacia el suelo, con la espalda pegada a la pared. La dama vestida de corista de *saloon*, junto al acribillado «Jinete Fantasma», lanzó un agudo grito, que se cortó de pronto, cuando Alejandro le soltó un fino y larguísimo chorro de fuego con su mano izquierda, que pasó rozando su cabeza, dejando en la pared una mancha negra, humeante. El silencio era total entonces. Un pánico atroz inmovilizaba a todos. Las bocas se habían secado, el miedo estrujaba los corazones de todos los presentes…

De casi todos.

Flor de Loto quitó el hacha de la mano de «El Implacable» y se deslizó sin vacilaciones hacia el robot, que le volvía la espalda… Pero se volvió inmediatamente hacia ella, apenas tuvo el hacha entre las manitas, que parecían incapaces tan siquiera para mover la descomunal arma.

Lo parecían, pero no era cierto.

La *geisha* se detuvo delante del robot, a menos de tres pasos de distancia, y, para mayor sorpresa de todos, alzó la pesadísima arma con ambas manos, por encima de su cabeza.

—No se acerque, Flor de Loto —dijo Alejandro—. No queremos enemistarnos con la CIA.

Flor de Loto no hizo aprecio alguno de aquellas palabras casi amables. Adelantó un paso más y descargó el hacha, con asombrosa fuerza, contra el pecho del robot. Este se tambaleó un instante, pero Flor de Loto salió mucho peor librada. La vibración del golpe de hierro contra hierro se transmitió violentamente por el mango de madera, que pareció arrancado de las manos de la *geisha* por el fortísimo rebote.

La violencia de este fue tal que Flor de Loto cayó hacia atrás, con las muñecas doloridas, hasta el punto de que pareció poco menos que al borde del desvanecimiento.

Alejandro se dirigió, imperturbable, a la salida del salón. Los criados intentaron acercarse, incluso los que habían acudido del exterior al oír los gritos de pánico… Pero unos cuantos chorros de fuego los convencieron de que era mejor mantenerse a distancia. De modo que Alejandro, pocos segundos después, salía de la casa, directo hacia la escalinata.

Y tras él, la dulce *geisha*, crispado el rostro en una mueca de irritación. Llevaba una pequeña pistolita en la mano derecha, con la que disparó dos veces contra la espalda de Alejandro, el cual continuó su marcha, siempre inalterable. Y no solo eso, sino que los rebotes de las balas en su espalda convencieron a Flor de Loto de que era peligroso disparar contra el robot.

—¡Simón! —llamó—. ¡Simón, el robot…! ¡Cuidado con él!

Alejandro estaba ya bajando la escalinata, directo hacia el hombre que había aparecido desde las sombras del jardín, y que parecía dispuesto a cortarle el paso.

—¡No, Simón! ¡No se le acerque! ¡Y no le dispare, es invulnerable! ¡Hay que derribarlo desde lejos!

Pero el hombre que esperaba a Alejandro al pie de la escalinata parecía confiar mucho en sus fuerzas, porque se acercó al robot, buscándole la espalda. Y consiguió llegar a ella, porque el robot no le hacía el menor caso…

—¡Simón, no…!

Pero Simón estaba decidido a derribar a manos limpias al robot, y saltó sobre su espalda, afirmando bien los pies en el suelo y pasando el brazo derecho por la garganta de aquel… artefacto. Una especie de resplandor azul brotó de pronto del cuerpo de Alejandro, y Simón lanzó un alarido, saliendo despedido por el aire a varias yardas de distancia, debido a la descarga eléctrica. Y mientras el robot continuaba su inalterable marcha hacia las verjas del jardín, Flor de Loto descendía a toda prisa la escalinata. Se arrodilló junto al fácilmente vencido enemigo de Alejandro.

—Simón… ¡Simón!

Le alzó la cabeza y puso una mano en la carótida, que latía casi normalmente. Estaba desvanecido tan solo. Miró hacia lo alto de la escalinata, vio a los aterrados invitados y frunció el ceño. Realmente, después de ver la descarga eléctrica, era demasiado pedir a aquellas gentes que atacasen todos juntos a Alejandro.

Dejó cuidadosamente a Simón en el suelo y corrió hacia el coche más cercano, que era de suponer tendría las llaves en el contacto. Así era. Puso en marcha el auto, lo sacó del *parking* privado del palacete y lo lanzó hacia Alejandro, que se veía alejándose por el ancho sendero de grava. Si conseguía embestirlo con el coche, lo derribaría. Entonces ya se vería si el hombre que iba dentro de aquel traje de acero conseguía incorporarse.

Lo vio a menos de quince yardas, caminando con su cierta pesadez, pero rápidamente, hacia la salida del palacete. Dio las luces y apretó el acelerador a fondo, manteniendo la segunda marcha, dando al coche una brutal potencia de empuje… Alejandro ni siquiera se volvió, pero, cuando el coche se acercaba a él, efectuó una inteligente y sencilla maniobra: salió del camino y se colocó tras un grueso árbol. El auto pasó rugiendo cerca de él, pero eso fue todo. Flor de Loto detuvo la marcha del vehículo, colocó la marcha atrás y cuando Alejandro volvía al camino, volvió a embestirlo, con

el coche al revés. Ocurrió exactamente lo mismo… Al menos, en su primera parte. Alejandro volvió a ocultarse tras un grueso árbol, dejó pasar el coche y entonces quizá ya enfadado por tantas molestias que le estaba ocasionando una simple muchachita disfrazada de japonesa, alzó su mano derecha, y de nuevo brotaron de esta varios fogonazos cárdenos, breves, con un tinte ligeramente violáceo… El cristal parabrisas del auto manejado por Flor de Loto quedó convertido en una enorme y espesísima tela de araña primero y saltó en miles de pedazos después, cuando llegaron las otras balas. Pero Alejandro no dejó de disparar por eso: cuatro disparos más fueron repartidos con absoluta puntería entre los dos neumáticos delanteros, mientras, dentro del coche, Flor de Loto se acurrucaba en el piso, cubierta de cristalitos…

Cuando se decidió a asomarse, Alejandro estaba ya cerca de la salida. Saltó del coche, le siguió, y pudo ver el auto que acudía al encuentro del robot. Lo vio introducirse en él y echó a correr, dispuesta por lo menos a tomar nota mental del número de matrícula.

Cuando llegó, el coche, no solo se perdía a toda la marcha posible entre el espeso tráfico de la Quinta Avenida, sino que las luces de la matrícula estaban apagadas.

Los azules ojos de Flor de Loto brillaron duramente.

—Muy bien, Alejandro… Espero que volveremos a vernos. Este ha sido solo el primer *round*. No todo está dicho entre el robot y la dulce *geisha*.

* * *

Pero esto último no apareció en la pantalla de televisión. El «programa» había terminado cuando Alejandro se metió en el coche que le esperaba ante las verjas del palacete de la Quinta Avenida. Justo en aquel momento la pantalla se había quedado negra, oscura, apagada.

Hasta entonces, todo cuanto había estado ocurriendo en la fiesta de Albert Rockingham había sido televisado, muy privadamente, en beneficio de unos pocos espectadores. Desde el mismo momento en que la fiesta se había iniciado, hasta que el robot Alejandro entró en el auto que le esperaba, los lejanos espectadores lo habían

presenciado todo, como en un interesante programa normal de televisión. Luego, una vez terminó la televisión, la hermosa mujer rubia se volvió hacia Romeo, que, sólidamente atado, había asistido a la fiesta a distancia.

La hermosa mujer rubia se volvió hacia él cuando la transmisión terminó. Sonreía amablemente, casi con simpatía. Sus hermosos ojos grises quedaron fijos en los negrísimos de Romeo.

—Bien… Evidentemente, esa *geisha* llamada Flor de Loto es la enviada de la CIA a la fiesta de Rockingham, señor Romeo. A decir verdad, esperaba que enviasen a alguien más… peligroso.

Romeo tenía señales de varios golpes en la cara, estaba atado a una silla y su aspecto era el de un hombre en muy precario estado físico.

Le habían golpeado de diversas maneras, le habían martirizado con luces, con chorros de agua fría, con oscuridad, con hambre, con sed… Y después de cuarenta y ocho horas en estas condiciones, Romeo parecía todavía una dura roca que ni siquiera podría estallar con ayuda de barrenos. Era desesperante… y admirable a un tiempo. La desesperación la sentían Heston, Bolowsky y Mackenzie.

La rubia de los ojos grises solo podía sentir una contenida admiración hacia aquel apuesto hombre hermético, despectivo, capaz de soportarlo todo… hasta el momento.

Se hallaban en un pequeño cuarto, insonorizado, en el cual se veían diversos aparatos extraños y varias pantallas de televisión, cuatro de las cuales habían estado funcionando en todo momento, tomando diferentes vistas del salón de Rockingham. En una u otra de las cuatro pantallas, todo había estado bien a la vista en todo momento.

—¿De verdad no entiende nada, Romeo? —Sonrió la rubia.

—De verdad.

Ella sonrió y se volvió hacia el hombre que, tras levantarse de los mandos de una de aquellas máquinas extrañas, se acercaba a ellos, informando, sonriente:

—Todo va bien. Alejandro está de vuelta a casa. Calculo que llegará a la isla muy pronto, y sin novedad. Eso, a pesar de los esfuerzos de esa *geisha*… —Miró a Romeo—. Es natural que estemos convencidos de que ella es la enviada de la CIA, Romeo. ¿Usted qué dice?

—No tengo nada que ver con la CIA.

El hombre tomó una silla y se sentó ante él.

—No sea terco… Mire, teníamos preparado todo este asunto desde hace tres semanas, y hemos tenido que dedicarnos todos a ello, para que saliese perfectamente. Eso nos ha obligado a descuidarlo un poco a usted, pero… Bien: ya terminamos ese trabajo, de modo que ahora podemos dedicarle todo nuestro tiempo… ¿Entiende lo que eso significa?

—Sí.

—¿Y no quiere colaborar con nosotros? Mire, Romeo, si usted es de la CIA, le sería muy útil confesarlo. Como habrá visto en las cuatro pantallas de televisión, Alejandro ha podido perfectamente matar a Flor de Loto varias veces. Pero, realmente, no queremos indisponernos con la CIA, así que, tanto a Flor de Loto como a ese tipo llamado Simón, nos hemos contentado con anularlos pacíficamente. Supongo que se da cuenta de que nada habría sido más fácil para Alejandro que matarlos con el lanzallamas, o a balazos. Pero insisto de nuevo en que preferimos estar a buenas con la CIA ¿Motivos? Relaciones… comerciales. Por tanto, si usted es de la CIA, haría muy bien en confesarlo, con vistas a su longevidad.

—No entiendo nada de nada —insistió Romeo.

—Está mintiendo, Percy, por supuesto —sonrió la rubia.

—Lo sé, Margo… —aceptó Percy Fowler—. Está mintiendo de un modo muy estúpido. Pero, no protestemos por ello. A fin de cuentas es su vida la que está en juego. Le hemos hecho una demostración de lo que podemos hacer: enviar a un robot invencible a matar a una persona determinada, delante de muchos testigos, con la CIA presente… Nadie ha podido detener a Alejandro. Y eso era, precisamente, lo que tratábamos de demostrarle a la CIA Por eso fue invitada a la fiesta.

—¿Con qué objeto? —preguntó rápidamente Romeo.

—Abandone su idea de conseguir información nuestra —replicó acremente Percy Fowler—. Somos nosotros quienes preguntamos. Sin embargo, Romeo, no veo inconveniente en facilitarle un poco de información… Información que, por otra parte, usted mismo ha conseguido viendo el programa en las cuatro pantallas de televisión. Se habrá dado cuenta de que los ojos de Alejandro son cuatro cámaras de televisión, una hacia cada lado de su cuerpo, que nos

envía las imágenes aquí, a la central directora… —Señaló el aparato que había estado manipulando—. Por medio de ese aparato, controlamos a distancia a Alejandro, con una precisión y seguridad absolutas. Lo ha visto actuar, ¿no es cierto?

—Lo he visto. El hombre que está ahí dentro debe de ser un coloso.

—¿Cómo dice? —Frunció el ceño Fowler.

—El hombre que mueve a Alejandro desde dentro y que lleva el peso de todo el mecanismo del robot tiene que ser un coloso, un tipo de fuerza descomunal.

Margo se echó a reír, pero Fowler la atajó con un gesto.

—Oh, por supuesto, Romeo. En definitiva, nuestra intención era matar dos pájaros de un tiro. Uno de ellos consistía en eliminar a cierta persona que nos fue señalada. El otro, en convencer a la CIA de la efectividad, de la invulnerabilidad de Alejandro. Usted, Romeo, sin duda, es un profesional del espionaje, ¿no es cierto?

—Quizás.

—Oh, sí, sí, lo es… Sabemos distinguir esas cosas. A nuestra manera, lo admiramos. Sin embargo, reconozca que Alejandro, el robot, es mucho más efectivo que usted. Si a usted lo hubiesen golpeado en el pecho con un hacha, lo habrían partido en dos, claro. Y unas cuantas balas en la espalda lo habrían detenido. Y un hombre como ese Simón colgado de su espalda le habría dado mucho trabajo… El suficiente para que Flor de Loto llegase en su ayuda… Tampoco le habría resultado tan fácil desembarazarse de un coche que quiere derribarlo, atropellarlo… En fin, Romeo: hemos conseguido la perfección.

—La perfección… ¿en qué?

—Demostrado está: en matar. En matar sin riesgo de ninguna clase. Y para demostrar eso, la CIA recibió una invitación. Han enviado a Flor de Loto y a Simón, ambos han fracasado, y eso beneficia nuestros planes generales. Es posible que muy pronto entremos en contacto con la CIA para… cambiar impresiones y ofertas. Pero, a fin de evitar contratiempos, antes queremos saber a qué atenernos con usted. Si lo ha enviado la CIA, es posible que lleguemos a un acuerdo… ¿Sí?

—No tengo nada que ver con la CIA —repitió Romeo.

—Supongamos que acepto eso y que…

Una de las puertas del pequeño cuarto se abrió, y otro hombre entró. Alto, rechoncho, medio calvo, ojos astutos, oscuros. Se acercó a los aparatos, les echó un vistazo y luego miró a Percy Fowler, que asintió con la cabeza.

—Todo va bien, Aaron —aseguró.

—Estupendo… —dijo el recién llegado—. Lamento mucho haberme perdido el trabajo de Alejandro, pero he tenido otras cosas que atender. ¿Ha matado al «cliente»?

—Sin un solo fallo y ante mucha gente. Ha sido espléndido… Vamos mejorando.

—Bien, bien… Sería conveniente que abandonásemos la isla, Percy. Margo, tú y yo tenemos cosas que atender en el continente… ¿No colabora todavía el señor Romeo?

—Es terco y fuerte como un elefante. Pero ya le he advertido que le hemos descuidado porque teníamos que atender el trabajo de Alejandro, y que ahora le atenderemos a él con mucho gusto. Asegura que no pertenece a la CIA.

Aaron Chandler se quedó mirando fijamente a Romeo. De un modo tenso, especulativo.

En ningún instante las negras pupilas del prisionero cedieron ante las de Chandler.

—Yo creo que lo mejor sería matarlo y deshacernos de su cadáver —dijo de pronto.

—¿Y si eso nos delata?

—¿En qué sentido?

—Es posible que alguien esté esperando noticias de él.

—Que sigan esperando. Una cosa es segura: Romeo no tiene compañeros que estén al corriente de sus andanzas. De otro modo, ya habrían ido a visitar la tienda de juguetes. Y no ha sido así… No, Percy, no… Yo creo que este es un pájaro solitario. No tiene a nadie. Por tanto, se le mata tranquilamente… y eso es todo.

—Quizá pueda decirnos algo interesante —musitó Margo Stevens.

—Lo dudo —negó fríamente Aaron Chandler—. De todos modos, no quiero que perdamos más tiempo con él. Recurrid al último procedimiento, ahora que ya tenemos liquidado el asunto de Roczac, y una vez convencidos de una cosa u otra, matad a Romeo.

—Está bien… ¿Te vas?

—Quiero estar en Nueva York, vigilando los acontecimientos… ¿Qué ha pasado con la CIA? ¿Ha estado presente?

—Desde luego. Una chica disfrazada de *geisha* y un tipo que salió del jardín. Ha habido un poco de jaleo, pero ningún contratiempo que pueda preocuparnos.

—Perfecto. Y puesto que la CIA está ya en antecedentes de Alejandro y de sus posibilidades, lo demás poco importa Acabad pronto con este tipo.

Señaló a Romeo, y se marchó. Margo y Percy cambiaron una mirada.

Fue Margo quien aprobó, con un gesto:

—Aaron tiene razón, Percy: será mejor que recurramos al último procedimiento. Si Romeo es peligroso en cualquier sentido para nosotros, nos lo dirá. Y también nos dirá todo lo que le preguntemos. Una cosa es querer entrar en tratos con la CIA a nuestro modo, y otra cosa es que la CIA quiera dominar la situación. Por tanto, señor Romeo —lo miró amablemente—, vamos a recurrir al último procedimiento con usted. Y esta vez, con tranquilidad, no podrá negarnos nada. Heston, ve a prepararlo todo.

Heston se puso en movimiento, mientras Percy Fowler, que había estado sonriendo extrañamente, acababa por soltar una estentórea carcajada.

—¡Me gustaría saber qué clase de caos se ha armado en la casa de Albert Rockingham! —exclamó, divertidísimo.

Capítulo V

Albert Rockingham colgó el auricular del teléfono de su despacho y se volvió hacia le *geisha*, que se las había arreglado muy hábilmente de modo que los dos quedaron encerrados solos allí dentro.

—Y le advierto —Rockingham la señaló furiosamente con un dedo— que le contaré a la Policía su actuación.

—¿Se refiere a mi baile japonés? —Sonrió Flor de Loto.

—¡Me refiero a su sorprendente fuerza física, a su intervención con el hacha…! Y, sobre todo, al hecho de que haya dejado escapar al tipo del jardín…

—No le dejé escapar. Simplemente, le ayudé a recobrarse, y él se fue de su quinta, señor Rockingham.

Este lanzó una vez más una furiosa mirada a la dulce *geisha*. Por supuesto, la fiesta había terminado. En el salón estaba el cadáver de «El Jinete Fantasma», y los demás invitados, que de tan asustados no sabían qué hacer, si marcharse o quedarse. Pero, mientras duraba la indecisión, allí estaban todos. Era un feo final de año, con un cadáver ante los ojos…

Albert Rockingham, en su despacho, se había quitado ya la caperuza de verdugo misterioso, apareciendo tal como era, claros sus ojos, rubios los cabellos, atractivo… Lo que ya no parecía tanto era simpático. Nadie resulta muy simpático cuando está furioso. Y si, además, está vestido de verdugo, resulta incluso desagradable. El dueño del palacete apuntó a la falsa japonesita con un dedo largo, aristocrático.

—¡Los dos sabemos que usted fue quien lo despertó, y le ayudó a marcharse! Yo no estaba tan asustado como los demás, y lo vi todo…

—¿Por qué no se calma, señor Rockingham? Entienda que con gritos y actitudes destempladas nadie va a conseguir nada.

—¡La Policía se las entenderá con usted!

—Lo dudo. Cuando ellos lleguen, yo me habré marchado ya, señor Rockingham.

—¿Sí? ¡Me gustaría ver cómo consigue escapar de mí!

—Dejemos esta conversación. Y conteste a una pregunta, por favor: ¿envió usted una invitación a la CIA?

—¿Cómo? ¿Qué…? Pero… ¿qué está usted diciendo? —barbotó Rockingham—. ¿Se ha vuelto loca?

—Me desagrada su descortesía, Albert —sonrió la *geisha*.

—Emmm… Mire, nena, yo no sé quién es usted, pero me huele a chamusquina. He viajado mucho, conozco a mucha gente, a miles de personas. Y siempre he tenido motivos para lamentar haber conocido a mucha gente demasiado simpática.

—¿Como yo, por ejemplo?

—¡Como usted, precisamente! Las personas demasiado simpáticas siempre tienen algo que ocultar, o siempre son simpáticas por algún motivo determinado, concreto, provechoso para ellos mismos.

—Y es por eso que usted desconfía de mí.

—¡Sí!

—Ah… ¿Y también por eso me ha traído a su despacho mientras llamaba a la Policía?

—Exactamente.

La *geisha* se echó a reír, en verdad divertida. Abrió la cajita de cigarrillos que se veía en la mesa del despacho, tomó uno y lo encendió con la ayuda de un encendedor enorme, que emitió una musiquilla al ser accionado. Tosió un poco y se quedó mirando asombrada primero el cigarrillo y luego a Rockingham.

—Por el amor de Dios, Albert… ¿qué fuma usted?

—Es tabaco negro.

—Ah… Bien, pero muy malo, ¿no?

—No es malo —gruñó Rockingham—: solo muy fuerte.

—Eso debe de ser —Flor de Loto se apresuró a apagar el cigarrillo en el cenicero, y miró simpáticamente al dueño del palacete—. Vamos a terminar esta tonta entrevista, Albert. Por mi parte, olvidaré sus tontas suposiciones… a cambio de su respuesta concreta: ¿envió o no envió usted una invitación de su fiesta a la CIA, a Washington?

—No. Un momento —los ojos de Rockingham se entornaron—:

¿usted es de la CIA?

—Inteligentísima deducción. ¿Había visto usted antes, alguna vez, a Alejandro?

—¿A quién? —Casi gritó Rockingham.

—A Alejandro… Al robot asesino, quiero decir. ¿Sabe usted quién estaba dentro de ese disfraz?

—¡Desde luego que no! ¡Jamás he tenido asesinos entre mis amistades!

—¿Y espías? —Sonrió la japonesita falsa—. ¿Tiene amistades en el mundo del espionaje?

—¡Claro que no!

—Sin embargo, esta noche ha habido en su fiesta un asesino y una espía. La espía, naturalmente, soy yo. Y, sin ninguna duda, Albert, si ambos entramos fue porque teníamos invitación. ¿No cree?

—¡Ustedes dos han sido unos intrusos!

—Sí… —musitó Flor de Loto—. Eso me temo. Pero las cosas no ocurren porque sí… Y algo ha ocurrido. Algo… extraño y terrible. Y ha sido presenciado por la CIA, lo cual, evidentemente, era el propósito de alguien. Personas que no han respetado su fiesta, Albert. Me temo que su entrada en el Año Nuevo va a resultar un poco desagradable.

—Más para usted que para mí.

—¿Se refiere a la Policía?

—Naturalmente. El hombre al que han matado era amigo de unos amigos míos, y, como tal, recibió la oportuna invitación. En cambio, usted no está en mi lista de invitados. Le será un poco difícil explicar esto a la Policía.

—Sí… —musitó Flor de Loto—. Me sería tan difícil… No. Difícil precisamente, no. Pero me resultaría tan complicado que opino que debo marcharme ahora, antes de que lleguen los fieles y celosos cumplidores de la Ley.

Albert Rockingham frunció el ceño y se colocó ante la puerta de su despacho.

—No saldrá usted por esta puerta —aseguró firmemente.

—Desde luego que no. Mi intención es marcharme por la puertaventana que da al jardín.

Se dirigió calmosamente hacia allí, pero Rockingham corrió,

cruzando velozmente el despacho, y le cortó el paso.

Atenuadas por la distancia, se oían ya las sirenas policiales.

—¡Usted se quedará aquí! —afirmó Rockingham.

—Por favor, señor Rockingham, no me obligue a maltratarle. Me resultaría penoso. Acabemos cortésmente esta entrevista.

—No saldrá de mi despacho.

La *geisha* se le quedó mirando con el ceño graciosamente fruncido, vacilante. Por fin, suspiró, desalentada.

—Parece que no me concede usted otra alternativa, Albert. Espero que cuando reflexione sea capaz de perdonarme.

Se adelantó hacia la puerta-ventana. Rockingham la asió de una mano, con fuerza. Una manaza grande, sólida, de deportista, que tenía casi el triple tamaño que la de Flor de Loto. Sin embargo, como suele decirse en espionaje, dos y dos no siempre son cuatro, sino que la mayoría de las veces suman cinco. Aquella vez, precisamente, dos y dos sumaron cinco. La manita libre de Flor de Loto apretó, al parecer suavemente, la muñeca de la mano de Rockingham; este lanzó un aullido, la soltó, e inmediatamente quiso asirla por los hombros. Para su sorpresa, aquella delicada muchachita que un segundo antes estaba frente a él, se hallaba de pronto de espaldas, aferrando sus dos manos, que se pasó por los hombros, al mismo tiempo que giraba ligeramente hacia el centro del despacho. Luego se inclinó rápidamente, Rockingham notó un golpe en el estómago, un violento tirón en las manos, y se encontró volando como una flecha hacia el gran sofá de su suntuoso despacho. Cayó en él como un fardo, rebotó, cayó al suelo, se sentó y miró desconcertado, casi aturdido, a todos lados.

Finalmente, localizó a Flor de Loto en el umbral de la puertaventana que daba al jardín, a punto de salir.

Ella agitó dulcemente una manita.

—*Sayonara* —sonrió.

* * *

Precisamente su propio coche deportivo se detenía junto a ella, rozando el bordillo, cuando apenas llevaba recorrida una manzana, alejándose del palacete tras saltar las verjas, eludiendo habilísimamente a la Policía, que comenzaba a invadir la casa.

La portezuela se abrió y la *geisha* se coló dentro, sentándose, suspirando como fatigada. Miró al hombre que estaba al volante.

—¿Se encuentra bien, Simón?

—Bastante bien… —Sonrió este—. Me pareció que debía marcharme del palacete con su coche, Baby. Y como sabía que no querría tratos con la Policía, la esperamos cerca, dando un par de vueltas. ¿Dificultades?

—No sé. Parece que han empezado en serio. Oh-oh-oh… ¡Pero si está aquí mi querido tío Charlie!

Charles Pitzer, sentado junto a la espía internacional más astuta jamás nacida, lanzó uno de sus secos gruñidos:

—Estoy aquí desde que usted entró en el coche, ¿no?

—No le vi… —Sonrió Flor de Loto—. Estaba preocupada por Simón. ¿Le ha contado él…?

—Me lo ha contado todo, mientras esperábamos que se fugase de ese palacete. ¿Qué demonios es eso del robot, la descarga eléctrica…?

—Un caso único. Me pregunto qué clase de hombre es capaz de estar dentro de aquel montón de hierro, moverse, manejar los brazos, disparar no sé cómo, lanzar llamas, ver por la espalda… Creo que necesito reflexionar, tío Charlie.

—Pues reflexione… Tiene un minuto para ello.

—¿Tanto tiempo? —rio la *geisha*.

Sacó de debajo del asiento su maletín rojo con florecillas azules estampadas. Del maletín extrajo un espejo, algodón, una botellita de un líquido transparente… Entregó el espejo a Pitzer, empapó el algodón en el líquido transparente, y se lo pasó rápidamente por la cara, quitando cómodamente el maquillaje… En pocos segundos quedó casi del todo reconocible el rostro de Brigitte Montfort, naturalmente. Unas cuantas pasadas más de algodón impregnado se llevaron los últimos restos del maquillaje. Se quitó las agujas del moño, dejando caer sueltos los largos cabellos negros, y se pasó los dedos, ordenándolos. Luego, tranquilamente, se quitó el kimono. Guardó el kimono, recogió el abrigo de pieles que había tras el asiento trasero y se lo puso. Guardó el maletín, suspiró y dijo:

—A casa, Simón.

—Con gusto —rio el admirado ayudante de Pitzer. Pero este lanzó otro gruñido:

—¿Ha reflexionado ya?

—Un poco… —admitió Baby—. Es evidente que querían que la CIA estuviese presente durante la actuación de Alejandro. Ignoro por qué. Otra cosa que es evidente es que Alejandro o sus jefes no quieren enemistarse con nosotros… Gracias a eso, Simón y yo estamos vivos todavía.

—Y todo eso… ¿para qué, por qué, qué pretenden…?

—Tendremos que esperar, supongo. Y mientras esperamos, tío Charlie, quiero que se entere de quién es el muerto, la víctima elegida por Alejandro.

—Un invitado cualquiera… ¿no?

—No lo creo. Quiero saber quién es ese hombre, si es americano, o extranjero, y en este caso qué hacía en Estados Unidos, si tiene amigos… Todo lo que pueda saberse sobre él, quiero saberlo… cuanto antes.

—¿Y mientras tanto?

—Celebraré del mejor modo posible la entrada del Nuevo Año de Gracia mil novecientos sesenta y ocho… ¿Qué hora es?

—Las doce menos veinte —informó Simón.

—Tiempo suficiente de llegar a mi apartamento, que está muy cerca.

—¿Va a recibir al Año Nuevo en soledad?

—Me gustaría divertirme un poco —admitió Brigitte—. Pero, queridos, ustedes dos tienen mucho trabajo que hacer, a fin de que yo sepa cuanto antes quién era «El Jinete Enmascarado»… Puede parar aquí mismo, Simón. Y llévense el coche. Yo misma lo recogeré cuando lo necesite.

El coche se detuvo y Brigitte se apeó, muy cerca del «Crystal Building», donde tenía su apartamento. Antes de cerrar la portezuela, envió una sonrisa a los dos hombres.

—Feliz Año Nuevo —deseó.

* * *

Entró en su apartamento, cerró la puerta y se dirigió directamente al *living*, quitándose el abrigo de pieles.

—Peggy, ya estoy de vuelta. Prepara… ¡Oh!

—¡Zambomba! —gritó Frank Minello, dejando caer su copa, que

había mantenido en alto.

Estaba de pie en el centro del *living*, con un graciosísimo sombrerito de plástico, de colores. Casi parecía una momia, envuelto en serpentinas de colores, y en su boca tenía una trompeta que lanzó una nota aguda cuando dijo aquello de «zambomba». *Cicero* estaba sentado en el sofá, con un gran lazo de seda roja al cuello, revuelto también en serpentinas y *confetti*, y se puso a ladrar alegremente cuando vio a su ama. Peggy estaba sentada en un sillón, pero se apresuró a ponerse en pie, tras dejar la copa de champaña en la mesita.

—Señorita… El señor Minello entró a la fuerza, me empujó… No pude impedir que entrara, y dijo… dijo que lo preparase todo para cuando usted regresara… Y como la hemos oído entrar…

—Está bien, Peggy… —Sonrió la espía—. ¿Qué te trae por aquí, Frankie?

—¡Zambomba!

—¿Zambomba? ¿Es un nuevo método para viajar?

—Yo-yo-yo… ¡Mi madre! Maldita sea, estoy tratando de decirte que vine a desearte un feliz Año Nuevo… ¡Feliz Año Nuevo!

Y lanzó una sonora nota con la trompeta. *Cicero* se puso a ladrar, Peggy empezó a reír y Brigitte se llevó las manos a las orejitas.

—De acuerdo, de acuerdo… Tomaremos una copa juntos… Hay que celebrarlo. Dale otra copa a Frankie, Peggy.

—Sí, señorita.

—¡La televisión! —aulló Minello.

Corrió hacia el aparato y lo encendió. Peggy sirvió más champaña a Minello, en otra copa, y luego a Brigitte, que tenía estrictas órdenes dadas respecto a la primacía de sus invitados. Naturalmente, no faltó la guinda en cada copa, y Minello, alzando la suya, gritó:

—¡Brindo por la —bajó de pronto la voz— espía más perversa de todos los tiempos!

Empezaron a beber los tres justamente cuando comenzaban a dar las doce de la noche. Fin. Adiós a mil novecientos sesenta y siete. Un alegre adiós, ya que la agente Baby había conseguido resistirlo, llegar con vida a aquella hora final de un año que moría. Aventuras en Benarés, en Estados Unidos de arriba abajo, en Venezuela, en Hong Kong, en Chamonix, en Guatemala, en El Cairo,

en Alaska, en islas del Caribe, en una travesía atlántica, en Turquía, en Ausvania, en el Mississippi… Tantos y tantos sitios que ya ni siquiera podía recordarlos todos. Tenía sus notas, ciertamente, y cualquier día… Sí. Cualquier día acabaría su libro titulado «El decálogo del espía». Y entonces lo diría todo…

Todo.

Frank Minello dejó su copa y se abalanzó contra Brigitte, sujetándola por la cintura.

—¡Frankie! ¡Suéltame! —rio ella.

—¡Ni hablar! ¡Hay que recibir al Año Nuevo con un beso! ¡No es mía la culpa si te has presentado en prendas interiores!

La abrazó fuertemente y la besó en los labios. Luego la soltó y empezó a tocar la trompeta. *Cicero* volvió a ladrar, divertido hasta el paroxismo.

—¡Voy a poner música! —exclamó Minello.

—Frankie… Frankie, lo siento… Tendrás que marcharte…

—¿Por qué?

Brigitte no le contestó, tomó la copa, la alzó y dijo:

—Feliz Año Nuevo, Frankie… Y buenas noches.

* * *

Se puso la camisa de dormir y se acostó. Quedó sentada en la cama, pensativa. Un nuevo año… Ciertamente, tenía mucho que agradecer por estar todavía viva.

¿Estaría viva para celebrar el siguiente año, el mil novecientos sesenta y nueve?

Encendió el cigarrillo, pensativa, reflexiva. *Cicero*, como cada noche, se había acurrucado en su almohadón, en un rincón del espacioso dormitorio, matizado por una tenue, suave luz rosada. Era agradable estar allí… Celebrar un nuevo año estando viva y entre los seres queridos era algo que valía la pena… ¿Entre los seres queridos? ¿Acaso estaban todos cerca de ella? ¡Qué diferente habría sido todo si, en lugar de tener que enfrentarse a un robot llamado Alejandro, hubiese tenido allí a todos sus amigos, en paz, sin tener pendiente ningún trabajo para la CIA, ni para nadie…! Qué hermoso habría sido todo si los espías no hicieran falta en el mundo… Ni los soldados, ni los tanques, ni los misiles y antimisiles.

Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad… Sus amigos, cada uno a su manera, lo eran. John Pearson, el mejor espía británico, del MI5, alias «Míster Ghost», o «Fantasma»… Wilhelm von Steinheil, alias «Alexandria», el espía alemán más fabuloso de todos los tiempos… Nataniel, que tenía su pequeño y próspero país en América Central gracias a ella… Y Simón… Todos los Simones que con ella se habían jugado la vida a lo largo del año… ¡Eran tantos! Muchos… Muchos amigos. Buenos amigos, que darían la vida por ella sin vacilar un instante.

Pero, sobre todo… Sobre todo, Número Uno, el hombre que, traicionado por la CIA, vivía solitario en el mundo, sin más amor que ella misma, sin amar a nadie más que a la agente Baby. ¿Dónde estaría Uno en aquellos momentos? Solo, sin nadie a quien sonreír, sin nadie a quien amar…

Brigitte tomó la copa de champaña que tenía en la mesita de noche y la colocó ante sus labios, musitando:

—A todos… Por todos vosotros, mis queridos amigos, el primer sorbo del año. A todos, estéis donde estéis, os deseo felicidad, paz de conciencia, y larga vida… —Una lágrima cayó en el champaña, pero la espía más dura e inflexible del mundo estaba sonriendo—. A todos, con mi amor… ¡Feliz Año Nuevo!

* * *

—Ya estamos en el sesenta y ocho —dijo Heston.

Nadie le contestó. Percy Fowler miraba hoscamente al hombre tendido en el catre de la sórdida habitación subterránea. Aquel hombre, duro como roca, de rostro bronceado, ahora golpeado, magullado. El tipo más sorprendentemente difícil que jamás había conocido. Tenía un mentón agudo, sólido, pétreo. Y un aire recio, varonil, áspero… Su atractivo masculino llegaba hasta el punto de que había impresionado a Margo, que, como él, miraba fijamente aquel rostro hermético, ahora cubierto por una finísima capa de sudor.

Junto a la cama, en una mesita, se veía la gran jeringuilla con la que le habían inyectado el líquido en la vena. E incluso así, con aquel nuevo y potente derivado del «suero de la verdad», tenían sus dudas respecto al resultado. Romeo, ciertamente, había demostrado

tener una reciedumbre física y mental que los tenía un poco sobrecogidos. Le habían golpeado hasta cansarse, le habían sometido a diversas torturas, lo habían aturdido, maltratado de todos modos… Y su boca no se había abierto. Era asombroso, en verdad increíble. No puede existir nadie que sea tan fiel a sus posibles amigos, a su organización…

Un suave gemido brotó de los labios de Romeo, en aquel momento. Percy Fowler echó un rápido vistazo a su reloj.

—Ya debe de estar haciéndole efecto —musitó.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo —dijo Margo.

—Es la última prueba. No podemos arriesgarnos a que alguien más sepa algo de la tienda de juguetes, quizá de nosotros mismos. Vamos a ver qué dice… Pregúntale tú, Margo. Y sé amable.

Ella asintió con la cabeza. Se acercó más a Romeo y le pasó una mano por la frente, enjugándole el sudor.

—Romeo… —susurró—. ¿Qué haces en Nueva York?

—Nada… Nada, nada.

—Romeo, no puedes mentirme a mí, somos amigos… ¿Me has olvidado? ¿Quién eres, qué haces en Nueva York?

—Romeo, viajero… Turista… Ese soy yo. Percy Fowler crispó los puños.

—¡Está resistiendo los efectos de la droga! —Se irritó.

—No es posible… Es solo un ser humano, Percy. Déjame seguir, por favor… Romeo, ¿me estás escuchando?

—Sí… Sí, querida, te oigo bien…

—¿Me recuerdas?

Una sonrisa, extraña, dulce, que sorprendió a todos, apareció en el rostro de Romeo.

—Siempre… siempre tuviste muy buen humor… ¿Que si te recuerdo? Tú sabes muy bien que pienso en ti en todo momento, durante toda mi vida.

—Yo también pienso en ti… Pero temo que me estés mintiendo, que ni siquiera me recuerdes, que no sepas quién soy…

—Te estás burlando de mí… —rio dificultosamente Romeo—. Eres la agente Baby, de la CIA. La más cruel y peligrosa mujer del mundo, la nunca vencida, la jamás humillada… Eres cruel, fría como el hielo, dura como el acero… Y al mismo tiempo, Baby, la más adorable de las mujeres… Eres… mi amor. Mi único amor. Mi

primer y único amor…

—¿Has venido a Nueva York para verme? —susurró Margo.

—No, precisamente… Pero antes de regresar a Malta hubiera pasado por tu apartamento, para tenerte una vez más ante mis ojos… Es mi única alegría, Baby…

—¿A qué has venido a Nueva York?

—En Viena… ocurrió algo sorprendente… Una especie de robot mató a un agregado de la embajada rusa. Fue algo… espectacular. Los rusos me ofrecieron cien mil dólares por solucionar el caso, sin mezclarlos a ellos… Conseguí la pista de un hombre, que tomó el avión finalmente en el aeropuerto de Roma, en Fiumicino. Lo pude seguir hasta Nueva York, y aquí, hasta una tienda de juguetes…

—¿Saben los rusos o los austríacos algo de ese robot?

—No… Nadie sabe nada… Todo el espionaje europeo está conmocionado. Parece ser que el ruso que fue eliminado era un traidor… Y respecto al robot, o lo que sea, no ha sido hallado… Pero yo estoy… en Nueva York… Sí, estoy en Nueva York, y sé que… que lo encontraré, que lo sabré todo… Ya sabes lo que es nuestra vida de espías, Brigitte. Un día aquí, otro allí… Aparentemente, vamos desorientados, pero siempre encontramos el modo de seguir adelante… Los maniquíes… Había unos maniquíes en un sótano… En un sótano de la casa de juguetes… ¿Has recibido el osito?

—¿Qué osito, querido? —Se tensó Margo.

—Un osito… grandote… —Romeo sonrió anchamente—. Te lo envié a tu apartamento de Nueva York…

—¿Estás seguro?

—Claro… Si algo me ocurre, sé que sabrás… seguir mi trabajo… Es maravilloso volver a estar cerca de ti… Quizá decida pedirte ayuda… Hay una isla… Pero no sé dónde está… Una isla… Oh, te vi por televisión de circuito cerrado. Disfrazada de *geisha*, y con el nombre de Flor de Loto… —De nuevo sonrió Romeo—. Como siempre, estabas deliciosa, pero, claro, no pudiste contra Alejandro… Alejandro es un robot de verdad, Baby querida… Sus cuatro ojos son cámaras de televisión que, en circuito cerrado, envían la imagen a la isla de que te he hablado… Hay cuatro receptores que reciben las correspondientes imágenes… Ese tal Alejandro, el robot, es una… máquina destructora que, al mismo

tiempo, controlada a distancia, envía imágenes con sus cuatro cámaras hasta la isla… Oh, eso ya te lo he dicho… Hay gente a mi alrededor… Gente de la que tú destruirías inmediatamente… Estoy seguro de que te enterarás de todo, de que sabrás sus nombres… Yo conozco a Heston, Bolowsky, Mackenzie, Margo Stevens, Percy Fowler… Y un tipo llamado Aaron Chandler, que parece ser el jefe… Están relacionados con la tienda de juguetes… ¡Ah, sí, ya recuerdo! Allá construyen los robots y unos maniquíes muy perfectos… Parecen talmente personas normales… Y disparan gas… Encontrarás la tienda de juguetes, lo sé…

Los presentes habían cambiado una tensa mirada de alarma. Percy Fowler hizo una seña perentoria a Margo, que siguió preguntando:

—Querido, dime exactamente quién soy yo.

—¿Otra… vez? Eres Brigitte Montfort, trabajas para la CIA, y en todo el mundo del espionaje se te conoce como la agente Baby…

—¿Soy… realmente peligrosa?

Romeo se puso a reír, un tanto espasmódicamente.

—¡Y muy divertida! —exclamó—. Si te gusta que te halaguen, yo no tengo inconveniente… ¿Peligrosa? Bien… Jamás nadie ha conseguido vencerte, y tú lo sabes… Ni nadie te vencerá… Igual que a mí… Tú y yo somos… invencibles…

—El osito… No he recibido el osito, querido… ¿Adónde me lo enviaste?

—A tu apartamento de Nueva York, ya te digo… En el Crystal Building, naturalmente, delante de Central Park… Quizá la entrega se ha retrasado…

—¿Has venido solo a Nueva York?

—Ya sabes… que yo voy siempre solo a todas partes, Brigitte. Solo… con tu recuerdo, con tu imagen…

Margo Stevens se incorporó del camastro, dejando a Romeo que fuese hablando. Miró expresivamente a Percy Fowler.

—Bien… Eso es todo: Brigitte Montfort, alias Baby, apartamento en el Crystal Building, en Nueva York. Habrá que recuperar ese osito.

* * *

Brigitte dejó la copa de champaña en la mesita de noche, y se quedó mirando al osito, colocado sobre una butaquita.

—Eres encantador, Nicanor. Espero que mañana alguien me preguntará si has llegado a mi poder… Oh, a ti también te deseo un feliz Año Nuevo, naturalmente. A todos… a todo el mundo… ¡Feliz Año Nuevo!

Y la agente Baby se durmió como una buena niña.

Capítulo VI

Brigitte alzó la mirada del libro, para dirigirla amablemente hacia su visitante matutino.

—Buenos días, tío Charlie… ¿Cómo le sienta el Año Nuevo?

—Fatal —gruñó Pitzer, tirando su sombrero a un sillón.

—¿Se da cuenta? —Sonrió Brigitte—. ¡No se puede ser espía…! ¿Qué es lo que va mal?

—No he dormido en toda la noche.

—Oh… Bueno, en ese caso, usted es de los que pueden gastar la broma de que ha estado sin dormir un año, o sea, del sesenta y siete al sesenta y ocho.

—No me gustan las bromas tontas.

—Ni las bromas de ninguna clase. De todos modos, hay que recibir siempre alegremente un año más de vida. Mmm… Espero que esta noche de insomnio haya sido fructífera, al menos. Puede sentarse, desde luego.

Charles Pitzer se había sentado ya, junto a la espía, en el sofá. Soltó otro gruñido y encogió los hombros.

Baby le señaló acusadoramente con un gracioso dedito.

—Está usted vivo, tío Charlie. Entonces, por el amor de Dios, ¿por qué no pone mejor cara y muestra un humor más alegre?

Pitzer frunció el ceño. Luego sonrió como resistiéndose.

—Creo que tiene razón… —admitió—. Intentaré empezar el año nuevo sonriendo. ¿Tiene café?

—Yo tengo de todo, querido.

Brigitte sonrió y descolgó el teléfono. Apretó uno de los botoncitos y casi en el acto se oyó la voz de Peggy, tenue:

—¿Sí, señorita?

—Más café, Peggy, por favor.

—Lo estoy preparando ya, señorita. Lo llevo ahora mismo.

—Magnífico. Gracias, querida.

Colgó, encendió un cigarrillo y dejó el libro sobre la mesita. Se quedó mirando a Pitzer, ahora seriamente.

—¿Conocido por algo determinado?

—Sí. Escapó de Hungría hace poco menos de un año, tras pedir asilo político a una de nuestras embajadas europeas. Parece ser que Vanio Roczac disgustó grandemente a los rusos con esa escapada.

—Bien… Esa podría ser la causa de que el robot Alejandro lo eliminase. Pero dudo mucho que esto sea una acción rusa, tío Charlie. En mi opinión, el asesinato de anoche, en la persona de Vanio Roczac, fue… una demostración pública de fuerza, en beneficio de la CIA. Quisieron impresionarnos, por algún motivo que de momento ni se me ocurre. Naturalmente, puedo estar equivocada… ¿no?

Pitzer estaba moviendo negativamente la cabeza.

—No está equivocada, Brigitte. Efectivamente, invitaron a la CIA a esa fiesta precisamente para demostrarnos con qué facilidad y seguridad se puede eliminar a una persona… y escapar.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Primero la pondré al corriente de otro suceso casi exacto. El hecho ocurrió en Viena…

—En Viena… En Europa… ¿Quién le ha puesto al corriente de esto?

—Nuestros archivos de Washington. El hecho constaba allí, pero, naturalmente, no tenían por qué comunicármelo. Estarían listos si tuvieran que informar a todos los agentes de lo que se sabe en la Central… Pero prosigo: en Viena, en una fiesta diplomática, un ciudadano ruso, llamado Igor Polanov, fue asesinado, delante de más de sesenta personas, por un hombre-maniquí.

—¿Por un… qué? —exclamó Brigitte.

—Por un robot, más o menos parecido a Alejandro, según la descripción que de este me ha hecho Simón. Lo curiosísimo del caso es que ese robot de Viena estaba entre los invitados, pero paseando por la biblioteca… Sitios poco concurridos. De pronto, cuando más animada estaba la reunión, se fue directo hacia Igor Polanov y le metió tres balas en el corazón. Luego, tranquilamente, sin que nadie pudiera impedírselo por ningún medio, se fue. Salió de la embajada, subió a un coche que pasaba justamente entonces y desapareció. Fue atacado con sables de protocolo y con pistolas, pero nada le

afectó. Sencillamente, después de cometer su asesinato, se fue.

—Un momento, tío Charlie, un momento… Hay una parte de esto que no acabo de entender. En el caso de anoche, nadie sospechó nada de Alejandro al verlo disfrazado de robot, porque estábamos en una fiesta de disfraces. Pero… ¿también en Viena la fiesta era de disfraces?

—No.

—¿Y nadie se dio cuenta de que tenían entre ellos a una especie de robot, o bien un hombre con armadura metálica o cosas así…?

—Brigitte: ese robot de Viena no tenía nada de particular, parecía talmente una persona.

—Bien… Quizá llevaba bajo las ropas una protección contra balas…

—Le dispararon a la cabeza. Y las balas rebotaron.

Brigitte ladeó la cabeza, y se pasó la sonrosada lengua por los dulces labios, golosamente.

—¿Y la cabeza de aquel… hombre parecía normal?

—Absolutamente normal.

Peggy entró en aquel momento con el café, que sirvió a ambos, mientras Pitzer, a pesar de tener fruncido el ceño, miraba a la linda rubita. Brigitte lo miró irónicamente, pero se guardó el comentario. Estaba pensando…, sin llegar a ninguna conclusión.

—Vamos a dejar a un lado tan extraordinarios detalles, tío Charlie. Por el momento nada más, claro. Ahora, explíqueme eso de que yo no estoy equivocada con mi teoría de que querían demostrar una fuerza determinada a la CIA.

—En Washington se ha recibido una oferta.

—¿De quién?

—Se ignoran nombres. Pero son las personas propietarias de Alejandro.

—Ah… Los propietarios de mi querido robot… ¿Qué clase de oferta ha sido la suya?

—Bueno… Hagamos primero un poquito de… historia. Veamos: en ocasiones, usted lo sabe muy bien, se precisa la eliminación de una persona determinada. Y lo sabe muy bien, porque usted misma ha sido en varias ocasiones la encargada de eliminarla. En general, esas personas a las que conviene eliminar, son importantes, dentro de su actividad: políticos peligrosos, espías, traidores, delatores…

Cada una de esas personas, por supuesto, está al corriente de que su vida corre un cierto peligro y, en tal caso, toman grandes precauciones para continuar viviendo. Tales precauciones dificultan la labor de eliminarla… ¿No es así?

—Así es. ¿Y…?

—Supongamos que la CIA la envía a usted a asesinar a un jefe de Estado. Llamaremos X a ese hombre. Muy bien: usted recibe la orden de matar a X, se traslada a ese país, dedica varios días al estudio del terreno, traza un plan… y finalmente, «con muchísimo riesgo de su vida», pone ese plan en acción. Vamos a dejar a un lado las naturales dificultades que usted habrá tenido que vencer para llegar hasta X. Vamos a suponer que ya lo ha matado. Pero… ¿y después?

—¿Después?

—Sí, después… Usted sabe perfectamente que en la mayoría de los casos, lo más difícil para el asesino es la huida. Si durante esa huida lo matan, pues… no pasa nada, porque ya no podrá hablar. Pero… ¿y si lo atrapan vivo? Sería catastrófico que por cualquier medio le hicieran confesar que ha asesinado a X por mandato de la CIA, ¿no está de acuerdo con eso?

—Naturalmente.

—Pues bien: ese riesgo puede ser eliminado.

El rostro de la agente Baby se crispó un instante.

—¿Enviando un robot? —musitó.

—En efecto —gruñó Pitzer.

—Pero…

—Un momento. Entienda esto, Brigitte: un robot es un artefacto dirigido a distancia. En primer lugar, es poco menos que invencible. En segundo lugar, si lo vencen por cualquier medio, no dirá nada, eso está bien claro. Por tanto, tenemos que se ha cumplido el trabajo sin ningún riesgo político ni personal.

—En definitiva —musitó Brigitte, tensa la voz—, se trata de utilizar robots para asesinar impunemente.

—Bien… En definitiva, así es.

—Supongo que la CIA, la Central, habrá rechazado esa oferta. ¿En qué términos ha sido hecha?

—Alquiler de robots. Cuando la CIA precise eliminar a alguien, se pondrá en contacto con un representante de esas personas que

tienen los robots, por un medio que todavía no está decidido. Esa persona será informada de quién es la víctima, del nombre de quién debe morir, y cobrará quinientos mil dólares. Eso será todo. Inmediatamente, la CIA queda desligada del asunto. Sin compromisos, sin peligro, sin posibles complicaciones diplomáticas.

—Entiendo… Pero, insisto, supongo que la CIA ha rechazado esa monstruosa oferta.

Charles Pitzer no contestó. Se quedó mirando fijamente a Brigitte, sin expresión alguna en sus ojillos astutos. La espía parpadeó, abrió la boca, la cerró… Su rostro palideció visiblemente.

—La han aceptado… —musitó—. ¡Han aceptado esa monstruosidad!

—Por el momento, sí —susurró Pitzer.

—Pero… ¿se han vuelto locos? Tío Charlie, por Dios, ¿se da cuenta de lo que eso significa?

—No sé —gruñó él.

—¿No sabe? ¿No ha reflexionado sobre esto?

—Mi trabajo no consiste en reflexionar sobre las decisiones de Washington.

—Usted… usted se está convirtiendo también en un robot, tío Charlie. ¿No comprende lo estremecedor que resulta todo esto? Invitan a la CIA a una fiesta, y allá, posiblemente pagados por un servicio de espionaje que ya ha aceptado el mismo convenio, eliminan a Vanio Roczac, un hombre cuyo único pecado fue escapar de Hungría. Y aprovechan el momento para hacernos una demostración a la CIA. ¡Y entonces la CIA acepta contratar robots para asesinar!

—No soy yo quien toma las decisiones.

—¡Pero yo sí! —Casi gritó Brigitte, roja de ira—. ¡Yo sí tomo decisiones! ¡Y le…!

—Usted es una agente de la CIA. Su misión es callar y obedecer.

—¿Eso cree? —Brigitte se puso rabiosamente en pie, señalando hacia la salida del saloncito—. ¡Puede marcharse, tío Charlie! Y le ruego que lo haga ahora mismo… Además, enviará el siguiente mensaje a la Central, en Washington: OLVÍDENSE DE MÍ PARA SIEMPRE. Firmado: *BABY*…

Pitzer se puso en pie, sombrío.

—Piénselo bien, Brigitte…

—¿Pensarlo bien? ¿Qué entiende usted por «pensarlo bien»? ¿Admitir, siquiera sea por un instante, la posibilidad de utilizar robots para asesinar? ¿Usted se da cuenta de lo que ocurriría en el mundo si aceptásemos tal cosa?

—Usted, sin ser un robot, ha asesinado a muchas personas.

—¡Pero me he jugado mi propia vida al hacerlo! ¡He matado estando dispuesta a morir!

—¿Cuál es la diferencia?

—Arriesgo algo que para mí vale mucho, ¿no es cierto? ¿O ha llegado usted a pensar que no aprecio mi vida, que no tengo miedo cuando creo que voy a morir, que no recuerdo en esos momentos a mis amigos, mi hogar, las doradas playas llenas de sol, la alegría de vivir…? ¿Me está confundiendo también a mí con un robot? Y otra cosa: usted sabe mejor que nadie que todas las personas que han muerto a mis manos, merecían morir. Puede acusarme de hacer la justicia por mi mano, de ser muy personal en estas decisiones… Puede acusarme de «matar», no de asesinar a personas que no merecían la muerte.

—Estoy de acuerdo con usted en eso. Pero también los robots matarán a quien merezca la muerte.

—¿Está seguro de eso? —rio acremente la espía—. ¡Por favor, no sea tan estúpido!

—Se está pasando de la raya —farfulló Pitzer.

—¡No, señor! ¡No me paso de ninguna raya! ¡Estúpido y mil veces estúpido! ¿Quiere que se lo demuestre? Es muy sencillo: envíeme usted a mí a matar al presidente de los Estados Unidos. ¿Cree que yo aceptaría? ¿Cree que él merece la muerte? Yo no lo mataría, pero un robot, sí. Un robot recibiría la orden, iría a la Casa Blanca y mataría a nuestro presidente. Y todo porque alguien, sea quien sea, así lo había ordenado, pagando quinientos mil dólares por los servicios de un Alejandro de hojalata. Pero ya no digo al presidente de Estados Unidos… Cualquier loco, cualquier fanático, podría conseguir lo que quisiera por quinientos mil dólares… Podrían ordenar la muerte de cualquiera. Del papa Paulo VI, por ejemplo. ¿También él merecería morir porque un loco así lo dispusiera?

Pitzer palideció. Recogió su sombrero y se quedó mirando hoscamente a Brigitte.

—Yo obedezco órdenes, eso es todo. La decisión de contratar robots para eliminar enemigos no es cosa mía.

—Se lo dije antes: usted también se está convirtiendo en un robot. Y tenga cuidado, tío Charlie: ya sabe que yo no simpatizo con los robots. En Buenos Aires maté a un hombre como usted[2].

Charles Pitzer palideció intensísimamente, quedó lívido como un cadáver.

—¿Me está amenazando… a mí, Brigitte? —susurró. La espía le volvió la espalda y murmuró:

—Márchese.

—Yo solo me limito a cumplir órdenes, la decisión no…

—Está bien. Pero márchese. No quiero hablar más con usted… Nunca más, a menos que esté de acuerdo conmigo, y me ayude a estropear esta decisión de la CIA.

—¿Está loca? —gritó Pitzer—. ¿Realmente piensa usted oponerse a la CIA?

Brigitte se volvió a mirarlo. Sus azules y bellísimos ojos, ahora fríos como el hielo, parecieron clavarse en los de Pitzer.

—Me opondré siempre a quien no tenga la razón, tío Charlie. A mí no me importa que ese alguien sea la CIA, los rusos, los chinos, usted… Sea quien sea que no tenga razón, siempre tendrá que enfrentarse conmigo, en la medida de mis fuerzas. Por eso soy espía, por eso he matado y seguiré matando… Ahora, márchese. Y dígales a mis queridos jefes de Washington que la agente Baby se retira del organismo, a menos que ellos desistan de ese propósito de aceptar robots para matar. En vez de eso, tendrían que ayudarme a mí a localizar a esa gente… y destruirlos completamente. No dejaré ni un solo robot, ni uno solo de esos hombres que los manejan, o de cualesquiera que tengan tratos con ellos.

—¿Piensa seguir este asunto por su cuenta propia, con el fin de destruir esa organización que alquila robots? ¿Piensa por tanto luchar contra la CIA misma?

—Si la CIA insiste en alquilar robots, lucharé contra la CIA. Adiós, tío Charlie.

Pitzer asintió con la cabeza y salió del saloncito. Segundos después se oía batir la puerta del apartamento, suavemente. Peggy, que se había quedado petrificada, miraba con ojos desorbitados a la espía, que a su vez la miró con el ceño fruncido.

—¿Te ocurre algo?
—Señorita… ¡Contra la CIA! —gimió la doncella.
—Si temes algo, puedes marcharte. No temo la soledad, Peggy.
—Yo… yo siempre estaré con usted, ocurra… lo que ocurra…
—Perdóname… —Sonrió de pronto Brigitte—. Lo siento de veras, Peggy.
—No tiene que disculparse conmigo…
—¿Por qué no? ¿Porque trabajas para mí? Eso no tiene importancia… También yo trabajo… trabajaba para la CIA, y acabo de abandonarla. Y si tú no estás de acuerdo conmigo, tienes todo el derecho del mundo para dejarme.
—Yo sé que usted siempre tiene razón. Nunca me iré de su lado, si usted no me despide.
—Bien… —Casi rio la espía, ya más calmada—. Espero que dentro de unos años… muchos años, seremos las dos un par de viejecitas gruñonas. Pero, por ahora, las dos somos jóvenes y bonitas. ¿No es cierto?
—Sí, señorita —sonrió Peggy.
—Entonces, no nos disgustemos por nada. Los disgustos restan hermosura. Oh, sería terrible que nos saliesen arrugas a nuestra edad primaveral, ¿no crees?
Peggy se echó a reír, aunque todavía un tanto nerviosamente. Pero, en verdad, tratar con la agente Baby, aunque fuese bajo su mando, merecía únicamente sonrisas.
—Iré a la cocina…
Se oyó el carrillón de la puerta del apartamento. Las dos se quedaron mirándose…
—Ve a abrir. Y ojalá sea el tío Charlie, que ha recapacitado y viene a suavizar un poco nuestra borrascosa entrevista.

Capítulo VII

Peggy salió del saloncito y Brigitte volvió a sentarse en el sofá, de nuevo con el libro en las manos. Su irritación había cedido y ahora solo quedaba en ella la fría y firme determinación de persistir en su actitud, le gustase o no le gustase a tío Charlie y a la CIA misma.

Oía el repiqueteo de los tacones de Peggy, alejándose, y procuró abstraerse en la lectura, siquiera fuese unos segundos, para acabar de serenarse, de enfriarse. Tenía un gran dominio de sí misma, y sabía que podía lograrlo…

Ni siquiera oyó ruido en la puerta al ser abierta.

Pero sí oyó el brevísimo grito de Peggy, bruscamente cortado. Y luego la puerta al ser cerrada con innecesaria fuerza.

Se puso en pie de un salto, con el nombre de su doncella en los labios, pero, de pronto, echó a correr hacia el dormitorio. Abrió el armario, sacó de un cajón su pistolita de cachas de madreperla y regresó a toda prisa al saloncito, sin hacer el menor ruido. Estaba cruzándolo hacia la puerta que daba al amplio corredor cuando se detuvo en seco.

Y al mismo tiempo que oía las pisadas, más bien lentas y un tanto apagadas, el hombre apareció en el umbral. Se quedó allí, inmóvil, con sus extraños ojos fijos en ella.

—Buenos días, señorita Montfort —saludó.

Brigitte alzó la pistolita y apuntó al pecho del hombre… ¿Del hombre? ¿Era aquello un hombre? Ni siquiera había movido los labios al hablar. Sus ojos no tenían expresión alguna. Su rostro se veía terso, firme, frío… Vestía correctamente, normalmente; llevaba guantes… Impecable, con su oscuro sombrero.

Pero aquel no era el rostro de un hombre, sino el de un maniquí, rígidos los rasgos, de cristal o algo parecido los ojos. La peluca podía convencer, pero no el rostro. Quizá por la calle, si nadie se acercaba demasiado a él, incluso podría pasar por un hombre

normal. Pero no allí, en su apartamento, recibiendo de lleno y frente a ella la luz del sol, que entraba por el gran ventanal. Un maniquí.

Un robot.

Baby Montfort palideció y bajó lentamente la pistola.

—Inteligente actitud, agente Baby —dijo el robot.

—¿Qué le ha ocurrido a mi doncella?

—Está viva, no se preocupe. Solo ha sido necesario golpearla. Aunque mucho me temo que, en vistas a la discreción tan necesaria para mí, tendré que matarla antes de marcharme.

—¿Y respecto a mí?

—Lamento decirle que también debo matarla. —El robot adelantó un par de pasos—. Esa es precisamente la orden primordial que mis circuitos han recibido.

—Anoche pudo matarme Alejandro, y no lo hizo… ¿Qué es lo que ha cambiado?

—Las cosas han cambiado, naturalmente. Anoche usted no era ningún peligro para nosotros. Por el contrario, interesaba que quedase con vida, a fin de informar a la CIA respecto al buen funcionamiento y eficiencia de Alejandro. Sin embargo, actualmente usted constituye un gran peligro para nosotros.

Brigitte retrocedió un paso.

—¿Peligro yo? —musitó—. ¿Por qué? Según tengo entendido, ustedes ya han llegado a un acuerdo con la CIA Y yo soy de la CIA.

—Un acuerdo preliminar solamente. Parece que aceptarán nuestra… colaboración, después de discutir un par de puntos del máximo interés. Uno de esos puntos es el sistema que la CIA tendrá que utilizar para ponerse en contacto con nosotros. El otro punto es que jamás deberán intentar localizar nuestra base. Simplemente, ellos nos llamarán y nosotros acudiremos… Un enviado especial acudirá normalmente. Un robot, concretamente, señorita Montfort. Bien entendido por parte de la CIA que deberán darle instrucciones a ese robot, a fin de que sean recibidas en un lugar conveniente. Si la CIA intentase apoderarse del robot, este estallaría, y nada les habría servido de nada. Usted lo entiende, sin duda. Nos alquilamos, nada más. No nos vendemos.

—Todavía no me ha dicho por qué soy yo un peligro para ustedes.

—Porque quizá podría localizarnos. Y aun a riesgo de disgustar un poco a la CIA, tengo que eliminarla, para evitar esa localización de nuestra base.

—Está equivocado. —Brigitte retrocedió otro paso—. ¿Cómo podría yo localizarlos? No tengo ninguna pista…

—Nos han hablado con mucho entusiasmo de usted. Brigitte Montfort, la agente Baby, peligrosísima… Además, la vimos actuar anoche, contra Alejandro, con el hacha, con la pistola, con el coche… Parece que es cierto que usted es una mujer peligrosa.

—Si me mata, la CIA se disgustará con ustedes.

—Solo un poco —admitió el robot—. Pero nuestros servicios suplirán magníficamente los de usted. Cuando nosotros empecemos a trabajar para la CIA, la agente Baby será ya un elemento… arcaico. ¿Lo comprende?

—¿Quién es usted? ¿Dónde está?

—Aquí, naturalmente —rio el robot.

—No… Su voz es la misma de anoche… La voz de Alejandro… Usted está oculto en un sitio, dirigiendo por control remoto a este… trasto que tengo delante. Los ojos de este robot tienen detrás unas cámaras de televisión… Igual que anoche Alejandro tenía cuatro, una a cada lado de la cabeza… Creí que dentro había un hombre, pero no… No. Tengo ante mí a un auténtico robot…

—Muy perfeccionado, por cierto —dijo el robot—. Usted lo está comprendiendo todo muy bien, señorita Montfort.

—¿También este robot tiene cuatro ojos?

—No, no… Habría llamado demasiado la atención por la calle.

—¿Es igual al que utilizaron en Viena?

De la boca del robot brotó una contenida exclamación.

—¡Está usted muy al corriente de todo!

—No tanto como quisiera, señor… señor…

—Alejandro… Simplemente Alejandro. ¿No le parece que es un bonito nombre para un robot?

—Cualquier nombre es bonito, Alejandro. Eso es… Circuito cerrado de televisión… Usted me está viendo perfectamente a mí… desde lejos. Dígame: ¿cómo me ha localizado? Y no me diga que anoche pudieron reconocerme de ninguna manera.

—No, no… Un amigo de usted tuvo la amabilidad de informarnos debidamente.

—Si ha hecho eso, no es amigo mío.

—Pues él dice que sí. Y mucho. Es más… Él la ama profundamente… Y por lo que hemos oído últimamente, usted también a él.

—¿Quién es ese hombre? Usted está mintiendo…

—Dice llamarse Romeo, pero, claro, está mintiendo. Es alto, atlético, rostro bronceado y viril, muy atractivo… Manos grandes, nervudas… Parecen de artista, pero son demasiado fuertes. Cabellos color cobre, ojos negrísimos… Lo sorprendimos en su intrusión. Lleva jersey y pantalones negros. Ni un solo detalle que sirva para identificarlo. Ni documentos, ni permiso de conducir, o una carta, o una llave… Es un perfecto profesional del espionaje, por supuesto. ¿Lo ha identificado ya?

—No —mintió Brigitte.

—Sin embargo, se ha puesto pálida… Estoy seguro de que sabe quién es este hombre que tenemos prisionero.

—Mentira.

—¿No cree que lo tenemos prisionero? ¿Por qué?

—Él jamás les habría dicho dónde encontrarme. Jamás, jamás…

—Pues lo ha hecho. Claro que, para no defraudarla a usted demasiado, le diré que hemos tenido que recurrir a una especie nueva de «suero de la verdad». A golpes no conseguíamos nada. ¿Me cree ahora?

—Ustedes no son capaces de retenerlo a él. Por lo tanto, ese no es el hombre que pienso. Déjenme verlo, y si es él, se lo diré.

—¿Verlo? —rio el robot—. Imposible, señorita Montfort. Para eso tendría que venir usted a nuestra base, y eso precisamente es lo que tratamos de evitar. Bien… Creo que ya hemos hablado bastante… Por favor: ¿qué ha hecho usted del osito?

—¿El osito? —musitó Brigitte.

—Le ruego que me lo entregue. Debo llevármelo.

—¿Por qué?

—Por favor, entréguemelo.

—El osito —susurró Brigitte, y de pronto sonrió—. Ahora lo entiendo. Él me lo envió, porque es una pista. Me dijo dónde podría encontrarlo, por medio del osito…

—Le ruego que me lo entregue inmediatamente. No me obligue a matarla primero y destrozar el apartamento después. Hagamos las

cosas con limpieza, señorita Montfort.

—Sí… Tiene razón. Iré a buscarlo al dormitorio…

—Yo iré con usted.

—No es necesario…

—Señorita Montfort, no me da miedo su pistola, pero sí su astucia. Se lo diré bien claro: en cuanto usted haga algo que no sea de mi agrado, la mataré. De usted depende que hagamos las cosas bien o mal, de un modo… brutal.

—Supongo que debo agradecérselo —ironizó la espía.

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, no a todos nos es permitido elegir el modo de nuestra muerte. Usted es demasiado hermosa para morir de un modo feo, antiestético.

—Un balazo es siempre antiestético.

—Ciertamente. ¿Prefiere gas venenoso?

—No está mal.

—Al menos, su belleza permanecerá intacta.

—Es un detalle muy delicado. Bien… Vayamos hacia mi dormitorio.

—Por favor, el osito de felpa.

Entraron en el dormitorio de la espía, llevando esta muy cerca al robot.

—Ahí lo tiene, en esa butaquita —señaló Brigitte.

El robot se acercó a la butaquita y cogió el osito llamado *Nicanor*. *Cicero* comenzó a ladrar entonces, quizá comprendiendo que las intenciones de aquel extraño ser eran llevarse al osito, con lo cual, él volvería a reinar en exclusiva en el corazón de su ama…

—Te quiero mucho —dijo *Nicanor*, en brazos del robot.

—¿No es delicioso? —musitó la espía.

Pero al mismo tiempo había alzado la mano armada. El robot había dicho que no temía a su pistola pero sí a su inteligencia… Y el robot sabía muy bien lo que decía. Apenas se había vuelto, Baby apretó el gatillo de su pistolita, agradeciendo como nunca el maravilloso don natural que poseía: un pulso firmísimo, una puntería infalible.

Y, en efecto, la bala dio en el ojo derecho del nuevo Alejandro, que se hundió en diminutos pedacitos de cristal. La respuesta no se hizo esperar: Alejandro alzó el brazo derecho, y tres fogonazos brotaron de su mano, quemando el guante, perforándolo… Solo que

para entonces, Brigitte había saltado hacia la puerta del dormitorio, deslizándose luego por el brillante suelo.

Las balas rebotaron en el brillante parqué, y se clavaron en la pared. Ya en el umbral de la puerta, la espía se volvió, apuntó al robot un instante, y decidió no disparar, porque en aquel momento el inefable Alejandro no mostraba su ojo izquierdo.

Acabó de arrastrarse fuera del dormitorio, se puso en pie y echó a correr por el apartamento, seguida pesadamente por el robot, que ahora lanzó un chorro de llamas hacia el último lugar donde había estado Brigitte.

Esta apareció en el vestíbulo, ágil y veloz como un pájaro. Asió a Peggy de una mano y tiró de ella hacia el interior del apartamento, cuyo suelo estaba siempre perfectamente encerado. Sabía que podía cargarse a Peggy en un hombro, salir al pasillo y escapar ambas del robot. Pero eso no le convenía de ninguna manera.

Uno de los buenos motivos que tenía para eludir aquella aparente solución era la posible presencia de otro robot o de un simple ser humano en el edificio, en el Crystal Building. En cuyo caso, su situación se convertiría en más peligrosa.

El otro motivo, fundamental para ella, ahora que había decidido cortar su conexión con la CIA, era recuperar el osito *Nicanor* a toda costa, única pista que conocía. Y lo recuperaría, aunque tuviera que luchar contra un robot invencible. Era el segundo *round*.

Pero, antes de nada, convenía dejar a Peggy a salvo. La rubita doncella tenía la cabeza llena de sangre y estaba muy pálida. Solamente golpeada, ciertamente… Pero si Alejandro la encontraba a su paso, la mataría.

Siempre oyendo por el apartamento las recias pisadas del robot, Brigitte consiguió llevar a Peggy a la cocina. Abrió la puerta de la despensa, depositó dentro a la muchacha y, antes de cerrarla, apretó un diminuto botón que se veía cerca del suelo con la punta de su exótica y elegante pantufla. Se oyó un levísimo chasquido eléctrico, y de un lado del marco de la puerta apareció una plancha de acero, cuyo grosor no debía de ser inferior a medio centímetro. Bien… Al menos había servido una vez su escondrijo para emergencias peligrosísimas, instalado después de la desagradable experiencia sufrida en su aventura en la que tuvo que cortar el último tentáculo de «Octopus»[3].

Esperó a que la plancha de acero se cerrase completamente, a pesar de oír las pisadas del apolíneo e impersonal Alejandro… Y al mismo tiempo oía un siseo que identificó inmediatamente: gas. Sin duda alguna, gas mortal.

Muy abiertos los ojos, francamente asustada por lo que parecía inevitable desenlace de aquel desigual encuentro, estuvo quizás un segundo como paralizada, incapaz de reaccionar.

Pero lo hizo pronto. Trabajase o no trabajase para la CIA, ella seguiría siendo la agente Baby. Saltó hacia la ventana que daba al interior de la manzana, en pleno Manhattan. La abrió y pasó rápidamente al exterior, estremeciéndose de frío. El día, 1 de enero, pleno invierno, no era el más adecuado para pasearse en salto de cama a la altura de veintisiete pisos. Una ráfaga de aire helado y húmedo agitó la ropa y los negros cabellos de la espía más audaz del mundo cuando saltó a la plataforma de la escalera de incendios.

Estaba de rodillas cuando vio un instante a Alejandro entrando en la cocina. Se colocó velozmente a un lado de la ventana. Si oía las pisadas acercándose a ella tendría que descender a toda prisa, a riesgo de matarse. Tan solo un resbalón, muy fácil con aquellas pantuflas tan bonitas, pero muy poco prácticas para huir, significaba una espantosa muerte veintisiete pisos más abajo.

Por la ventana salió un denso olor a gas, pero Alejandro se había detenido.

Brigitte se tapó la boca como pudo con el salto de cama. Era de esperar que ningún vecino se dedicase a mirar hacia allí, pues se llevaría una gran sorpresa, y, con toda seguridad, querría intervenir, considerando anormal la situación de la linda vecinita, la señorita Montfort.

Se notó mareada por el gas, y comprendió que si no escapaba inmediatamente de allí iba a morir, o bien gaseada o bien por caída inevitable, perdido el conocimiento. Pero, extrañada por la pasividad de Alejandro, echó un velocísimo vistazo por la ventana hacia el interior de la cocina.

El monstruo artificial estaba detenido ante la plancha de acero, y de su mano brotaba un fino chorro de fuego azulado, dirigido contra la plancha.

Brigitte se apartó inmediatamente, alejándose del gas, todavía en condiciones de comprender lo que hacía el robot. Había visto,

sin duda, la ventana abierta, pero, considerándola tan inteligente a ella, llegó a la conclusión de que no había escapado por allí, arriesgándose, sino que había abierto la ventana para engañarlo y se había escondido tras la plancha de acero… que él iba a perforar tardase lo que tardase.

Bien… No encontraría allí dentro a la agente Baby, pero sí a su fiel doncella, la pobre Peggy. Y el monstruo todavía tenía un ojo. Si ella entraba, la vería, y…

Los azules ojos de la espía se fijaron en la ancha cornisa que bordeaba el edificio por el interior de la manzana. Podía escoger el camino de la escalera de incendios, descender a otro apartamento, volver a subir… Con una pistola en la mano, en salto de cama, obligada a dar explicaciones, dejando que el robot fuese visto por otras personas… A partir de ese momento, la señorita Montfort, la simpática periodista del piso veintisiete, cobraría una nueva dimensión para los vecinos del Crystal Building. Se comentaría, se hablaría… La Policía…

¿Era o no era una agente secreto? La cornisa, pues.

Se pegó a ella, de espaldas, mirando al frente. No quería ni mirar hacia abajo. El aire agitaba sus cabellos, sus ligeras ropas… El frío parecía materializarse en millones de agujas que se clavaban en su carne. ¿Y si soplaba una fuerte ráfaga, la arrancaba de la cornisa y la tiraba…?

Pero ya estaba en la cornisa, deslizándose por ella, de lado, lentamente. Las pantuflas habían quedado en la plataforma de incendios, y sus pies notaban el intenso frío del hormigón, su aspereza.

Tardó quince segundos en llegar a la próxima ventana de su propio apartamento. Quince segundos… ¿O quince siglos?

Sin vacilar ni un segundo, golpeó el cristal con la pistola, con fuerza, de modo que su mano y parte del brazo penetraron en el dormitorio de Peggy. Casi enseguida aparecieron pequeñas rayitas de sangre en algunos puntos de su brazo, pero ni siquiera las miró. Metió la mano, abrió la ventana y saltó al interior del apartamento.

Salió del dormitorio de Peggy con grandes precauciones. Inmediatamente notó el intenso olor a gas y cerró la puerta. Arrancó una sábana del lecho de Peggy, la dobló varias veces, llenó sus pulmones de aire hasta el máximo y se tapó la boca, la nariz, los

oídos… Salió corriendo del dormitorio, hacia el corredor, hacia el saloncito, el otro corto pasillo, su propio dormitorio…

Cicero yacía en un rincón, inerte. Al parecer, el gas, aunque en menor proporción que en la otra parte del apartamento, había llegado hasta allí. Pero no podía entretenerse con el perrillo chihuahua, aun lamentándolo mucho.

Abrió el armario, descorrió el doble fondo y tiró de una máscara antigás. Fue a la ventana, la abrió y se colocó la máscara a toda prisa. Luego, ya a salvo su vida por el momento, fue junto a *Cicero* y puso una mano sobre el diminuto corazón… que aún latía, pero ya muy lentamente.

Lo llevó hacia la ventana y lo dejó allí para que recibiese el aire fresco del exterior. Luego, tras salir del dormitorio, cerró la puerta de este, a fin de evitar que entrase más gas. Y ya con la máscara puesta se dirigió hacia la cocina sin vacilar. Ni siquiera hacía quince minutos que Peggy le había demostrado su irreductible lealtad. Y eso, a todas luces, merecía la justa correspondencia de la agente Baby.

Cuando apareció en la cocina, lista la pistolita, el robot continuaba utilizando el soplete contra la plancha de acero, inmóvil, impersonal, como un objeto estremecedor por su parecido con un hombre.

—Alejandro.

El fuego dejó de brotar de la mano izquierda del robot, que se volvió hacia la puerta de la cocina…

Plop.

El otro ojo saltó también en pedazos diminutos de cristal. ¡Había dejado ciego a su enemigo!

El robot disparó varias veces, pero la agente Baby ya había desaparecido de la puerta de la cocina. Y cuando el robot, tropezando con todo, aparecía allí, Baby lo llamó dulcemente:

—Alejandro, querido…

El robot giró hacia donde había sonado la voz y disparó de nuevo, pero, ciertamente, estaba ciego, reventados de sendos balazos los objetivos de sus cámaras de televisión…

—Alejandro…

De nuevo giró el robot, disparando varias veces.

Parecía furioso, y también su brazo izquierdo entró en

funciones, lanzando largas llamaradas rojas que abrasaron el empapelado de las paredes.

—Aquí estoy, robot.

La silla se estrelló contra la espalda del robot, que se tambaleó ligerísimamente. Se volvió, y, siempre a ciegas, regresó a la cocina, sin saberlo, guiado por la voz de Brigitte, por los dos disparos que esta efectuó contra su pecho, aun a sabiendas de que era inútil. Y ya en la cocina, la espía lo llamó desde la ventana… El robot ciego, adelantó, imperturbable. Al parecer, quien lo estaba manejando disponía todavía de un perfecto dominio acústico y se servía de él. A toda costa quería eliminar a la agente Baby.

La cual, tras llamarlo, se deslizó silenciosamente por su lado, en sentido inverso, hacia la puerta de la cocina, mientras el robot se dirigía inflexible hacia la ventana. Llegó allí, tropezó con la pared, con el alféizar. Quedó un instante tambaleante, como vibrando… y recibió en la espalda el empujón propinado por la espía. Hubo un destello azulado en todo el cuerpo de Alejandro, pero ya Brigitte había apartado sus manos… y ya el inatacable cuerpo se vencía adelante, hacia la plataforma de la escalera de incendios, en un balanceo inevitable. La parte superior del robot pesaba más que la inferior, y al encontrar sus piernas el obstáculo del alféizar de la ventana, el torso se venció hacia fuera. Los pies resbalaron en el suelo, se alzaron…, y el robot, iluminado en azul, cayó en la plataforma metálica, ocasionando una vívida luz que pareció extenderse arriba y abajo del Crystal Building.

Inmediatamente todo terminó.

El robot pareció saltar igual que una rana, chamuscado, negruzco…

Y a la caída de ese salto ya no encontró la plataforma, sino el vacío… Veintisiete pisos.

Pero no llegó abajo, sino que se desintegró violentamente en el aire, esparciendo sus trozos metálicos, lanzándolos contra ventanas y paredes.

Brigitte se quitó la máscara de gas y se apoyó en el alféizar, suspirando, derrengada. Se oían voces, exclamaciones… Se retiró inmediatamente de allí, ocultándose. Habría investigaciones, preguntas a los vecinos… Muy bien. Ella no sabía nada. Igual que los demás residentes en el Crystal Building, ella había notado el

chispazo azul, había oído la explosión… Eso era todo. Eso, y decorar de nuevo algunos puntos del apartamento.

Apretó el botoncito de la puerta de la despensa y la plancha de acero se descorrió.

Sacó a Peggy, que continuaba inconsciente, y la llevó a rastras al cuarto de baño. Cuando llegaba allí, *Cicero*, tambaleante y gimiente, aparecía en el pasillo…

* * *

—¿Qué…?

—Tranquilízate —sonrió Brigitte—. Ya estás bien.

Peggy se incorporó, quedando sentada en el sofá. Se llevó las manos a la cabeza y notó en un lado de esta el contacto con la gasa; un ligero pinchazo en aquella parte la hizo apartar las manos a toda prisa.

—Señorita…

—Todo está arreglado.

—Un hombre… Un hombre horrible…

—Era un robot. Uno de esos robots de que hablamos tío Charlie y yo, Peggy.

—Dios mío… ¿Qué… qué quería…?

—Matarnos, simplemente. Y llevarse a *Nicanor*.

—¿A… a…?

—Sí. —Brigitte señaló al osito, ahora sentado en un sillón del saloncito—. Quería llevárselo porque dice que es una pista.

Peggy, que miraba a todos lados, consternada ante el destrozo que afeaba el saloncito, parpadeó fuertemente.

—¿*Nicanor* es una pista?

—Eso dijo Alejandro II, robot de profesión. ¿Te sientes bien?

—Me duele la cabeza…

—Te pegó con una de sus manazas artificiales y te hizo una pequeña brecha. Pero eso curará pronto. Te pondré al corriente de todo para cuando vengan a preguntarnos algo… Si es que vienen, cosa que dudo, ya que nosotras no nos dejaremos ver. Ya se encargarán otros vecinos de charlar por los codos. Pero, antes de informarte de lo que aquí ha ocurrido, tenemos que hacer algo feo, Peggy.

—¿Feo?

—Feo y malo: asesinar a *Nicanor*.

—Yo… yo no comprendo…

—Eso, a menos que recuerdes dónde pusiste la caja que lo contenía y el papel del envoltorio.

—Oh… Lo tiré al triturador todo, claro…

—Lo temía. Bien. —Brigitte tomó un cuchillo de la mesita y se estiró para coger al osito—. Es lamentable, pero hay que hacerlo.

Sonriendo extrañamente colocó al osito en un brazo.

—Te quiero mucho —dijo *Nicanor*.

—Lo sé, Uno, lo sé… Pero tengo que asesinar al osito… Es el único modo de encontrarlo.

Y ante los expectantes ojillos de *Cicero* y la asombrada expresión de Peggy, le clavó el cuchillo en el vientre al pobre y simpático osito llamado *Nicanor*.

Capítulo VIII

Brigitte Baby Montfort clavó el cuchillo en el vientre del osito de felpa llamado *Nicanor*. Pero lo hizo con mucho cuidado, buscando el modo de destrozarlo lo menos posible.

Así, la punta de acero penetró cuidadosamente por la parte baja del vientre, buscando la invisible costura, hasta que la encontró. Los hilos del cosido fueron cortados con todo cuidado, y el simpático osito que decía «Te quiero mucho» fue mostrando su contenido: un grueso relleno de guata y una ligera armazón de alambre, que mantenía erguido al simpático plantígrado de juguete.

Y dentro de todo esto, protegido por otra armazón de acero que formaba un cobijo rectangular, el mecanismo por medio del cual el osito conseguía decir «Te quiero mucho»: un sólido y pequeño disco negro, que, al ser tumbado el juguete, giraba, recibiendo la presión de una aguja que, al igual que en un *pick-up*, hacía brotar el sonido de lo grabado en el disco por medio del pequeño altavoz. Un método ingenioso, pero ya muy usado en el mundo entero, en muñecas para niñas especialmente.

Siempre con mucho cuidado, Brigitte extrajo del vientre del osito aquel conjunto de piezas y lo dejó todo sobre la mesita. Examinó al destripado *Nicanor*, pero, como ya esperaba, no encontró nada en él. En cambio, sí encontró lo que esperaba en el conjunto de piezas que convertían al osito en un animal parlante.

Allí, claramente grabado en el ligero metal de la base de sustentación de todo el conjunto, se leía:

LUCKY TOY, Ltd.

Nueva York

N. Y. U. S. A.

—Lo tenemos, Peggy —musitó.

La doncella de la espía asintió con la cabeza. Si al principio la había sorprendido la acción de Brigitte, bien pronto había comprendido cuáles eran sus propósitos.

—Ahora tendremos que encontrar esa casa llamada «Lucky Toy», señorita.

—Esperemos que eso sea relativamente fácil. Hay muchos medios para ello, pero quizá bastará echar un vistazo al listín telefónico. Por, favor, ¿quieres traérmelo?

Peggy fue en busca del listín. *Cicero* miraba atentamente el destripado osito, ladeando su pequeña cabecita parecida a la de un ratón. Cerró los ojitos brillantes cuando una mano de Brigitte acarició sus orejas y lanzó un gemidito de placer.

—Ya ves, *Cicero*, de qué modo tan simple se puede conseguir una pista… cuando quien te la proporciona es un experto en espionaje. ¿Te gustaría a ti ser espía, *Cicero*?

El perrillo ladró agudamente, estremecido de placer, tembloroso. Peggy regresó con el grueso tomo telefónico de la ciudad de Nueva York, y se hizo cargo del mecanismo del osito, mientras Brigitte lo abría, buscando la palabra *toy*, esto es, juguete.

Tardó apenas un minuto en encontrar el nombre de aquella constructora de juguetes. La «Lucky Toy, Ltd.» estaba en la East 138th Street, en el Bronx. Esto es, en la punta de este barrio que queda entre los ríos East y Harlem.

—Ha sido fácil, ¿verdad? —musitó Peggy.

—¿Tú crees? —Sonrió Brigitte.

—Bueno… Creo que sí… ¿No, señorita?

—No demasiado, esa es la verdad —suspiró Brigitte—. Preferiría no haber encontrado esta pista, Peggy.

—Pero entonces estaría desorientada…

—Por el momento, sí. Pero esto que para mí ha sido fácil me convence de que ellos, en efecto, tienen a un amigo mío. A un amigo muy querido. No me engañaron.

—¿Quién…? ¿Cuál de ellos es?

—No estoy segura. Pero por la descripción que me dieron, temo mucho que sea… —Se estremeció—. No quiero convencerme a mí misma, Peggy. Además, si es amigo mío, como lo demostró al enviarme el osito, su nombre importa bien poco.

—Lo cierto es que no debe de ser un amigo corriente, señorita. Él sabía su verdadero nombre y su dirección en Nueva York…

—No —musitó Brigitte—. No es un amigo corriente, Peggy. Es, quizás, el más querido de todos ellos. El más solitario, el más triste, el más decepcionado. Y, al mismo tiempo, todavía sigue siendo el espía número uno del mundo.

—Oh, no… Esa es usted, señorita.

—Él es hombre y yo soy mujer. Yo soy la primera en el grupo femenino, y una de las primeras en el conjunto total. Pero creo que él es mejor que yo. Ha debido de pasar muy malos ratos… Y, ciertamente, para obligarle a decir mi nombre, para obligarle a delatarme, han tenido que hacer mil barbaridades con él… antes de drogarlo, único modo de conseguir esa delación por su parte. Espero —la voz de Baby enronqueció ligeramente—… espero que todavía pueda hacer algo por él. Y si no es así…

Se calló, quedando pensativa. Peggy estuvo esperando en vano la terminación de aquella frase. Por fin, preguntó:

—¿Qué ocurrirá si no puede hacer nada por él?

La espía más bella del mundo tenía ahora los ojos como congelados, fríos, durísima la expresión que habitualmente era dulce.

—Si lo han matado, no quedará nadie para ufanarse de ello.

—Entiendo —se impresionó la doncella.

—¿Te encuentras mejor? —Sonrió de pronto Brigitte.

—Sí. Me duele la cabeza, pero estoy bien…

—Llama al garaje, y diles que preparen mi coche grande. El Mustang irá bien. Luego te dedicas a preparar mi equipaje nocturno de salida indefinida.

—¿In… indefinida?

—No sé cuánto tardaré en volver… Suponiendo que vuelva. Y otra cosa, Peggy: tomarás un taxi, darás un par de vueltas por la ciudad y tomarás otro. Después, otros dos más, siempre dando vueltas, para despistar a un posible perseguidor tuyo. Finalmente, alquilas un auto y te vas de Nueva York durante un par de días. Buscas un lugar tranquilo…

—¿Su cabaña junto al lago?

—¡No! Quizá también conozcan ese refugio mío. No, no… Un pueblo lo bastante lejos de Nueva York… Podrías ir a pasar esos dos

días en Niagara Falls. Es muy bonito —sonrió amablemente—, y no es necesario estar en luna de miel para ir allá. Otra cosa: antes de regresar, me llamas aquí, a casa. O al *Morning News*. Y atiende bien: si no soy yo quien te contesto en persona, no regreses todavía. Llamas al día siguiente, y al otro, y al otro… No vuelvas si yo, solamente yo, no te aseguro que todo ha terminado. ¿Entiendes?

—Sí, señorita. Pero… ¿y usted? ¿Qué será de usted?

—¿De mí? —Sonrió gélidamente la espía—. Bueno… Opino que deberías empezar a preguntarte qué será de los señores de «Lucky Toy», no de la agente Baby. Haz lo que te he dicho.

Se dedicaron las dos a los preparativos con rapidez. Era más que posible que en cualquier momento enviasen otro robot, y no siempre se podía confiar en la suerte. El primer *round* había sido ganado por Alejandro; el segundo, por la agente Baby. El tercero… podía ser ganado por cualquiera de los dos, pero no convenía arriesgarse. En cualquier momento la persona más afortunada del mundo podía tener un contratiempo.

Así pues, a toda prisa, mientras Peggy llamaba al garaje y se dedicaba a colocar en la maleta de Brigitte el equipo nocturno de esta, la espía se dedicó a ordenar el contenido de su fascinante maletín rojo con florecillas azules y de muchos otros colores estampadas. Ya satisfechas las dos con el resultado final de los preparativos, Brigitte se dedicó a vestirse de calle, mientras Peggy hacía su propio equipaje, recurriendo a una sola maleta.

Brigitte apareció en la puerta del dormitorio de su doncella.

—¿Tienes dinero?

—Oh, sí, señorita. Usted me paga tan bien, que…

—De acuerdo. No des tu dirección a nadie, no hables absolutamente con nadie. Peggy, quiero que lo entiendas: nadie, absolutamente nadie, debe saber dónde vas a estar estos dos días, o los que sean. Es tu vida la que está en juego.

—Sí… Sí, señorita. Me… me iré a…

—¡No! Tampoco a mí debes decírmelo.

—Pero usted dijo que podía ir a Niagara Falls…

—No vayas allí. A cualquier sitio menos allí. Y no quiero saberlo. Si me capturan, es posible que también me drogasen, de modo que prefiero no saber dónde vas a estar.

—En… entiendo, sí…

—Estupendo. ¿Estás lista?

—Sí…

—Pues vámonos ya. Por supuesto, tú te llevarás a *Cicero*. ¿Llevas la pistola que te regalé?

—Está en la… la maleta…

—Sácala de ahí. Ve al cuarto de baño y te la pones en la pierna, como yo.

Se alzó la falda, mostrando la pistolita de cachas de madreperla pegada al muslo izquierdo por medio de una ancha tira de esparadrapo color rosa. Acompañó a Peggy al cuarto de baño de esta, y la estuvo mirando durante la operación. Aprobó con un gesto de cabeza, volvieron al dormitorio de la doncella, esta cerró la maleta, y Brigitte señaló hacia la puerta.

Poco después salían a la calle. Peggy tomó un taxi, llevándose al gimiente *Cicero*. La agente Baby entró en el garaje subterráneo dedicado exclusivamente a servicios de los inquilinos del Crystal Building.

Tras unas cuantas bromas con los empleados del garaje, todos ellos enamorados sin esperanzas de la «despampanante señorita Montfort», esta volvía a la calle, bien aposentada en su imponente Mustang.

Contra lo que podía esperarse, una delicada y bellísima mujercita estaba dispuesta a provocar el tercer *round* entre ella y unos asesinos que, al parecer, eran invencibles.

* * *

La casa de juguetes llamada «Lucky Toy» estaba, efectivamente, en la calle 138 Este, en el Bronx. Era una tienda casi elegante, muy bien surtida de toda clase de juguetes, según parecía; grandes escaparates con simpáticas muestras, como aquel macaco que iba en bicicleta, moviendo los pedales con sus manos inferiores, y la cabeza oscilaba graciosamente de un lado a otro. Había pequeños tiovivos, cientos de soldados del 7.º de Caballería, más cientos de indios, pistolas, armas espaciales, guantes de boxeo, bates para jugar al béisbol, protectores faciales, balones de *rugby*, bicicletas… De todo.

Lo más lejos posible de la tienda de juguetes, la agente Baby

estudiaba atentamente el escaparate y a cualquier persona que entrase o saliese de «Lucky Toy». Por supuesto, estaba utilizando unos pequeños prismáticos potentísimos, que le acercaban a los personajes tanto, que parecía que estuviesen poco menos que junto al coche. Matrimonios con niños, mamás con niños, papás con niños… Los niños salían con los ojos muy abiertos, cargando voluntariamente con los paquetes, rebosantes de ilusión… Un grupo de muchachos, que habían estado discutiendo ante el escaparate no menos de quince minutos antes de entrar, salieron por fin, llevando dos de ellos los bates de béisbol y otro el protector, mientras los demás parecían recordarles que más adelante les tocaría a ellos portar aquel fabuloso equipo. También entraron un par de matrimonios solos. Y tres hombres solos. Pero todos ellos salieron con sus correspondientes paquetes.

Casi a las dos, la espía engulló rápidamente unos cuantos sándwiches triangulares y bebió un poco del café del termo. A las cinco de la tarde, quizás unos minutos más, los empleados de «Lucky Toy» empezaron a salir de la gran tienda. La última persona en abandonarla, que cerró las puertas, fue una hermosa mujer rubia, de hermosos ojos claros. Posiblemente la propietaria o la directora del negocio quizá. A las cinco y media, «Lucky Toy», aparentemente, era una tienda cerrada, para disgusto de algunos niños que pasaron por allí delante, deteniéndose ante los grandes escaparates abarrotados de juguetes. Poco después de las seis y media, la noche había cerrado ya. En la calle brillaba el anuncio luminoso, en colores que se apagaban y encendían, lanzando al espacio el nombre de la tienda, «Lucky Toy» en rojo, «Lucky Toy» en verde, «Lucky Toy» en azul…

Ya bien estudiado el terreno que circundaba la tienda, Baby procedió a cambiarse de ropa dentro del auto, con gran habilidad. En menos de cinco minutos su bonito vestido había sido sustituido por una malla negra que cubría todo su cuerpo, ajustándose, resaltando las bellísimas formas. Escondió el vestido de calle bajo el asiento de atrás, echó un último vistazo al contenido del maletín y empuñó el volante… El Mustang se deslizó silenciosamente, pasando por delante de la tienda, para desaparecer por la siguiente esquina. Por fin, el auto se detuvo en el callejón, casi al final. Si no se había equivocado en su primera inspección ocular, podía llegar

al centro de la manzana entrando por el jardín de aquella casa; el jardín se extendía por detrás del edificio de dos plantas, de modo que era presumible que aquel camino fuese el conveniente.

Saltó la verja con absoluta facilidad, siempre mirando hacia la casa, en la cual se veía luz. Era un riesgo tonto el que estaba corriendo, pues si los ocupantes de aquella casa la veían llamarían a la Policía… Y sería absurdo que la agente Baby tuviese que desistir de sus planes por motivos tan vulgares como ser confundida con una ladrona.

No fue así, y en pocos segundos se encontró en la parte de atrás, donde, efectivamente, el jardín se extendía hacia el centro de la manzana. Al fondo había una tapia, de casi nueve pies de altura, distancia bastante respetable para ser salvada a salto limpio… Necesitó cuatro intentos antes de conseguir quedar colgada con una mano del borde de la tapia de ladrillos, mientras con la otra sostenía el maletín. Se colocó el asa entre los dientes, a fin de poder utilizar también aquella mano, y de un solo impulso rebasó el borde de la tapia, con la misma gracia y agilidad que una joven gata.

Se encontró en el centro de la manzana. Y le resultó facilísimo orientarse hacia la «Lucky Toy», donde, probablemente, debía de estar prisionero el amigo que le había enviado a *Nicanor*. Era fácil de sospechar la existencia de un sótano o habitaciones aisladas… Un lugar donde se pudiese torturar y matar impunemente a una persona.

Lo que no admitía dudas era que si ella había recibido como pista el nombre de «Lucky Toy», en aquel lugar sucedía algo interesante.

Una fábrica de juguetes… ¿Acaso no podía considerarse a los robots como juguetes? Juguetes monstruosos, diabólicos incluso. Si alguien había conseguido que un osito dijera «Te quiero mucho» y muñecas que caminaban solas y que también decían muchas cositas cariñosas… ¿era descabellada la idea de que podían haber conseguido también aquellos peligrosos asesinos impasibles? ¿Acaso Alejandro no podía ser considerado como un juguete?

Tras saltar dos tapias, más bajas que la anterior, se encontró ante otra, aún más alta que la primera, al otro lado de la cual, si no se equivocaba, estaba ya la parte trasera de la «Lucky Toy, Ltd.».

Tuvo que hacer verdaderos equilibrios para alcanzar el borde de

aquella tapia. Afortunadamente había por allí algunos viejos neumáticos de auto, que apiló hasta conseguir una circular y blanda plataforma de algo más de tres pies de altura. Desde allí, tras un par de intentos fallidos, pudo llegar a lo alto de la tapia, que rebasó a toda prisa. Cayó al otro lado en silencio, siempre como una gatita negra.

Había un gran patio, lleno de grandes cajas que debían de contener juguetes, con destino a diversos puntos del estado, o quizá de la nación. Al fondo, una gran puerta de madera, de una sola pieza, que se desplazaba hacia la derecha, sostenida por ruedas que resbalaban sobre raíles. La apartó lo justo para introducirse en el interior de lo que debía de ser un almacén o quizás el taller.

La luz de su pequeña linterna apareció de pronto, proyectándose hacia delante y luego a los lados, en rápido desplazamiento. Nada. Es decir, un almacén corriente, donde se veían juguetes a medio construir, algunos en reparación, materiales diversos, una gran pila de platillos volantes…

Al fondo, otra puerta, de dos hojas, no demasiado grande. Se acercó a ella, siempre en el más absoluto silencio.

Estaba a punto de abrirla cuando oyó unos pasos pesados al otro lado, acercándose. Tras el natural sobresalto, se apartó, quedando pegada de espaldas a la pared. Se inclinó ligeramente, dejó el maletín en el suelo y alzó la pistola, apagando la linterna.

La puerta se abrió, las pisadas se oyeron allí mismo. Los pasos de un hombre se detuvieron, quizás a menos de una yarda de Brigitte Montfort, en la oscuridad. Oyó el rumor de una mano rozando en la pared, tanteando…

La luz se hizo de pronto en todo el almacén, y un hombre quedó ante la espía. Su boca se abrió en un gesto de espanto y sorpresa al ver ante él aquella magnífica mujer completamente vestida de negro con las ajustadas mallas…

¡Clock!

La pistola golpeó secamente en su frente, y el hombre se echó hacia atrás, tambaleándose. El segundo golpe resonó de un modo sordo, apagado, en un lado del cuello. Y el hombre se derrumbó, desvanecido, ante los pies calzados con negros mocasines.

La espía más peligrosa del mundo recurrió a un rollo de alambre de armazón de juguetes para atar fuertemente las manos y los pies

del hombre. Luego sacó de su maletín el rollo de esparadrapo color rosa, arrancó un trozo y selló la boca del desvanecido vigilante.

Tras una última mirada a su alrededor, hacia las pilas de cajas de juguetes, apagó la luz, recurrió de nuevo a la pequeña linterna y salió del almacén, a un amplio pasillo al cual daban varias puertas.

Las fue abriendo cautelosamente, pero no encontró nada interesante. El único sitio al que dedicó más atención fue el despacho. Sobre la mesa vio el montón de etiquetas que parecían banderas de Estados Unidos, y se permitió una sonrisa, al comprender cómo había llegado hasta ella el lindo osito que había tenido que destripar.

Dio la vuelta a una de las etiquetas en blanco y escribió detrás: un osito *Nicanor*.

Luego, en el anverso, unas señas: Brigitte Montfort, Crystal Building, Manhattan, Nueva York, N. Y.

Salió del despacho, recorrió el pasillo a la inversa, y poco después se hallaba inclinada ante el vigilante, lanzándole a los ojos la luz de la linterna. Tuvo que darle unos cuantos golpecitos para volverlo en sí. El hombre abrió los ojos, pero los cerró inmediatamente al recibir de lleno la luz de la linterna.

—Estoy buscando a un hombre —musitó fríamente la espía—. Y quiero saber dónde está antes de un minuto. ¿Lo entiende?

El hombre movió la cabeza, y Brigitte le arrancó la tira de esparadrapo de un tirón, con lo que el hombre lanzó un gemido de dolor.

—Muy bien, ahora puede hablar. ¿Dónde está ese hombre?

—No… no sé de qué habla —jadeó el vigilante.

—Le diré lo que va a ocurrir si antes de que transcurra ese minuto no estoy delante de mi amigo. En primer lugar, le arrancaré las orejas; luego, puesto que la lengua no parece servirle más que para decir mentiras, se la arrancaré, porque a mí no me gustan las mentiras. Por último, y ya que los ojos tampoco parecen serle muy útiles, se los reventaré a golpes. Ha pasado más de medio minuto… y no estoy bromeando.

El hombre estaba intensamente pálido, con lo cual destacaba fuertemente la sangre que manchaba su rostro, brotando de la herida de la frente, producida por el primer golpe de Brigitte con su pistolita.

—Está… está abajo, en el sótano…
—Ha salvado las orejas. ¿Por dónde se llega al sótano?
—Hay… hay una trampilla en un rincón del almacén…
—¿En cuál rincón? ¿Cómo se abre?
—Es… es difícil de explicar…
Un destello frío, irónico, pasó por los azules ojos de la espía; pero el hombre no pudo verlo, porque estaba cegado por la luz, no veía nada ante él, salvo aquella delgada raya de luz que lo cegaba.
—*Okay* —dijo festivamente Brigitte—. Ya que tan difícil de explicar resulta, usted mismo abrirá la trampilla. ¿De acuerdo?
—Sí… Sí, sí…
Brigitte desenrolló el alambre que sujetaba los pies del hombre.
—Póngase en pie y camine hacia allá.
El hombre se puso pesadamente en pie y fue hacia el rincón. Apartó un par de cajas y dio un golpe en el suelo, con un pie.
—Es aquí. Pero si no me suelta las manos, no podré abrir.
—Oh, es verdad…
Desató también las manos del hombre, que se inclinó, tanteó en el suelo unos segundos y alzó la trampilla. El rayo de luz fue hacia allá un instante tan solo, perforando la impenetrable oscuridad. Vio los peldaños de madera…
Oyó el rumor del movimiento del hombre, su brusco jadeo. Un rumor que había oído ya muchas otras veces, cada vez que alguien se disponía a atacarla en la oscuridad.
Y todo lo que hizo fue lanzar su mano izquierda hacia adelante, rígida, en un espantoso golpe de karate que acertó de lleno en el plexo solar del vigilante. Fue un golpe fortísimo, sañudo, casi cruel… Había estado esperando aquella reacción del hombre y había preparado el golpe calculando la distancia sin error posible.
Cuando la luz atrapó de nuevo al vigilante, este se hallaba en el borde de la trampilla, encogido, tosiendo espasmódicamente… Un «amable» empujón en la frente le hizo perder definitivamente el equilibrio, lanzándolo escaleras abajo.
El estruendo de la caída fue enorme en aquel silencioso y oscuro lugar. Y mientras el vigilante rodaba escaleras abajo, rebotando fuertemente, Baby saltó al interior de la trampilla, colocando la tapa sobre ella, de modo que se encerró a sí misma en la entrada de aquel sótano. Quedó acuclillada en lo alto del tramo de escalones de

madera, oyendo todavía la caída estruendosa del vigilante.

Por fin todo quedó en silencio.

Ni una voz, ni un ruido, ni una luz… ¿No había nadie allí? Había tirado al hombre escaleras abajo por si aquello era una trampa, y apenas entrar disparaban contra ella. Pero ni habían disparado contra el vigilante, que ciertamente había hecho mucho ruido, ni disparaban ahora, ni se encendían luces…

Descendió lentamente, en el más completo silencio. Llegó abajo, tropezó con el cuerpo del vigilante…

Nada. Silencio.

—Uno… —llamó—. ¿Estás aquí, Uno?

Silencio.

Dio de nuevo la luz en su pequeña linterna. Vio un par de bancos de trabajo, de madera. Montones de armazones de alambre; luego, un montón de cabezas de maniquí, brazos, piernas, torsos… Un par de maniquíes a medio terminar…

—Es usted increíblemente audaz, señorita Montfort —dijo la voz de Alejandro, tras ella.

Se volvió velozmente, alzando la pistola, dirigiendo la luz hacia el lugar donde había brotado la voz. Vio al maniquí que se acercaba a ella y retrocedió un paso.

—Es inútil —dijo la misma voz, ahora en otro punto—: ya no podrá escapar.

Se volvió de nuevo y lanzó la luz hacia allí. Otro maniquí se estaba acercando a ella. Giró hacia otro lado, y hacia otro, y otro… Se estremeció al contar hasta seis maniquíes que se acercaban, lentos, invencibles, encerrándola en un círculo insalvable. Aquellos grotescos seres estaban desnudos, y tenían el color rosado de los maniquíes corrientes que se ven en los escaparates. Seguramente aún no estaban terminados del todo… Faltaba darles el último toque de color y vestirlos como un hombre normal… Su estructura brillaba a la luz de la linterna, y Brigitte se volvía de uno a otro, rápidamente, apuntándoles y desistiendo enseguida de disparar… ¿Para qué? Tampoco podía retroceder, o adelantar, porque el círculo no podría ser roto…

—No tema, señorita Montfort… —dijo uno de ellos—. Esta vez el proyecto no consiste en matarla. Tenemos pensado algo mucho mejor para usted.

—¿Qué proyecto? —murmuró Brigitte.

—Uno muy bueno. Hasta la fecha, usted ha sido la única persona capaz de vencer a uno de nosotros. Esto requiere… un intenso y profundo estudio de su mente, de su personalidad. Usted tiene una mente perfecta, agilísima. Jamás creí que pudiese salir viva cuando la visitó Alejandro. Sin embargo, así fue, y hay que rendirse a las evidencias… ¿Fue suerte pura o… capacidad de lucha, agente Baby?

—De todo un poco.

—Sí… Seguramente eso debió de ser. De todos modos, su amigo no nos engañó: usted es peligrosísima.

—¿Dónde está él?

—¿Su amigo? Todavía vive, si eso la consuela. En realidad, estamos convencidos de que tenemos a dos personas increíblemente dotadas de inteligencia, astucia, poderío físico, osadía… Hemos llegado a la conclusión de que merecen una muerte muy especial.

—¿Van a torturarnos?

—No, no… Solamente vamos a guardarlos para… experimentar con ustedes. Solo eso. Hasta pronto, señorita Montfort.

—¿Vamos a vernos…? Se calló bruscamente.

Ante ella, uno de los maniquíes había alzado el brazo izquierdo y se oía un fino siseo de gas. Brigitte se lanzó contra otro de los maniquíes, intentando derribarlo a empujones, pero el robot permaneció allí como una viga clavada en el suelo, erguido, sin una vacilación; esta vez no había ningún alféizar para hacerle bascular, para hacerle perder el equilibrio…

La espía pensó en disparar, pero comprendió que los rebotes podrían matarla a ella misma.

Cayó de rodillas, con fuerza, ya casi desvanecida.

—Yo… yo acabaré con… con todos… ustedes…

Todavía, antes de derrumbarse definitivamente, pudo oír la risa burlona de los seis robots a la vez.

Capítulo IX

Tuvo que parpadear varias veces antes de poder enfrentarse a la luz que se extendía por todo el cuarto. Se quedó mirando el techo un par de segundos. Luego se incorporó, quedando sentada… en un lecho. Un lecho amplísimo, confortable, ricamente adornado.

También la habitación evidenciaba riqueza. Una riqueza bien medida, elegante, seria. El dormitorio era espacioso, con cuarto de baño privado. Un gran armario empotrado, dos comodísimos sillones, alfombra peluda… Un gran ventanal daba a la negra noche silenciosa.

Pero, ante todo, allá tenía a Alejandro, su primer conocido en aquel asunto de los robots. El Alejandro que había asistido al baile de disfraces, con su mole metálica, sus cuatro ojos, uno a cada lado de la fea cabezota cuadrada. Estaba erguido ante la puerta del dormitorio, inmóvil e impávido como un montón de chatarra más o menos dispuesta en forma de hombre. Desde luego, eran mucho más perfectos los maniquíes, menos horripilantes. Cuanto menos, parecían personas, al primer golpe de vista. Aquel, no. Aquel parecía lo que era, y era lo que parecía: un robot clásico, sin apariencia humana de ninguna clase.

Su primer enemigo, el que le había recitado versos en japonés… Brigitte se puso en pie, mirando hoscamente al robot, que permanecía silencioso, como descansando.

Desde luego, estaba completamente desarmada, y tampoco veía por allí su fabuloso maletín rojo con florecillas. Se acercó al ventanal y echó un vistazo al exterior. No vio nada… salvo en el cielo, como recortados en plata, brillando por los bordes, unos espesos nubarrones que impedían que la Luna proporcionase un mínimo de iluminación. Pero, tras abrir uno de los ventanales, oyó claramente el rumor del mar. Se asomó cuanto pudo y se sorprendió al ver la tierra firme inmediatamente bajo ella; no estaba en un piso

alto, pues, sino en la planta baja de una quinta junto al mar.

Parecían estar muy seguros de que no podría escapar de allí.

Volvió a mirar hoscamente al robot, mientras se dirigía al cuarto de baño. Metió la cabeza bajo el grifo del lavabo, buscando en la frialdad del agua un alivio a la pesadez que notaba, como resto de los efectos del gas que la había desvanecido.

Se secó fuertemente la cabeza, peinó descuidadamente sus negros cabellos y volvió al dormitorio. Alejandro continuaba allí, como si la cosa no fuese con él.

Fruncido el ceño, Brigitte se acercó y le tocó tímidamente en lo que podría llamarse pecho, con un dedo. No hubo descarga eléctrica.

Se quedó mirando el ojo frontal, que no era sino la lente de una cámara de televisión. ¿Estaba funcionando o no? Decidió probarlo. Pasó junto al robot, abrió la puerta del dormitorio y salió al amplio pasillo, decorado con tapices, y grandes tiestos con plantas gigantes, de magnífico verdor. Al fondo del pasillo había una gran puerta-ventana, que debía de dar al jardín.

Encaminó sus pasos hacia allá… y se detuvo en seco al oír tras ella las pisadas del robot, que salía del dormitorio. El robot se detuvo al detenerse ella. Y siguió caminando cuando ella lo hizo, directa hacia la puerta-ventana. Las recias pisadas eran como un tétrico acompañamiento en la silenciosa quinta, que parecía muy grande, lujosa, alegre.

Abrió la puerta-ventana y salió. Un aire frío y húmedo pareció envolverla, enfriando su malla negra de pies a cabeza. Ahora sí pudo ver el mar, relativamente cerca, con algunas olas de color plata, ya que la Luna había atravesado una débil barrera de nubarrones.

Alejandro había salido tras ella, quedando de nuevo inmóvil junto a un gran tiesto con hortensias.

—¿Dónde estamos? —preguntó Brigitte.

—En una isla —dijo el robot.

—¿Qué isla?

—No puedo decírselo.

Brigitte asintió con la cabeza. La voz del robot no era la misma, la que ella conocía. Estaba claro que se había efectuado un relevo ante los mandos que dirigían a distancia a los robots. Era otro

hombre el que manejaba aquellos mandos ahora.

—¿Tampoco puede decirme a qué distancia estamos de la costa, del continente?

—Si está pensando en escapar a nado, le aconsejo que desista, señorita Montfort. La distancia es tal que jamás llegaría a ninguna parte… que no fuese el fondo del mar. Eso, aparte de que yo no la dejaría escapar. Por favor, compórtese. Ya sabemos que es peligrosa y audaz… No nos obligue a matarla antes de hora.

—¿Cuándo será esa hora?

—Mañana, quizá pasado… O el otro. Depende del momento en que se lleve a cabo la reunión.

—¿Qué reunión?

—Una muy importante, a la cual habría asistido usted, quizá, de no haber tenido la mala fortuna de hallar la pista que la llevó a nuestra tienda de juguetes.

—¿Quiere decir que vendrá a la isla un representante de la CIA?

—Aproximadamente. ¿No tiene apetito?

—Pues… ahora que lo menciona, creo que sí.

—Puede ir a la cocina y prepararse usted misma lo que quiera. Puede ir a todas partes, menos al piso alto de la quinta. Espero que esto lo entienda bien, agente Baby.

—Por supuesto. ¿Cuál es el camino de la cocina?

Un brazo del robot se alzó, señalando. Brigitte echó a andar, volviéndose cada vez que precisaba de nueva indicación, que obtenía por medio de las señales de Alejandro. Pero ya dentro de la casa, fue fácil adivinar dónde estaba la cocina, y el robot tuvo que apresurar la marcha para no perder de vista a la espía internacional.

La cocina era amplísima, magníficamente acondicionada con todos los adelantos imaginables. El frigorífico era, en realidad, una gran cámara donde había de todo.

Brigitte entró y se volvió hacia el robot.

—¿No entra, Alejandro?

—No… —Se oyó la risa del robot—. No me gusta el frío… Ni tampoco me gustaría quedar encerrado ahí dentro.

—Es usted muy desconfiado —sonrió Brigitte.

—Y usted muy astuta. Aunque el frío no me afecta, prefiero esperarla aquí.

—Puedo ser yo quien se encierre aquí dentro —sugirió ella.

—Hágalo. Dicen que las personas que mueren de frío tienen una extraña sonrisa en los labios. Sería interesante ver su sonrisa congelada, señorita Montfort.

Brigitte refunfuñó algo, y se dedicó rápidamente a buscar allí dentro algo para cenar.

—¿Qué hora es, Alejandro? —Alzó la voz.

—Las nueve y media.

—Supongo que del mismo día en que me han atrapado en el sótano de la tienda de juguetes.

—Sí, por supuesto.

—O sea, que hace menos de tres horas que me capturaron. Y en ese tiempo, hemos llegado a esta isla… ¿En qué me han traído aquí? ¿En una lancha, un yate, un helicóptero…?

—Si está intentando calcular, por medio del tiempo invertido en el viaje, la distancia que separa la isla del continente, pierde su tiempo. No recibirá ningún dato.

Dentro de la cámara frigorífica, Brigitte encogió los hombros, y acabó de colocar en una bandeja de plástico lo que había escogido para su cena. Cuando salía, cargó también con una botella de champaña, cuya marca, si bien no era su preferida, ofrecía ciertas garantías de calidad.

—¿Cuándo veré a mi amigo? —preguntó, cerrando la gruesa puerta.

—Cuando usted quiera. Romeo se alegrará de verla, supongo.

—No se llama Romeo. ¿Podré llevarle algo de comer?

—Sin duda. Interesa que estén ambos en perfectas condiciones físicas para el experimento.

Brigitte se quedó mirando el «ojo» de Alejandro, pensativa e irritada a la vez. Encogió los hombros y se dedicó calmosamente a preparar la cena. Una calma que estaba muy lejos de sentir, ante la inminencia de su entrevista con el hombre al que llamaban Romeo, y que, según sus deducciones, solo podía ser el increíble, el solitario, el fabuloso espía Número Uno, que tenía su residencia habitual en la isla de Malta, donde se le conocía con el nombre de Angelo Tomasini…

Frió dos grandes trozos de carne, cuatro huevos con mantequilla y media docena de salchichas. Preparó un rapidísimo puré de patatas, hizo una ensalada de zanahorias y apio, y abrió el bote de

jugo de tomate, que sirvió en dos bonitas copas.

Alejandro se había quedado de nuevo inmóvil. Y ni siquiera necesitaba moverse para seguir sus movimientos, ya que sus cuatro ojos le ahorraban cualquier dificultad de visión.

—¿Quiere que le lleve yo la bandeja? —se ofreció el robot.

—No, gracias. Yo puedo…

Se quedó mirando a la puerta de la cocina, en la cual acababa de aparecer un inesperado y nuevo personaje. Inesperado por su aspecto de loco… Tenía una abundantísima cabellera, completamente blanca, muy rizada, erizada como un manojo de alambres ondulados, retorcidos. Los ojos eran muy azules, grandes, de niño… Muy desorbitados. Vestía una especie de «mono» verdoso, sucio, grasiento, desgarrado en algunos puntos… Flaco hasta lo increíble, huesudo, amarillento… Parecía realmente un loco peligroso, con aquella mirada extraviada, de visionario. Llevaba un recipiente de aluminio, del cual, con una mano, sacaba algo que se llevaba a la boca, riendo satisfecho. La comida le resbalaba por la barbilla, o salía despedida fuertemente debido a las risotadas.

Pero al ver a Brigitte se detuvo en seco y se quedó mirándola con los ojos poco menos que fuera de las órbitas. Miró al robot, volvió a mirar a Brigitte, y de pronto dejó caer la olla y señaló a la espía con un dedo grasiento, tembloroso…

—¡No! —gritó—. ¡Eso no…! ¡NO QUERÍA HACERLO, NO QUIERO QUE HAGÁIS ESO…! ¡ESO NO LO QUIERO!

Brigitte respingó al ver que el hombre saltaba contra ella, con las huesudas manos tendidas, crispadas como garras amarillentas… Esquivó fácilmente la primera embestida del loco, dejó la bandeja con la comida sobre el largo trozo de blanco mármol, y se volvió a toda prisa, dispuesta a hacer frente al anciano de los ojos saltones, que, evidentemente, quería estrangularla.

Y tan evidentemente, pues estaba chillando:

—¡La destruiré, la haré pedazos, la machacaré…!

Sin embargo, estos deseos eran no poco difíciles de realizar, ya que la espía internacional no estaba dispuesta a dejarse matar tranquilamente, aunque fuese por un viejo chiflado… Lo esquivó de nuevo, evitando tener que golpearlo, pero el anciano de los blancos cabellos como alambres se revolvió con insospechada agilidad y la asió de un brazo, con un zarpazo brutal, rugiendo de rabia…

Alejandro se estaba acercando a ellos, ordenando con voz airada:

—¡Déjela, Adams! ¡Deje a esa mujer, o le va a pesar…!

Brigitte tomó la decisión que le pareció menos cruel. Por supuesto, dominaba perfectamente la situación, y esquivaba fácilmente los zarpazos del viejo loco. Y comprendió que este iba a salir mucho mejor librado si era ella quien se lo quitaba de encima, que si permitía que Alejandro interviniera.

Así que, no sin pesar, golpeó al loco en el cuello, con el canto de la mano. El anciano lanzó un aullido de dolor y cayó de rodillas… Empezó a pegarse a sí mismo puñetazos en el rostro… En la boca, en los ojos, en la nariz… Unos puñetazos terribles, una actitud que llevó un escalofrío al cuerpo de la espía. Pero su vacilación duró apenas un segundo. Dio un paso hacia el anciano, que continuaba golpeándose furiosamente, y lo abatió de otro seco golpe, ahora en la nuca…

Alejandro se detuvo a menos de una yarda del ahora silencioso, desvanecido loco de blanca cabellera.

—¿Está usted lastimada? —preguntó.

—No… —musitó Brigitte—. No debe preocuparse.

—Toda mi preocupación consiste en conservarla en las mejores condiciones posibles para el experimento.

—Oh, claro, había olvidado eso —señaló con un dedito al loco —. ¿Quién es él?

—No es cuenta suya.

—¿Tampoco quiere decirme por qué quería matarme?

—Ha creído que usted era un robot.

Brigitte se quedó mirando, parpadeante, el ojo de Alejandro. Tras unos segundos de reflexión, asintió con la cabeza. Recogió la bandeja y se quedó mirando al robot.

—¿No piensa hacer nada por ese hombre? —preguntó.

—Ya despertará. Ahora, si quiere, la conduciré junto a su amigo Romeo. Él no sabe que está usted aquí, de modo que tendrá que agradecernos esta amable sorpresa.

—Sí… —Sonrió Brigitte—. Sin duda, ambos se lo agradeceremos mucho, Alejandro. Solo que a nuestra manera.

—Lo ha dicho como… como un desafío, señorita Montfort.

Brigitte miró al anciano, tendido en el suelo. Tenía la impresión de que ella acababa de salvarle la vida, de que Alejandro iba hacia

él dispuesto a matarlo. ¿Quién era aquel loco? ¿Realmente la había confundido a ella con un robot?

Miró a Alejandro duramente.

—En efecto, Alejandro —susurró—: mientras mi amigo y yo estemos vivos, existirá ese desafío. Créame: ustedes no saben lo que están haciendo al conservarnos con vida.

Capítulo X

Fue una amable sorpresa, ciertamente, pero no exagerada. Romeo se quedó mirando a Brigitte, fijamente, casi opaca la luz de sus negros ojos. Hubo una brevísima luz de reconocimiento en ellos, pero volvieron inmediatamente a su inexpresividad, a su opacidad de hombre derrotado, extenuado, desmoralizado.

Alejandro había ido guiando a la espía hasta otro cuarto de la planta baja de la quinta, donde se hallaba el llamado Romeo. Ella había entrado, había dejado la bandeja con la comida sobre una mesita y se había acercado al hombre que yacía en la cama, tan completamente vestido de negro como ella misma. Tenía el rostro muy marcado por numerosos golpes, casi hasta resultar irreconocible. Pero Brigitte Montfort no necesitaba distinguir con exactitud el rostro del hombre para saber quién era. Le bastó tomar una de sus manos, y notar la presión fuerte y tierna a la vez de los largos dedos bronceados.

—Uno…

Los negros ojos volvieron a fijarse en ella, inexpresivos.

—¿Quién es usted? No la conozco.

—Es inútil fingir, Uno. Los dos estamos atrapados… Mucho me temo que será difícil salvarnos esta vez.

—No la conozco —insistió el prisionero, sin moverse del lecho. Brigitte sonrió, se inclinó y besó cautamente los golpeados labios, la machacada boca de Número Uno.

—¿Sigues sin conocerme? —musitó.

Hubo una negra sonrisa en los duros ojos del hombre.

—Veo que recibiste el osito… ¿O no?

—Lo recibí… —Sonrió ella—. Pero antes de eso, tuve la visita de un robot, en mi propio apartamento.

—Perdóname… Perdóname, Brigitte… Me drogaron. Estuvieron golpeándome durante un día entero, pero cuando me inyectaron la

droga, yo… no pude… resistirla…

—Imaginaba algo así. Era el único modo de que Número Uno traicionara a Baby… ¿Tienes algo roto?

—No… no creo… Pero no estoy seguro…

—¿Puedes moverte?

—Casi nada…

—Tendrás que sobreponerte, querido —sonrió ella, comprendiendo que Número Uno estaba mintiendo—. Pero lentamente. No conviene precipitar los acontecimientos. ¿Sabes que nos reservan para un experimento?

—¿Qué experimento?

—No me lo han dicho. Pero quieren que estemos en buenas condiciones físicas, y supongo que por eso mismo van a permitirme que te ayude a recuperarte. Tengo la impresión de que vamos a ser tratados como… como unos gladiadores antes de saltar a la arena del circo, a matarse entre sí o a pelear con tigres y leones. Algo así, querido. ¿Crees que podrás comer algo?

—Si me ayudas a levantarme, lo… lo intentaré.

Brigitte ayudó a Número Uno a incorporarse en la cama. Luego, siempre bajo la atenta mirada del ojo frontal de Alejandro, lo sentó en el borde.

Número Uno quedó como traspasado de dolor, vencido, doblado hacia adelante; sus anchos hombros de atleta parecían caídos, hundidos, y sus manos temblaban ligeramente.

—Vamos, Uno… Tienes que ponerte en pie… Debes sobreponerte.

—Si quieren… dejarme de nuevo como… como un gladiador, tendrán que dejar pasar muchos días, Brigitte…

—Yo te ayudaré. Tenemos que llegar al sofá. Tengo algo de comida en la mesita… ¿Vamos a intentarlo?

Se pasó un brazo de Uno por los hombros y tiró hacia arriba. Pareció que las esbeltas y bien musculadas piernas del espía fuesen a doblarse, pero fue evidente el esfuerzo de voluntad que él realizó, colaborando al intento de Brigitte para mantenerlo en pie.

—Eso es… Ahora, vamos hacia la mesita… Despacio… No hay prisa por morir, Uno.

Le ayudó a llegar hasta el sofá. Por fin, Número Uno quedó sentado allí y se quedó mirando mortecinamente a Alejandro,

montón de chatarra que permanecía inmóvil ante ellos, fiel máquina que enviaba imágenes y sonidos a un lugar desconocido por el momento para los dos espías.

—Brigitte, estoy trabajando para los rusos —dijo Uno.

—¿Qué importa eso? No a mí, al menos, querido.

—En Viena mataron a un ruso que…

—Conozco la historia. Supongo que te las arreglaste para seguir a alguien desde allí, y llegar a Nueva York. Sé toda la historia de los robots… Y quizá más cosas que tú. ¿Cuánto te pagan los rusos?

—Cien mil dólares.

—No está mal… Espero que tengas buenas amistades en Europa, Uno. Dentro de poco necesitaré un empleo por allá. Pero, como siempre, habrá que advertir que exijo carta blanca en mis trabajos.

—No te comprendo… ¿Y la CIA?

—Ya no trabajo para ella.

—¿Qué ha ocurrido? —musitó Uno, mirándola atentamente.

—Bien… La CIA aceptó una oferta que no es de mi agrado.

—¿Referente a los robots?

—Desde luego. Siempre tan perspicaz, Uno… ¿Serías capaz de adivinar el resto?

—Conociéndote, creo que sí. Pero te suplico que no me obligues a pensar demasiado. La verdad es que casi no sé quién soy.

—Luego te llevaré ante un espejo… —Sonrió dulcemente Baby —. Aunque no creo que lo que verás en él te ayude a encontrarte a ti mismo, a reconocerte.

—Ya sé… ¿Qué ha ocurrido entre tú y la CIA?

—Pues… No me gustó que aceptasen la oferta y presenté mi dimisión fulminante. Hay alguien que ha construido estos fantásticos robots, Uno. Son asesinos invencibles. Ya estás enterado de lo que sucedió en Viena… Pues algo parecido ocurrió en Nueva York. Un robot asesinó delante de cincuenta personas a un hombre llamado Vanio Roczaz, de nacionalidad húngara, si no recuerdo mal. Era…

—Lo vi todo. Te estuve viendo por televisión de circuito cerrado… Estabas preciosa con tu disfraz de *geisha*.

—Eres tan amable… —rio Brigitte, acariciando las manos del espía—. Resumiendo, Uno: esta gente, los que controlan a los robots, han hecho una proposición a la CIA, que consiste en

alquilarles los robots para cometer asesinatos infalibles, sin riesgos de ninguna clase. Por medio millón de dólares, envían un robot adonde sea, mata a la persona designada y recuperan el robot. En el supuesto de que las cosas vayan mal, lo destruyen por sí mismos, con una carga explosiva de no sé qué cosa que llevan dentro. Esto quiere decir que se puede asesinar a cualquier persona del mundo no solo sin riesgos físicos, sino sin compromisos políticos. Un robot jamás dirá nada comprometedor… Eso, en el supuesto de que no sea destruido a distancia si las cosas se ponen mal para su fuga después de cometido el asesinato.

—Ya comprendo… ¿La CIA ha aceptado esa oferta?

—Sí.

—Es muy propio de ellos… Una organización capaz de vender a su mejor hombre en Europa, es capaz de eso y de mucho más.

—No pienses en lo que ya quedó atrás. ¿Quieres que te corte la carne?

—Yo… creo que es mejor. No podría apenas mover las manos. Estoy débil… Me dan de comer, pero me golpearon demasiado. Temo que cuando se den cuenta de que no serviré para nada por lo menos en un par de semanas, decidirán… ahorrarse mi manutención.

—Déjalos que tomen sus propias decisiones, no les hagas esa clase de sugerencias… Supongo que sabes que ese robot nos está… televisando.

—Sí, ya sé…

—Un trocito de carne para el nene…

Número Uno sonrió y abrió la boca. Brigitte, también sonriendo, le puso el trozo de carne recién cortado en la boca. Mientras Uno masticaba lentamente, ella se sirvió otro trocito. Masticando los dos, se volvieron hacia Alejandro, repugnante monstruo vigilante e inmóvil.

Número Uno alargó una mano hacia la alta copa donde Brigitte había servido el jugo de tomate… Pero Baby tuvo que ayudarle a llevársela a los labios, tanto era el temblor de la mano de Uno. Cortó más trozos, y los fue repartiendo entre ambos. Fue lo único que comieron, aparte de un poco de puré de patatas que Número Uno engulló fácilmente, sin el esfuerzo maxilar que requería masticar la carne. Luego, Brigitte destapó el champaña y lo sirvió en

las dos copas llevadas al efecto.

—Supongo que toda esa debilidad tuya es puro teatro, Uno —dijo de pronto, en ruso.

—En su mayor parte, sí —respondió Uno, también en ruso.

—Bien. En ese caso…

—Señorita Montfort —dijo secamente Alejandro—: quiero que hablen en inglés, y solamente en inglés. Si emplean cualquier otro idioma, los mataré a los dos inmediatamente.

—No tiene que molestarse… —Miró ella amablemente al ojo del robot—. Solo se trata del idioma ruso. ¿Usted no lo habla?

—Quiero que conversen en inglés.

—Está bien. Usted manda… por ahora. Observo que no han atendido debidamente las heridas de mi amigo. ¿Hay inconveniente en que lo haga yo?

—No.

—En tal caso, si me devuelven mi maletín…

—Su maletín, señorita Montfort, está en buen lugar. Prescinda de esos rutinarios y absurdos trucos de espía. Si necesita algo, lo encontrará en el botiquín del cuarto de baño de esta misma habitación.

—De acuerdo. Ven, Uno: te llevaré de nuevo a la cama.

Número Uno se dejó llevar, dócil y derrotado. Se tendió, suspirando como si todo el cuerpo fuese a rompérsele en pedazos a cada movimiento. Brigitte llevó a la mesita de noche las dos copas de champaña. Dio un sorbo a Uno, bebió ella otro y se quedó mirando sonriente al hombre que más la había impresionado en su vida.

—No puedo creerme que tú estés así, querido… —musitó—. Veamos si puedo ayudarte de un modo conveniente.

Le quitó los pantalones y el jersey, así como la camiseta. Uno quedó solamente en calzoncillos. Sus piernas se veían bien, casi sin golpes, pero en todo el torso destacaban clarísimas las huellas rojizas o amoratadas de los muchos golpes recibidos allí. Brigitte se volvió hacia el robot, clavando una dura y fría mirada en la lente de la cámara de televisión. Luego, sin el menor comentario, entró en el cuarto de baño. Salió un par de minutos más tarde, portando en las manos y contra el pecho todo cuanto había considerado necesario para atender a Número Uno.

—¿Podrás nadar? —musitó, en ruso de nuevo.

—Sí…

Alejandro se acercó, pesadamente, y una de sus extrañas manos metálicas, ahora sin guante, tocó en un hombro a la espía.

—Último aviso —dijo acremente—: hablen en inglés. Y no se molesten en susurrar, porque mis circuitos auditivos son extrasensibles.

—Solo le he preguntado si…

—No importa, puesto que ya lo ha hecho. Pero una sola palabra más en ruso, o en cualquier otro idioma que no sea inglés, y los dos morirán.

Brigitte asintió con la cabeza y se quedó mirando el torso de Uno. Parecía no saber por dónde empezar, pero pronto se puso manos a la obra. Pocos segundos más tarde, el intenso olor a linimento se extendía por el dormitorio, untado por la espía sobre los golpes de Número Uno. Ella le miró, sonriendo crispadamente. Sabía muy bien que en aquellos momentos Uno estaba sufriendo casi tanto como cuando había recibido los golpes, pero aceptaba el dolor transitorio, ya que sabía que el masaje con linimento tendría beneficiosos efectos en pocas horas. Casi diez minutos le llevó a Brigitte atender debidamente el pecho y la espalda de Número Uno. Cuando se dispuso a dedicarse al magullado rostro, lo vio crispado, sudoroso…

—¿Por qué no te quejas un poco? —protestó ella—. Me está dando la impresión de que tú eres también un robot.

—Ay —dijo Uno.

Brigitte casi rio. Se inclinó y besó los tumefactos labios hinchados.

—Querido —dijo—: cuando salgamos de esta, tú y yo tenemos que encontrarnos una vez de un modo… normal, sin peligros.

—¿En París? —sugirió Uno.

—Es un buen sitio.

—¿Dentro de diez días?

—Es una fecha perfecta.

—Su optimismo me divierte… —Se oyó reír al robot—. Dentro de diez días ustedes serán solamente cadáveres. O quizá, ni siquiera eso, ya que es muy posible que estén en el vientre de un tiburón.

—¿Está prohibido tener ilusiones? —Miró Brigitte al robot, con

irónica sonrisa.

—Es solo un montón de hierros… —recordó Uno—. No se puede esperar demasiado de él.

—Es cierto… Intentaré arreglarte un poco tu atractivo rostro. ¿Sabes, querido?: es un fastidio no poder besarte debidamente.

—Más lo siento yo.

Se echaron a reír los dos, pero Uno se llevó inmediatamente las manos al pecho y su rostro se crispó fuertemente.

—Prohibido reír… por ahora… —musitó Brigitte—. Oye: ¿conoces a un tipo estrafalario, de cabellos blancos, que parece loco y que se apellida Adams?

—No…

—¿No lo has visto por aquí?

—No he visto a ese tipo. Pero sí a otros… —Uno miró hacia el robot—. ¿Puedo decir sus nombres, y cómo son?

—¿Por qué no? —Se oyó la risa en el robot.

—Ante todo, hay una mujer. Se llama Margo Stevens; es rubia, de ojos claros, muy bonita y joven…

—Ah… Esa debe de ser la mujer que vi salir de «Lucky Toy, Ltd.», en último lugar.

—Seguramente. Por lo que entiendo, ella y dos hombres son los socios propietarios de «Lucky Toy». Los hombres se llaman Percy Fowler y Aaron Chandler. Yo diría que son los que dirigen esto de los robots. Parece que fueron perfeccionándose en la construcción de juguetes, hasta que, de pronto, se encontraron con un robot entre las manos… Un robot muy perfeccionado. Debió de sorprenderles a ellos mismos el resultado de su trabajo… Un robot que obedecía señales a distancia, que se movía con mucha soltura, que podía llevar cámaras de televisión por ojos… Le pusieron en las manos sopletes, lanzallamas, gases que se expelen por medio de válvulas… Eso, en la mano izquierda, que yo sepa. En la derecha lleva un mecanismo idéntico al de una pistola silenciosa, solo que, según creo, puede disparar más de veinte balas. A la vez, dentro del robot han colocado un mecanismo de explosión que pueden accionar a distancia, para el caso de que sea derribado o atrapado por alguien. Esta última parte, obviamente, está destinada a que nadie pueda examinar por dentro el robot, a fin de que no puedan conseguir copias de ellos… Se comprende, ¿no es cierto?

—Ajá… —asintió Brigitte—. No te muevas ahora.

Colocó sobre el rostro de Uno una toalla doblada varias veces, y empapada en agua caliente, obtenida de uno de los grifos de la bañera. Lo tuvo así tres o cuatro minutos, pacientemente. Luego la quitó, examinó el rostro enrojecido de Número Uno y se dedicó a secarlo con todo cuidado. Hecho esto, pasó una acertada dosis de astringente por los pequeños golpes que se veían en los pómulos, barbilla y cejas, producidos por los golpes. Finalmente, las heridas más importantes las cubrió con una pequeña porción de gasa, sujetándola con esparadrapo.

—Estás más bien feo… —Sonrió Baby—. Pero mañana te sentirás mucho mejor.

—Es un buen trabajo —dijo Alejandro.

—No sea maleducado… —le amonestó Brigitte—. Ya es bastante con que sea asesino, Alejandro. ¿Por qué ha de intervenir en nuestra conversación?

—Ahora lo está manejando Aaron Chandler —dijo Uno, sonriendo—. Tiene menos sentido del humor que Percy Fowler.

—Sí, lo he notado… ¿Quién más hay en la quinta, Uno?

—Tres matones de poca importancia. Se llaman Heston, Bolowsky y Mackenzie… Me los quité de encima en pocos segundos, pero intervinieron los maniquíes, me echaron gas…

—Igual que a mí. ¿Crees que son todos espías profesionales?

—No, no… Son unos principiantes con suerte… por el momento. Tienen una buena mercancía que ofrecer, y lo han hecho. Eso es todo.

—¿Tienen algo más que hablar? —intervino Alejandro.

—Nosotros siempre tenemos algo que decirnos, Alejandro.

—Pero no creo que sea cosa actual. Creo que es momento de que se retire a su dormitorio, señorita Montfort.

—¿No puedo quedarme aquí?

—No.

—¿Le parece que eso puede entrañar algún peligro para ustedes?

—Ninguno. Pero ya han hablado demasiado. Han cenado, usted ha atendido bien a su amigo, se han contado sus cosas… Ahora, retírese a su cuarto.

—Supongo que tengo que obedecer —suspiró Brigitte; se inclinó y besó a Número Uno en los labios, suavemente—. Hasta mañana,

amor.

—Y si no nos vemos, recuerda: dentro de diez días, en París.

—Lo recordaré —rio Brigitte.

La puerta del dormitorio de Número Uno se abrió en aquel momento, y uno de los maniquíes entró. Brigitte vio afuera algunos más, en el amplio pasillo. Cambió una mirada con Número Uno, encogió los hombros y salió del dormitorio. Alejandro también salió y se dirigió hacia las escaleras blancas que llevaban al piso alto, comenzando a subirlas pausadamente. Brigitte estuvo mirándolo hasta que uno de los maniquíes la tocó amablemente en un hombro.

Y la misma voz del robot que se alejaba, dijo:

—Retírese. Y recuerde que no debe ni siquiera intentar llegar al piso alto.

Brigitte se dirigió a su dormitorio. Entró, y cuando iba a cerrar la puerta, el maniquí, que la había seguido, entró también. Fue él quien cerró la puerta y quedó de pie junto a ella. La espía se quedó mirándolo con evidente disgusto.

—¿Piensa pasar aquí la noche, robot? —refunfuñó.

—Así es, señorita Montfort. Buenas noches.

La agente Baby volvió a encoger los hombros. Se acercó a la cama.

—Que descanse —dijo.

Y se tendió sobre la cama, tal como estaba. Un minuto después dormía profundamente, con la misma tranquilidad que si se encontrase en su lecho de sábanas color rosa, en la Quinta Avenida de Nueva York.

Cosas de la agente Baby.

Capítulo XI

Despertó de pronto, no supo por qué. Abrió los ojos, se quedó mirando el techo un instante, y en el acto, sin duda impulsada por el mismo sexto sentido que la había despertado, volvió la cabeza hacia la derecha.

Casi no pudo contener el respingo. Se sentó bruscamente en la cama, girando la cintura, de modo que se enfrentó, con las manos tendidas hacia adelante en guardia de karate, al personaje que estaba junto a su cama, en silencio.

—No me pegue… ¡No me pegue! —gimió él.

Era el loco. Destacaba su blanca cabellera y sus desorbitados ojos, como manchas estremecedoras en la oscuridad apenas disipada por el resplandor de la Luna, cuya luz se veía como un brillante rectángulo en un lado del dormitorio. Por la abierta ventana entraba un aire frío y húmedo.

—¿Qué hace usted aquí? —musitó Brigitte, sin bajar la guardia, a falta de mejor arma defensiva.

—Se lo suplico… No me pegue más.

—¿Qué quiere? —Frunció el ceño la espía.

—¿Usted es buena?

Brigitte alzó las cejas. La pregunta tenía cierta gracia. ¿Era ella buena? Había matado a muchas personas a las que ella había considerado malas. Pero ¿acaso era ella mejor, habiendo matado?

—Creo que sí, señor Adams… —Sonrió—. Es una pregunta extraña, ¿no le parece?

—Yo… yo quiero estar seguro… Los he oído hablar a ellos… Dicen que usted es muy peligrosa, que ha matado a muchos hombres, y que la llaman agente Baby, que es una espía de la CIA ¿Es cierto todo esto?

—Es cierto.

—Entonces… yo no comprendo…

—¿Qué es lo que no comprende? ¿Se da cuenta de que ese robot lo está viendo?

—No… No me está viendo. Aaron está durmiendo ahora…

—¿Se refiere a Aaron Chandler, el que dirige los robots?

—Sí.

Brigitte se dispuso inmediatamente a entrar en acción. Iba a saltar de la cama, pero Adams la retuvo de un brazo.

—Es inútil… —susurró—. No conseguirá usted nada. Ni tampoco su amigo. En cuanto empezaran a subir la escalera, sonaría la alarma… y los robots volverían a funcionar inmediatamente. Tampoco se puede escapar de la isla, a menos que sea usted capaz de nadar cincuenta o sesenta millas… No se puede hacer nada, señorita Montfort.

—Bien… Entonces, ¿qué está haciendo usted aquí? Dígame de una vez qué es lo que quiere.

—Sé que usted es buena… No comprendo bien esto de que sea buena y haya matado a muchas personas, pero yo he visto en sus ojos la bondad. Usted me pegó esta noche para que el robot no me hiciera mayor daño. Usted es… fundamentalmente buena.

—Supongo que esa es la cuestión… —Sonrió Brigitte—. ¿Entiendo que ahora nadie nos ve ni nos escucha, señor Adams?

—Nadie. El robot —señaló al maniquí de pie ante la puerta del dormitorio— está inactivo ahora. Yo… me llamo Richard Adams.

—Ah…

—Soy el padre.

—El padre… ¿de quién?

—De los robots. Yo los inventé, los construí.

—Me temo que no voy a darle la enhorabuena, señor Adams. El viejo loco soltó una risita aguda.

—¿No le gustan mis hijos?

—Me parecen horribles. Sin duda, usted tiene un gran talento, pero opino que pudo haberlo empleado en algo más útil e inofensivo.

—Ya hice también otra cosa útil… Por ejemplo, las cámaras de televisión que llevan por ojos. Son muy pequeñas y sensibles. Y he construido también un aparato receptor de televisión cuyo tamaño es como el de un paquete de cigarrillos… ¿Quiere verlo funcionar?

—No creo que sea el momento. Si Aaron Chandler despierta, lo

verá a usted aquí y es posible que decidan matarlo.

—Precisamente, haciendo funcionar mi pequeño televisor sabremos en todo momento lo que está haciendo Aaron… Vea, vea…

Sacó, efectivamente, un pequeño receptor de televisión. Apretó uno de los tres botoncitos laterales, y apenas tres segundos después la pequeñísima pantalla se iluminaba, mostrando una imagen: la de un cuarto de dimensiones más bien reducidas y que parecía insonorizado; había varios extraños aparatos, que Brigitte designó como los mandos que podían manejar a distancia a los robots.

Y varias pantallas de televisión, apagadas en aquel momento. Ante ellas, un hombre parecía dormido, apoyado de brazos en el panel horizontal de mandos.

—Ese es Aaron… —musitó Adams, riendo secamente—. Y ahí es donde están todos los aparatos que controlan y dirigen a mis hijos.

—Usted está loco —gruñó Brigitte, de mal talante.

—¿No le gusta mi invento?

—No.

—Me refiero a las pequeñas cámaras de televisión, y a este pequeño receptor. Ya sé que los japoneses, y también en otros países, se están construyendo receptores casi tan pequeños como este, pero las cámaras siguen siendo bastante grandes… Ese es mi éxito. ¿Usted adivinaría dónde está la cámara que nos envía esta imagen?

—No…

—En un libro… —rio de nuevo Adams—. Vacié las hojas de un libro, hice un agujero en el lomo, y coloqué dentro la cámara. Por eso siempre sé lo que ellos están haciendo en el cuarto de mandos. Cuando quiero saberlo, enciendo mi receptor, y ya está. ¿Se da cuenta como no hay peligro? Aaron duerme… A las ocho de la mañana Margo vendrá a relevarlo, hasta las diez, en que se ocupará Percy otra vez de los mandos.

—Señor Adams: ¿qué se propone usted? ¿Por qué ha venido a mi cuarto?

—Quiero que me ayude a destruirlos… ¡A todos! Brigitte entornó los ojos.

—¿Cómo dice? —susurró.

—Quiero destruirlos. Quiero llegar al cuarto de mandos otra vez,

y hacer explotar a todos mis hijos… ¡Eso es lo que quiero hacer!

—No tendría que tomarse esa molestia si no los hubiese construido.

—Ellos me engañaron… Yo estaba empleado en «Lucky Toy», como diseñador de juguetería. He ideado y construido juguetes muy divertidos… ¿A usted le gustan los niños?

Brigitte se rascó graciosamente la coronilla. Estaba un tanto perpleja, esa era la verdad. Pero, en el fondo, tenía la impresión de que estaba comprendiendo la verdad antes de que Richard Adams se la explicara.

La luz de la pequeñísima pantalla del receptor iluminaba los rostros de ambos. Aaron Chandler continuaba durmiendo, caído de bruces sobre el panel.

—Me gustan los niños —admitió Brigitte.

—Je, je… Ya lo sabía, ya… A mí también me gustan. ¿Sabe? Yo nunca me casé, no he tenido hijos, ni nietos… claro. Pe-pe-pero me gustan mucho los niños, sí… ¿Los ha visto alguna vez detenidos ante un escaparate lleno de juguetes? Pero verlos desde dentro del escaparate, sin que ellos se den cuenta de que los están mirando de frente, captando toda su expresión… ¿Los ha visto así?

—No…

—Es una lástima. Hace años, inventé un conejito que caminaba a saltos… Llevaba una zanahoria en la boca y de cuando en cuando se detenía y la mordía… A cada mordisco, la zanahoria se introducía un poco más en la boca del conejito, que movía los ojitos hacia los niños del escaparate y movía el rabito, de color blanco… ¡Lo bien que lo pasé yo con aquel conejito! Lo llamamos «Comilón».

—Señor Adams: ¿qué clase de engaño cometieron con usted?

—¿Los niños? —Se sobresaltó Adams.

—No, no… Me refiero a Chandler y los demás.

—Ah, sí… Bueno, yo era un buen diseñador de juguetes y conseguí un magnífico empleo en «Lucky Toy»…, o sea, «Juguete Afortunado». Sí… Me ofrecieron un buen empleo, y durante algunos años he vivido muy feliz, inventando muñequitos… Recuerdo una muñeca a la que llamé «Patricia», que…

—Por favor, señor Adams.

—Sí… Oh, sí, sí… Bueno, yo trabajaba en «Lucky Toy». Cambió algunas veces de propietario, pero yo continué allí, en mi taller,

inventando juguetes estupendos… Por último, «Lucky Toy» quedó en manos de Margo Stevens, Aaron Chandler y Percy Fowler, que formaron sociedad…

—No creo que eso interese ahora.

—Es cierto… ¿De qué estábamos hablando?

—De su trabajo en «Lucky Toy».

—Sí… Bueno, finalmente inventé todo el mecanismo de los robots. Yo quería hacer unos robots pequeños, y hasta construí el aparato simplificado, para niños, que los haría moverse sin tocarlos. Ya me imaginaba las caras de los niños. Los pequeños robots serían marcianos… Y llegarían a la Tierra en un platillo volante, naturalmente. ¿Ha visto mis platillos volantes?

—Vi algunos, en el almacén de «Lucky Toy».

—Le aseguro que vuelan… Poco trecho, claro… Pero lo bastante para llevar un par de robots marcianos cuando los hiciera más grandes. Un día, Percy me dijo que había pensado en lo de los robots… Y me ordenó que hiciese algunos más grandes. Se refería a los mecanismos, claro…

—Perdone, señor Adams: ¿nadie sabía nada sobre su creación?

—¡No! Era mi último secreto profesional… Más de veinte empresas de fabricación de juguetes me habían ofrecido empleo en los últimos cinco años, pero yo rechacé las ofertas. En «Lucky Toy» estaba bien, tenía libertad para todo, y me pagaban espléndidamente… Percy me dijo que yo tendría que hacer varios robots grandes y sus mandos correspondientes… Sí, eso me dijo. Yo le pregunté para qué quería esos robots tan grandes y me dijo que había tenido una idea colosal: fabricaríamos, en primer lugar, unos cuantos robots grandes, y cuando la fabricación en serie de los pequeños estuviese en marcha, haríamos salir a la calle a los grandes… ¡La gran sorpresa en juguetería! Los robots irían por la calle, se acercarían a los niños y les dirían: «Dile a tus papás que te compren un Alejandro. Me encontrarás, más pequeñito, en “Lucky Toy”». Algo así…

—Y le convencieron, ¿no es así? —musitó Brigitte.

—¡Claro! ¿Se imagina cuál habría sido mi prestigio en la profesión? Además, estaba el negocio para la «Lucky Toy», y yo me debía a mi empresa, tenía que conseguir que ganasen cuanto más dinero mejor. Ese era mi trabajo, ciertamente. Además, la idea de

dirigir los robots yo mismo, por la calle, por todo el país si era necesario, me gustó… Hablaría con los niños, les contaría cosas… Sí… La idea me gustó, señorita Montfort.

—Pero ellos no cumplieron su parte.

—No… Usted… usted ya sabe el resto… Ahora, ellos, que conocen el secreto de los mecanismos de Alejandro, los instalan en maniquíes y los utilizan para asesinar… Medio millón de dólares por… «encargo». Yo comprendo que ganarán así mucho más dinero, y más rápidamente, pero eso no es… ¡Los mataré a todos! ¡Destruiré a Alejandro…! Y al primero que quiero matar es a Aaron Chandler… Es un gánster. Siempre lo fue, pero yo no lo sabía… ¿Sabe otra cosa? Piensan utilizar los robots para formar una nueva sociedad de asesinatos por encargo, igual que en los años treinta… Los asesinos serán mis robots, mis hijos…

—¿También eso? —musitó Brigitte.

—¡Todo! Aceptarán y organizarán todo cuanto pueda rendirles dinero: espionaje, robos, asesinatos… ¡Todo! Los he oído hablar, he visto sus rostros crispados por la codicia…

—¿Por qué me atacó usted en la cocina, señor Adams?

—Les estoy haciendo creer que me he vuelto loco… Simulé que creía que usted era un robot femenino, ya que tienen en proyecto construirlos también, y la ataqué para que sigan creyendo que estoy loco… Un pobre viejo chiflado e inofensivo. Pero no soy inofensivo, no… Los mataré a todos.

—Cálmese, señor Adams…

—Estoy calmado. A veces, me llaman al cuarto de control, y me piden que arregle una cosa u otra, aunque ellos ya lo saben casi todo…

Me trajeron aquí hace más de un año, y no me han dejado salir jamás. Soy un pobre prisionero obligado a reparar robots, a construir sus mecanismos… Cuando entro en el cuarto de control, siempre me vigilan atentamente. Yo podría destrozar algo, pero ellos me matarían, harían la reparación y seguirían adelante… Por eso estoy esperando mi oportunidad. Una gran oportunidad para poder entrar allí, tomar los mandos y… ¡patapúm!, todos muertos… ¡Todos! ¿Me ayudará usted? ¿Me ayudará?

Brigitte miraba sobrecogida al anciano de blanquísimos cabellos.

—¿Cómo puedo hacerlo? —susurró.

—Yo la avisaré cuando llegue el momento… Mientras tanto, tenga este libro… —Lo recogió del suelo, en el cual continuaba arrodillado, junto a la cama—. Tenga. Dentro hay unos papeles que explican el funcionamiento de los mandos que hay en el cuarto de control. Usted puede simular que está leyendo el libro, que se lo lleva incluso al baño… ¿Sí, señorita Montfort?

Brigitte sonrió secamente.

—No creo que sea tan fácil como usted lo expone.

—¿No quiere ayudarme?

—Por supuesto que sí. De momento, me dedicaré a estudiar estas instrucciones. ¿Cuándo cree que podremos atacar ese cuarto de control?

—No sé… Yo, hace cinco meses que espero la oportunidad, y no llega… Pero tiene que llegar… Un día u otro, tendremos esa oportunidad.

—Entiendo… —susurró Brigitte, decepcionada—. Bien, nada pierdo con leer sus instrucciones sobre los robots… Otra cosa: ¿está seguro de que hay cincuenta millas desde esta isla a la costa más cercana?

—Cincuenta, por lo menos. Quizá sean sesenta, o cien… No sé. Mucha distancia, eso sí.

—¿Tampoco sabe en qué isla estamos?

—No. Ya le digo que soy un pobre prisionero…

—Está bien. ¿Qué sabe de la visita que tiene que llegar a la isla? Creo que vendrán varios miembros, de diversos servicios de espionaje…

—Varios, sí… Pero no a esta isla, sino a la otra…

—¿Qué otra?

—La que hay a unas cinco o seis millas al sur de esta.

—¡Pero usted me ha dicho que no había…!

—Es un pequeño islote, con algunas palmeras, matorrales, y un pequeño lago salado en el centro. Nadie podría sobrevivir allí, se lo aseguro. Me llevaron hace unos tres meses, cuando lo estaban planeando todo. Me llevaron para no dejarme solo con los mandos de los robots… Nunca me dejan solo cuando los mandos están abandonados.

—Entiendo. ¿Hay tiburones por estas aguas?

—En verano, algunos. No sé si también subirán hasta estas aguas

en invierno. Creo que a los tiburones les gustan las aguas cálidas… ¿Va a intentar escapar a nado?

—Lo pensaré.

—No se lo aconsejo… De veras que no. Además, usted ha prometido ayudarme…

—Lo sé. ¿Sabe quiénes son los hombres que van a venir?

—¿Sus nombres? No… Sé que vendrán del espionaje ruso, del británico, del cubano, de la CIA y de otros, Entiendo que también llegarán algunos representantes de movimientos clandestinos de rebelión en algunos países… Diez o doce hombres, calculo. Quizá más.

—¿Cómo llegarán?

—En helicópteros, en lanchas, en yates… No sé exactamente. Pero sí sé que llegarán al islote, donde Aaron los ha citado para una demostración de los poderes de los robots.

—¿Cuántos robots hay en total?

—Que yo sepa, siete. No sé si habrán construido alguno más, últimamente… Es posible que tengan escondidos algunos. No sé.

—Siete… —Brigitte sonrió duramente—. Está bien, señor Adams. ¿Tiene algo más que decirme?

—Es usted muy hermosa.

—¿Otra cosa? —rio quedamente Brigitte.

—No… Ya nada más… ¿Me ayudará?

—Está firmado el pacto. —Y tendió su manita—. Buenas noches.

—Adiós… Pronto amanecerá.

—Está bien. Pero como tengo una sospecha del «experimento» que quieren realizar con mi amigo y conmigo, me conviene estar descansada, de modo que dormiré todo cuanto pueda. Adiós, señor Adams.

—Buenas noches.

Richard Adams se deslizó hacia la ventana, tras apagar el diminuto receptor de televisión. Saltó al exterior, ajustó las batientes encristaladas…

Brigitte se levantó, ajustó más la ventana y se quedó mirando el mar, ahora abundantemente bañado por la luz lunar. Cincuenta millas, ciertamente, eran demasiado para ella. Incluso para Número Uno, aun estando este en sus mejores condiciones físicas. En cuanto al islote en el que solamente había maleza, palmeras y un lago de

agua salada, había que descartarlo.

Se podía desconfiar bastante respecto a la ayuda que pudiera prestarles Richard Adams, el pobre viejo constructor de juguetes…

¿O era todo mentira?

La sospecha cruzó rápidamente por la mente de la veterana espía… Y el resultado final de todos sus pensamientos fue que no podría confiar en nadie. Excepto en Número Uno, por supuesto…, si no volvían a drogarlo.

En definitiva, la agente Baby llegó a una conclusión, no demasiado satisfactoria: solamente podría confiar en su proverbial suerte, que hasta entonces jamás la había abandonado. Era absurdo confiar en cualquier otra cosa.

Volvió al lecho y se tendió.

Estuvo todavía unos segundos con los ojos abiertos, fijos en el techo. Por lo menos, antes de morir habría visto a Uno otra vez. Aunque… ¿por qué hablar de morir, por qué pensar en morir…?

La cita era para dentro de nueve días, en París.

Capítulo XII

—Hace un día espléndido… —saludó alegremente Brigitte—. ¿Cómo te sientes hoy?

Número Uno se sentó en la cama, sonriendo.

—Bastante mejor, me parece. ¿Has dormido bien?

—Magníficamente. Supongo que tampoco a ti es fácil quitarte el sueño… ¿Te traigo el desayuno o prefieres venir a la cocina conmigo… y ayudarme un poco?

Número Uno miró al robot que se encargaba de vigilarle a él; y luego al de Brigitte. El primero estaba dentro del dormitorio, junto a la puerta; el segundo había quedado en el umbral.

—Si estos montones de chatarra no se oponen, iré contigo a la cocina.

—No nos oponemos, Romeo —dijo una voz femenina, en boca del robot.

—Oh… ¿Qué ha pasado? No me diga que este robot es… Bueno, digamos que no es… demasiado hombre.

Brigitte se echó a reír. Y también el robot emitió la risa de Margo Stevens.

—Usted me conoce perfectamente, Romeo. Sabe que soy una mujer. ¿O no se lo parezco?

—Me lo parecía usted ayer y anteayer… Pero hoy las cosas han cambiado. Estando Brigitte aquí, usted no es más que un trozo de carne con ojos y pelo. Malos días, Margo. Y si quiere un buen consejo, olvídeme: no soy para usted, encanto.

—Es usted un engreído, Romeo —habló secamente el robot.

—Puede que sea un engreído —abrazó a Brigitte por la cintura—, pero ya tengo a mi Julieta. Por favor, no nos interrumpa, Margo. Vamos a desayunar alegremente.

Salieron del dormitorio, riendo. Al fin y al cabo, su situación era la misma si reían o si lloraban.

En la cocina se encontraron a Richard Adams, que estaba metiendo una mano dentro de un recipiente, comiendo como un cerdo, con la barbilla llena de jugo. Se quedó mirándolos, aterrado, desorbitados los ojos… Brigitte pensó que en verdad hacía muy bien el papel de loco.

De pronto cogió el recipiente y lo tiró furiosamente contra Brigitte, gritando con todas sus fuerzas. Uno de los robots se adelantó, alzando un brazo en dirección al inventor de juguetes, que al verlo lanzó un agudísimo chillido, y se tiró contra la puerta del fondo de la cocina, que daba a la parte de atrás de la casa… Lo hizo justo a tiempo, pues el chorro de fuego chamuscó la puerta, dejando un gran trozo circular completamente negro, humeante.

—El pobre Adams continúa pensando que usted es una robot… —rio el maniquí, vuelto hacia Brigitte—. Finalmente, incluso lamentándolo mucho, tendremos que prescindir de él.

Ni Brigitte ni Uno parecieron haber oído nada.

—¿Qué te gustaría desayunar, Uno? —preguntó ella.

—Huevos, pan tostado, mantequilla… y café.

—¿No quieres jugo de naranja?

—No. Prefiero algo más fuerte. Café, si no te importa.

—Claro que no, querido… —Sonrió ella, besándole en los labios —. Tomaremos los dos algo que nos reanime un poco. Pero, si mal no recuerdo, anoche no quisiste huevos.

—Anoche era anoche —sonrió Uno.

—Y hoy es hoy… —rio Brigitte—. ¿Qué tal si preparas esa mesita?

La señaló. Número Uno la miró, asintió con la cabeza y se dedicó a buscar los platos y los cubiertos, mientras Brigitte se dedicaba al trabajo de cocina. Lo último que puso Número Uno en la mesa fue una gigantesca hortensia, en un bonito jarro de barro pintado que encontró en un armarito.

—*Voilá*… —Sonrió—. Oh, demonios… Esto es francés y Margo se va a enfadar si nos oye. Estos huevos tienen un aspecto magnífico… ¿Qué tal un poco de salsa de tomate, Brigitte?

—La buscaré.

Desayunaron tranquilamente, con la hortensia entre ambos, mirándose con una intensidad que ni siquiera a un robot podía pasarle desapercibida. Los dos robots permanecieron cerca de ellos,

siempre con sus extraños ojos fijos en ambos. Los dos espías no les hicieron el menor caso, y al terminar el desayuno, Brigitte propuso:

—¿Damos un paseo por la playa? El sol es radiante.

—Magnífica idea… Me irá muy bien respirar un poco de aire puro. ¿No recogemos los platos?

—Oh… —Sonrió ella—. Estoy seguro de que estos chicos saben hacerlo… —Miró a los robots—. ¿O solo sirven para matar?

Salieron de la casa, directos hacia la cercana playa. Los dos robots, siempre tras ellos. Cuando llegaron a la arena, los pies de los pesados maniquíes se hundieron fuertemente en la arena, y su paso se dificultó considerablemente… Tanto, que los dos espías cambiaron una extraña mirada sonriente.

Estuvieron caminando durante un cuarto de hora, charlando de música, pintura, literatura… Finalmente, Brigitte se dejó caer en la arena y Uno se tendió a su lado, gozando ambos del sol de invierno.

—¿Sabes, Uno? —musitó ella—. No hace mucho, en una isla del Caribe, una bruja de vudú me pronosticó que tendría cuatro hijos.

—Simpática bruja… —Sonrió el espía—. Si en algo puedo ayudarte…

—Supongo que sí… —rio Brigitte—. Pero me pregunto si ha llegado ese momento. A veces me siento terriblemente cansada, y me pregunto si merece la pena sacrificar mi vida en beneficio de otras personas.

—¿Estás sacrificando tu vida por alguien?

—Por todos… Por mucha gente a la que no conozco. Creo que soy una especie de maniática.

—¿Tú, maniática? —rio Uno.

—Me molestan las personas que no piensan con rectitud.

—Ah, ya entiendo. Supongo que te refieres a ese desmesurado afán tuyo de aniquilar a los malos y ayudar a los buenos.

—¿Crees que no vale la pena?

—No sé… Yo también pienso cosas parecidas, en ocasiones. Pero no es fácil responderse uno mismo. Yo creo… que los dos somos espías por naturaleza, y eso es todo. Todo este… afán de ayudar a quien nos parece que lo merece es… un engaño que nos proporcionamos nosotros mismos. Nos gusta la aventura, eso es todo, insisto. O el dinero… Quizá sea el dinero, el lujo… Sí, quizá sea eso lo que nos guste.

—¿Cuánto dinero tienes?
—Poco.
—¿Poco? —Brigitte lo miró asombrada—. No es posible… ¡Pero si eres el espía más caro del mundo!
—Bien… Tengo muchos gastos…
—¿Tú? ¿Qué clase de gastos?
—Diversos gastos: autos, mi villa, trajes… Me gusta comer bien, alojarme en buenos hoteles…
Brigitte había fruncido el ceño.
—¿Cuánto ganaste el año pasado? —musitó.
—Bueno… Creo que unos tres millones y medio.
—¿De liras? —Sonrió ella.
—De dólares —gruñó él.
—Ooooh… ¿Y te lo has gastado todo en trajes y hoteles? Me estás engañando, Uno.
Él la miró, un tanto enfurruñado. Pero de pronto, sonrió, de aquel modo que parecía rejuvenecerlo, llevarlo a la niñez.
—Creo que he ayudado a algunas personas —admitió.
—¡Increíble! ¿Va a resultar que Número Uno todavía tiene un pedacito de corazón que funciona… bondadosamente?
—Me da la impresión de que pretendes burlarte de mí —gruñó él, de nuevo—. Y al fin y al cabo, tú haces lo mismo, ¿no?
—Aproximadamente. Yo… he pensado en un estupendo medio para ganar mucho dinero, Uno. Podríamos tú y yo montar una… agencia de espionaje privado. ¿Te imaginas? Baby y Número Uno juntos, dirigiendo el mismo… negocio. Ganaríamos millones de dólares, y tendríamos oportunidad de ayudar a muchísimas personas. Sería hermoso, ¿no crees?
—Supongo que sí.
—Y, sin embargo, en otras ocasiones, pienso que estoy… desperdiciando mi vida. También se puede ayudar a los demás sin ser espía, siendo una mujer… normal, con cuatro hijos.
—Y un esposo, supongo —sugirió Número Uno.
—Sí… Claro.
—Espero que sepas elegir.
—También he pensado en eso muchas veces, Uno. Yo…
Dejó de hablar, bruscamente. Número Uno miró también hacia la quinta y vio acercarse a tres hombres. No robots: hombres.

—Esos son Heston, Mackenzie y Bolowsky —dijo.

Brigitte asintió con la cabeza. Miró extrañada a los robots, pero estos no comentaron nada. Seguían allí, como clavados en la arena, sin duda llevando su conversación al cuarto de control. Pero no recibieron de ellos ninguna información respecto a la aparición de los tres hombres que se acercaban.

Todo lo que ocurrió fue que cuando los tres llegaron, los robots dieron media vuelta y se alejaron hacia la casa.

—Arriba, enamorados… —Gruñó Heston, que debido a los golpes de Número Uno tenía la nariz como una patata—. Vamos a dar un paseo en lancha.

—Estamos bien aquí —dijo Brigitte.

—En pie… —La pistola de Heston apuntó a la cabeza de ella—. Y ahora mismo.

Se incorporaron los dos, sacudiéndose la arena. Heston señaló hacia el pequeño embarcadero, donde se veía el yate y un par de lanchas velocísimas. Por supuesto, en el embarcadero había uno de los robots, inmóvil en el centro, orientado hacia ellos.

Brigitte y Número Uno caminaron hacia allí, desganadamente. Al cruzar el embarcadero, el robot fue girando, siempre con sus ojos artificiales fijos en ellos.

—Adiós, Margo —dijo Uno.

Bolowsky le dio un empujón, hacia la lancha. Se suponía que un empujón violento, pero apenas alteró la marcha del espía, que volvió la cabeza y lo miró con una fría, burlona ironía.

Primero saltó Mackenzie a la lancha. Luego les ordenaron hacerlo a ellos, y después pasaron Heston y Bolowsky, de modo que en todo momento estuvieron bajo el control de los tres hombres. Eso, sin contar el inescrutable control que ejercía el robot, en el borde del embarcadero.

La lancha fue puesta en marcha por Mackenzie, que la apartó inmediatamente del embarcadero, tomando rumbo Sur.

—¿Adónde vamos? —preguntó ingenuamente Brigitte.

—A un islote… —Sonrió Heston—. Van a tener la gran felicidad de estar los dos solos en una isla.

—¿Van a dejarnos en un islote?

—Exactamente. Un islote que será importante dentro de unas horas, según esperamos. De todos modos, tendrían que ir allá, y los

jefes han decidido que los llevemos ahora, de modo que puedan descansar todos de manejar a los robots. Es muy pesado estar al mando de esos artefactos veinticuatro horas al día. Y no tienen por qué tomarse esa molestia por ustedes.

—¿Nos dejarán allí solos?

—Así es, señorita Montfort. Pero olvide esas ideas: no escaparán.

Y si lo hacen, si intentan escapar a nado, pues… Bueno, eso es cosa de ustedes. Suponiendo, claro está, que consigan desatarse antes de nuestra visita.

—¿Nos dejarán todo el día allí, atados, sin agua, sin comida?

—Esa es la idea. Resulta muy molesto tener que estar pendientes de ustedes. Además, son realmente tan peligrosos que la votación ha sido unánime: al islote. De manera que los dejaremos allí bien amarrados a unas palmeras, y más tarde ya tendrán noticias nuestras.

—Está bien.

—Celebro que apruebe la idea.

—No la apruebo; solo me resigno a ella.

—Da lo mismo. ¿Por qué no se calla? Aprenda de su compañero, el gran Romeo. Es hermético como un muerto.

—Porque usted le resulta antipático —sonrió Brigitte.

También Uno miró sonriente a Heston. Una sonrisa tan llena de burla que el pelirrojo se sonrojó de rabia, y lanzó un puntapié que acertó al espía en la boca del estómago, dejándolo doblado sobre sí mismo, respirando penosamente, poco menos que de bruces sobre la pequeña cubierta de popa de la lancha.

Brigitte no se alteró, al menos en apariencia. Se limitó a mirar a Heston, con una frialdad tal que este notó una desagradable sensación fría en todo el cuerpo. La agente Baby ni siquiera se molestó en ayudar a Uno, que se sentó de nuevo en la cubierta, por sí solo, un poco demudado el rostro, dándose un suave masaje en el estómago.

—Los atacaremos al llegar al islote —dijo Brigitte, impasible, hablando en ruso—. ¿Estás en condiciones, querido?

Número Uno respondió en el mismo idioma:

—Déjame al cerdo ese —dijo tan solo.

Heston casi metió la pistola en la boca de Brigitte, furioso.

—¡Se les ordenó que hablasen en inglés! ¡Si continúan así, no

van a llegar vivos al experimento!

—Solo comentábamos que usted es un cerdo —dijo Brigitte.

Heston volvió a enrojecer intensamente, y pareció dispuesto a golpear a Brigitte, pero Mackenzie soltó un gruñido.

—Déjalos ya tranquilos… —masculló—. Acabarás perdiendo la paciencia, y tendrías que matarlos. No olvides que estamos tratando con dos profesionales muy peligrosos. No les sigas su juego.

—Tienes razón… —barbotó Heston—. Pero esta noche me daré el grandioso gusto de verlo todo… Ya veremos si continúan tan risueños y burlones.

La isla iba quedando atrás. Y se veía, diminuta, a lo lejos, otra extensión de tierra, con las siluetas de unas cuantas palmeras. La velocidad de la lancha era tal que en más de una ocasión rebotó sobre el agua, recorriendo unas cuantas yardas en el aire. El islote se fue agrandando a la vista rápidamente…

Unos cinco minutos más tarde lo estaban bordeando, lentamente, en busca de un punto donde pudieran desembarcar. Parecía que eso no iba a ser fácil, ya que había muchas rocas, formando pequeños acantilados de escasa altura; todo lo más cinco o seis pies. Pero era más que suficiente para dificultar el desembarco.

Finalmente quedó a la vista la playita que Heston y sus amigos estaban buscando.

La lancha fue hacia allí, ya con el motor parado, y solo se detuvo cuando la quilla entró en contacto con la arena del fondo, a un par de yardas de la orilla.

Heston fue el primero en saltar, y se volvió, alzando la pistola.

—Abajo, enamorados. Tú trae las cuerdas, Bolowsky.

Número Uno fue el primero en saltar, y se volvió para ayudar a Brigitte, que se dejó caer dulcemente en sus brazos, pegándose a él. Se dirigieron hacia la orilla abrazados por la cintura, vadeando lentamente en las frías aguas.

Bolowsky saltó detrás, llevando un rollo de cuerdas. Mackenzie fue el último, sujetando el cabo de cuerda de la proa de la lancha, que empezó a desenrollar, fija la vista en una de las próximas palmeras, a la cual, evidentemente, pensaba amarrar la lancha.

—Vamos a llevarlos tierra adentro… —dijo Heston—. Sería muy molesto que alguna embarcación pasara cerca y los viese en la

costa. Los pondremos en palmeras distintas para que… ¡AaaAAUuGGgg!

Recibió el puñetazo de Número Uno de lleno en el estómago. Un puñetazo tremendo, escalofriante, peor todavía que el puntapié que él había propinado antes al espía. Fue un golpe tan brutal que pareció como si el antebrazo de Uno fuese a desaparecer en su estómago, con posibilidades de aparecer por la espalda. Un golpe espantoso, aniquilador, con la fuerza de un émbolo.

Heston saltó hacia la playa, de espaldas, soltando la pistola, que se hundió en el agua.

Mackenzie pareció tan sorprendido por aquella acción que dio la impresión de que no podría reaccionar. Se quedó atónito, con el rollo de cuerda en las manos, buena parte de ella mojándose.

Bolowsky quiso disparar contra Número Uno, precipitadamente… Debió prestar más atención a la agente Baby, en lugar de dedicarla toda al hombre que ellos conocían como Romeo. El resultado de esa falta de atención fue que su mano quedó apartada con un suave manotazo de la izquierda de Brigitte, mientras la derecha golpeaba horizontalmente en su garganta, rígida y dura como acero. Bolowsky tuvo la impresión de que acababa de recibir el golpe de un hacha sin filo; algo estalló en su garganta, en su pecho, en su cabeza. Quedó de pie, con el agua hasta poco más abajo de la cintura, lívido como un cadáver, sin fuerzas ni tan siquiera para respirar.

En definitiva, Mackenzie fue el más listo de todos. Comprendió que, efectivamente, aquella pareja de espías era en verdad peligrosa y, en lugar de intentar el ataque, se apresuró a regresar a la lancha, vadeando a toda prisa, mientras Bolowsky se hundía en el agua lentamente y Heston gemía en la orilla, retorcido en sí mismo, desencajado el rostro.

Número Uno se apresuró a recoger la pistola de Heston, sacándola del agua. Apuntó a la espalda de Mackenzie, y apretó el gatillo…

Pof… Pof… Pof…

Fue un ruido de cosa mojada, de cosa inútil.

Brigitte iba detrás de Mackenzie, lo más de prisa que podía. Lo alcanzó cuando estaba encaramándose a la lancha, lo asió de un pie y tiró de él, hacia el agua… Pero el otro pie de Mackenzie salió

disparado fuertemente, golpeó de lleno a la espía, y la derribó de espaldas, muy cerca de donde Bolowsky parecía estar efectuando débiles intentos subconscientes por mantenerse a flote.

—¡Brigitte! —gritó Uno.

Se acercó a ella, a toda prisa, y la mantuvo erguida sujetándola por las axilas. Sabía muy bien que aquel golpe era algo que podía derrumbar toda la resistencia física de cualquier mujer…

—Uno… Corre… ¡Vete de aquí! —jadeó Baby.

En la orilla, Heston se estaba poniendo en pie, trabajosamente. Bolowsky estaba consiguiendo una recuperación muy conveniente para su supervivencia.

Mackenzie había subido ya a la lancha y estaba buscando algo en un compartimiento del tablero de mandos. Número Uno se dirigió hacia la orilla, ayudando a Brigitte, arrastrándola con un brazo…

Mackenzie apareció en la borda con una metralleta en las manos.

—¡Si no se detienen…! —empezó a gritar.

Número Uno le tiró la inútil pistola, con toda su fuerza. Demasiado tarde, los tres enemigos habían comprendido que aquel coloso no había sido derrotado por sus golpes en ningún momento… Mackenzie lanzó un grito al captar el veloz gesto de Uno, y apretó el gatillo… justo cuando la pistola daba de lleno en su boca, partiéndole los labios y dos o tres dientes, que casi se tragó. La fuerza del impacto fue suficiente para tirarlo de espaldas en la pequeña cubierta, sangrando abundantemente, casi desvanecido.

Mientras tanto, Uno llegó a la orilla, todavía sosteniendo a Brigitte. La soltó cuando vio que Heston estaba lo bastante recuperado para pelear, y que se acercaba a él, tambaleante, rugiendo sordamente, como un cerdo agonizante.

Bolowsky vadeaba torpemente hacia la orilla, todavía lívido el rostro, pero también dispuesto a continuar la pelea. En la lancha, Mackenzie se había puesto en pie, y tenía ambas manos en la boca, intentando retener la fuerte hemorragia producida por el golpe de la pistola en plena boca. Parecía a punto de volver a caer, pero se mantenía en pie, mirando con ojos turbios hacia la orilla…

Heston lanzó un traidor puntapié hacia Número Uno, pero este

se limitó a apartarse ágilmente, cogió el pie, tiró más hacia arriba y Heston cayó de espaldas… Aún estaba en el aire cuando Uno le obligó a girar, quedando hundido de bruces en la arena. Le dobló la pierna, inmovilizando el cuerpo contra la arena, y antes de que Heston pudiera ni siquiera pensar en una contrallave, Número Uno caía con ambas rodillas sobre sus riñones, con todo su peso.

Esta vez, el alarido de Heston fue aún más fuerte, y más largo. Es decir, habría sido más largo si Uno no le hubiese golpeado en el cuello con el canto de la mano, casi matándolo, hundiendo su cabeza en la arena…

Se volvió hacia la orilla justo cuando Bolowsky salía del agua, presto a saltar sobre su espalda. Pero Brigitte, pese al dolor que sentía, tiró un puñado de arena que dio de lleno en los ojos de Bolowsky. Número Uno se adelantó y, con absoluta ferocidad, lo abatió de un puntapié en el bajo vientre.

Miró hacia la lancha y vio a Mackenzie inclinado, tanteando como a ciegas en busca de la metralleta. Comprendió que jamás podría llegar allí antes de que el otro recogiese el arma, y puso a Brigitte en pie de un tirón.

—Corre… ¡Corre, Brigitte!

La cogió por la cintura y echaron a correr hacia la maleza que había como a ocho o diez yardas.

Y aún no habían llegado a ella, cuando tras ellos se oyó el clásico crepitar de una metralleta…

Las balas dieron en un par de palmeras, hicieron saltar pedazos de verdes plantas, los salpicaron de arena… Número Uno saltó hacia la espesura, llevando consigo a Brigitte, que también había efectuado el salto. Cayeron al otro lado de un espeso matorral, que quedó pulverizado por encima de ellos, arrancado a balazos, triturado, desmenuzado.

—Tenemos que alejarnos de Mackenzie… —jadeó Uno—. ¿Podrás correr?

—Si tú puedes, yo… yo también podré…

Uno le dio una palmada cariñosa en la espalda.

—No tenemos tiempo ni para pensarlo. ¡Ahora!

Se pusieron los dos en pie y echaron a correr hacia el centro del islote, seguidos por otra ráfaga que pulverizó maleza en su alrededor… Número Uno no pudo contener un grito, dio un par de

giros sin perder la velocidad que llevaba, y cayó rodando.

—¡Uno! —gritó Brigitte—. ¿Estás…?

El espía se había puesto en pie de un salto, sangrando su brazo izquierdo. Cayó de rodillas cuando otra ráfaga pasó por encima de ellos, y tiró de una mano de Brigitte, obligándola también a arrodillarse.

—No ha sido nada. Solo en el brazo… Ese tipo ya no sabe ni siquiera hacia dónde tiene que disparar. Calmémonos. Ya no es necesario correr: solo permanecer bien escondidos. No te muevas…

Alzó la cabeza, lentamente, por entre unas matas. Vio perfectamente a Mackenzie, mirando ansiosamente hacia la maleza, lista la metralleta para disparar.

—Está desorientado… —Se encogió Uno tras las plantas—. Y, desde luego, no se atreve a venir él solo a buscarnos. Me parece que les hemos dado un buen susto.

—Eres un tramposo… —Sonrió Brigitte—. Estabas incluso más fuerte que yo.

—Solo he sacado fuerzas de flaqueza… —Sonrió Uno—. ¿Crees que ese golpe puede debilitarte?

—No… He recibido otros peores. Pero de momento…

—Ssst… Voy a ver qué hace nuestro amigo Mackenzie…

* * *

Mackenzie saltó al agua, sin dejar de mirar hacia la orilla y siempre lista la metralleta para entrar en fuego.

Llegó a la orilla cuando Heston comenzaba a incorporarse, ayudado por Bolowsky, que apenas podía ver, y se tambaleaba como si sus piernas fuesen de mantequilla.

—Han ido tierra adentro… —masculló Mackenzie—. ¡Como encuentre a ese tipo lo voy a…! ¡Ya es la segunda vez que nos derrota como si no estuviera haciendo nada!

Bolowsky llevó a Heston a la orilla, y lo tiró de bruces en el agua, ayudándole luego a incorporarse. Quedaron los dos de rodillas, jadeantes, lívidos, notando el frío del agua deslizándose por sus rostros y cuellos, hacia el pecho.

—¿Qué hacemos? —dijo Mackenzie—. ¿Los dejamos aquí hasta que tengamos que volver? De todos modos, no podrán escapar…

Heston se puso pesadamente en pie, turbia la mirada.

—Me las van a pagar… ¡Esos dos me las van a pagar! ¡Los vamos a cazar como a conejos en esta pequeña isla! Bolowsky, vamos a la lancha a buscar dos metralletas más.

—Traedme a mí algunos cargadores —pidió Mackenzie.

Bolowsky y Heston fueron a la lancha, cogieron dos metralletas y cargaron con una docena de cargadores para las armas. Regresaron a tierra, donde Mackenzie, con ojos desorbitados, miraba poco menos que aterrado hacia la maleza.

—Pueden salir de cualquier lado…

—Son solo personas —gruñó Heston—. Vamos a acribillarlos en cuanto se dejen ver. No nos separemos… Formaremos un abanico, de modo que iremos batiendo toda la isla. Tendrán que retroceder, hasta llegar a los acantilados de la parte norte. Allá los cazaremos.

—No olvides que los quieren vivos, para el experimento…

—¡Que hagan el experimento con ratas! —aulló Heston—. ¡De mí no se burla nadie como lo han hecho esos dos espías! ¡Vamos a cazarlos!

Se colocaron de modo que formaban un pequeño arco, pero suficiente para que ningún detalle se les pasase por alto mientras iban adelantando. Y si algo les parecía sospechoso, no vacilaban en soltar una ráfaga… Así, arrancaron corteza de palmera, destrozaron plantas, agujerearon el suelo…

Estaban ya cerca de la parte norte de la isla y todavía no habían visto ni rastro de los dos espías.

—Yo… yo creo que sería mejor dejarlos aquí, simplemente —sugirió temblorosamente Bolowsky.

—¡No! Tienen que estar en la isla, cerca de nosotros… Entre nosotros y el mar. De modo que tienen que aparecer muy pronto. No descuidaros. Recordad que son muy pelig… ¡Ahí están!

Los vieron aparecer corriendo, los dos juntos, trepando por las rocas a una velocidad asombrosa y con una seguridad no menos asombrosa.

Heston fue el primero en disparar su metralleta, rabiosamente. Pero apenas se adelantó un segundo a Mackenzie y Bolowsky, de modo que las tres ráfagas partieron casi simultáneamente hacia los dos espías. Se oyeron claramente los rebotes de las balas en las rocas, los gritos de Baby y Número Uno… Los vieron claramente

alzarse en el aire y caer al otro lado de las rocas.

—¡Vamos! —gritó Heston—. ¡Ellos están desarmados!

Corrieron hacia las rocas, vigilantes, sin confiarse en ningún momento. Vieron algunas manchas de sangre… Y, por fin, quedaron en el borde del pequeño acantilado. Abajo, el mar formaba gruesas manchas de blanca espuma al estrellarse contra las rocas. Se veía negro, oscuro, profundo.

—Han caído al mar…

—Bajemos. No me fío de esa gente. Quizás estén nadando bajo el agua o algo así… Quédate aquí arriba, Mackenzie. Y si los ves salir a la superficie acribíllalos.

—Está bien.

Heston y Bolowsky bajaron por las rocas, siempre atentos a todo. El mar rezumaba en blanca y fresca espuma, que alcanzó ligeramente a los dos hombres. No había allí ni un solo lugar donde una persona pudiera esconderse. No, al menos, en tierra firme. En el agua había pequeñas rocas que sobresalían apenas, todo salpicado de ellas. Pero, desde arriba, Mackenzie vería cualquier movimiento en ellas…

—¿Ves algo? —gritó Heston.

—No.

—Está bien. Volvamos a la lancha. Daremos una vuelta por estos lugares para asegurarnos. Aunque estoy convencido de que los acribillamos y ahora están en esa fosa profunda, no me fío de ellos. La verdad es que no me gusta esta caza.

—¿Qué caza?

—La caza del espía. Vamos a la lancha.

Capítulo XIII

—¡Os dije que los quería vivos! —gritó Chandler irritado—. ¡No os necesito a vosotros para matar a alguien, Heston!

—Bueno… Ellos nos atacaron… Eran muy peligrosos, señor Chandler. No tuvimos más remedio que dispararles.

—¿Cómo ocurrió?

—Le quitaron la pistola a Bolowsky y se fueron isla adentro. No podíamos dejarlos sueltos y armados —mintió Heston—, de modo que los seguimos… y tuvimos que defendernos. Cayeron al mar…, y ya no salieron.

—¿Cayeron al mar? —Ladeó la cabeza Margo.

—Así es. Acribillados.

—¿Y estáis seguros de que no salieron?

—Segurísimos —sonrió Mackenzie—. Estuvimos vigilando allí Heston y yo, mientras Bolowsky iba a por la lancha. Volvió con ella, se dio unas vueltas por allí… Estuvimos más de un cuarto de hora vigilando aquellas aguas. Y no salieron.

—Bien… No ganaremos nada lamentándonos de eso —masculló Percy Fowler—. Pero, desde luego, no valía la pena molestarnos tanto con ellos para no tener ahora material con que ofrecer la demostración a nuestros visitantes.

—Eran demasiado peligrosos…

—¡Precisamente por eso! —Se irritó de nuevo Chandler—. Esa era la cuestión: demostrar a nuestros visitantes que nuestros robots no tienen enemigos peligrosos. Estoy seguro de que las personas que vendrán conocían a la señorita Montfort y al maldito Romeo, o como se llamase… Verlos vencidos por los robots los hubiera convencido de… Está bien, Percy tiene razón: no vamos a ganar nada lamentándonos ahora.

—Quizá tendríamos tiempo de conseguir algunas personas para el experimento —sonrió torcidamente Heston—. ¿Cuándo van a

venir?

—Esta tarde, a las cinco. No hace ni diez minutos que hemos recibido la seguridad de su visita.

—¿Qué hacemos entonces?

—Lo pensaré —musitó Chandler—. Salid a dar una vuelta por la isla. No quiero sorpresas por parte de nadie.

—De acuerdo.

Bolowsky, Heston y Mackenzie salieron del pequeño cuarto de control donde habían estado reunidos con Margo Stevens, Aaron Chandler y Percy Fowler. Este miró con cierta ironía a Margo.

—Supongo que no te ha alegrado demasiado la muerte de tu Romeo.

—No era «mi» Romeo —replicó secamente Margo.

—Cierto. Era el Romeo de la señorita Montfort. Yo no entiendo muy bien a estos espías. Al parecer se amaban, y, en cambio, se trataban como si tal cosa, y, además, por lo que hemos entendido, cada uno iba por su lado, vivía su vida… ¿Lo entendéis?

—No es momento de perder el tiempo en tonterías —recordó Aaron Chandler—. Nuestros visitantes llegarán a las cinco de la tarde al islote… ¿Qué vamos a ofrecerles como presas para los robots?

—Podríamos echarles a Adams a los robots —sugirió Margo, riendo cruelmente.

—Supongo que bromeas —refunfuñó Chandler—. Los hombres que van a venir son todos espías experimentados. Querrán ver algo fuera de lo corriente. El representante de la CIA ya lo vio en Nueva York, pero los otros aún no saben nada. No podemos enviar media docena de robots contra un pobre viejo que además está chiflado. Se reirían de nosotros.

—Podemos decirles que se vuelvan a sus respectivos países, y que allí, a su debido tiempo, tendrán la demostración, uno a uno.

—¿Y para eso tanta molestia por parte de ellos y nuestra? No. No, no… Se trata de impresionarlos a todos a la vez, de evitarnos nosotros molestias y gastos… Una sola demostración masiva, y los dejaremos convencidos. Les proporcionaremos la clave para comunicarse con nosotros… y ya tendremos unos clientes seguros.

—Pues habrá que pensar algo bueno… Y pronto.

—De acuerdo: pensemos. Son las once de la mañana… Tenemos

casi seis horas para encontrar una solución.

* * *

A las cuatro de la tarde, Margo Stevens se acercó a la playa, donde Heston y Bolowsky estaban juntos, fumando. Detrás de ella llegaban los siete robots, seis de ellos idénticos, lo más parecidos posible a personas normales, vestidos correctamente, sin un solo detalle llamativo… El último era Alejandro, el que Baby Montfort había conocido en la fiesta del millonario Albert Rockingham.

—¿Dónde está Mackenzie? —preguntó Margo.

—Por ahí. ¿Ocurre algo?

—Hay que llevar los robots al islote. Utilizad una de las lanchas. Ve a buscar a Mackenzie, Bolowsky. Mientras tanto, Heston acomodará a los robots en la lancha, si es preciso.

—Está bien.

Bolowsky se alejó, recorriendo la costa. Heston y Margo fueron hacia el embarcadero, al cual se dirigían también los silenciosos robots. En las tablas, sus pisadas resonaron fuertemente. Llevaban sombrero, y, vistos a unos pocos pasos, podían pasar muy bien por personas, quizás un tanto pesadas al caminar, pero en absoluto extrañas.

Los siete entraron en la lancha, y Alejandro se colocó enseguida ante los mandos.

—¿Va a tripular él la lancha? —preguntó Heston.

—Así es.

—Bueno… Espero que sepa hacerlo.

—Sabrá.

Heston encogió los hombros y tiró su cigarrillo al agua. Vio a Mackenzie regresando con Bolowsky, y los señaló; Margo miró hacia allí y aprobó con un gesto de cabeza. Los dos se reunieron pronto en el embarcadero.

Margo los miró con el ceño fruncido.

—Espero que esto os salga bien. Solo se trata de desembarcar a los robots en el islote y regresáis aquí con la lancha. ¿Os parece que es difícil?

Había no poca ironía en su voz, pero los tres canallas no estaban dispuestos a discutir con ella, de modo que saltaron a la lancha y se

sentaron entre los robots. Mackenzie y Bolowsky miraron con el ceño fruncido a Alejandro, pero el robot más feo de todos puso la lancha en marcha sin ninguna dificultad. Y aún tuvo menos dificultades para guiarla hasta el islote, al cual llegaron siete u ocho minutos más tarde.

Alejandro se volvió entonces hacia los tres hombres.

—Desembarcad y ayudad a los demás. Que no caiga ninguno al agua, Heston.

Era la voz de Aaron Chandler, y Heston tuvo que limitarse a asentir con la cabeza. Saltaron los tres a la playita y estuvieron al tanto mientras los robots hacían lo mismo. Ninguno de ellos precisó ayuda de ninguna clase. De no haber sido por cierta pesadez en sus movimientos, habrían parecido personas auténticas, seres humanos. Llegaron a la orilla muy lentamente, hundiéndose mucho sus pies en la prieta arena mojada.

Heston miró hacia la lancha, haciéndole señas a Alejandro.

—¡Hey! —llamó—. ¡Ahora tú, Alejandro!

Pero Alejandro no desembarcó. La lancha se movió lentamente de proa, hacia la derecha, hasta que la popa quedó orientada hacia la orilla del mar, hacia el centro del islote. Entonces se oyó más fuerte el zumbido del motor, y el vehículo anfibio salió como disparado, alejándose velocísimamente del islote.

Heston, Mackenzie y Bolowsky quedaron asombrados, mirándose.

—Debe de haber un fallo en ese robot… —jadeó Bolowsky. Uno de los maniquíes se colocó delante de él.

—No hay ningún fallo, Bolowsky. Esta ha sido nuestra decisión.

—¿Qué…? ¿Qué decisión? —gritó Heston.

Otro de los robots alzó su brazo izquierdo, y un fino y brevísimo chorro de gas brotó de la mano, dando de lleno en el rostro de Heston, que retrocedió, desorbitados los ojos. Los demás robots alzaron también sus brazos, y Bolowsky y Mackenzie recibieron los cinco chorros de gas. En menos de cinco segundos los tres hombres yacían en el arenoso suelo, desvanecidos.

Uno de los robots se inclinó y registró a los tres, quitándoles las pistolas. Con ellas en una mano se alejó hacia el interior de la isla. Tres de sus compañeros recogieron a Bolowsky, Mackenzie y Heston y se los cargaron con toda facilidad en un hombro. Entonces los

cinco se fueron en pos del primero.

Este llegó a un pequeño claro salpicado de diminutos trozos de hojas verdes, arrancados por los balazos disparados por la mañana contra Brigitte Montfort y Número Uno. Se detuvo, quedando en pie, inmóvil. Heston y sus compañeros fueron descargados por el simple procedimiento de dejarlos caer. Quedaron en el centro de un círculo de seis robots inmóviles, estremecedoramente fieles a los mandos.

Solo tenían que esperar.

La demostración se podría llevar a cabo, porque disponían de tres ratas para el experimento.

Capítulo XIV

El primero en presentarse fue el enviado cubano. Llegó en una lancha rápida, deportiva. En la popa se veía la sólida caña de pescar, emplazada en su soporte, pero, evidentemente, no era la pesca lo que lo llevaba a aquellas aguas. Encontró la playita, condujo hacia allí la embarcación y paró los motores, dejando que se deslizase mansamente hasta quedar varada en la arena.

Y todavía no había tenido tiempo de saltar a la playa cuando aparecieron tres lanchas más, de las mismas características, acercándose desde diferentes puntos de mar adentro. Procedentes del oeste, es decir, de donde se suponía que estaba la costa del continente, aparecieron dos lanchas más y tres yates, convergiendo todos hacia el islote. Por encima de todas estas embarcaciones, tres helicópteros, que evolucionaron un par de veces sobre la isla antes de posarse en tierra firme. No se podía pedir más puntualidad. A las cinco y apenas cinco minutos doce hombres ocupaban la isla, muy cerca unos de otros, mirándose recelosamente, con inevitable desconfianza.

Pero más que mirarse entre ellos se dedicaron a mirar a los extraños seres que se acercaban desde el interior del pequeño islote… Nadie se sorprendió demasiado, puesto que sabían muy bien cuál era el motivo de tan insólita reunión: contratar servicios de asesinos invencibles, infalibles.

Y, aparentemente, por el momento, aquellos seres parecían difíciles de vencer.

Por instinto, los doce humanos recién llegados al islote se reunieron en la pequeña playa cuando dos de los robots se acercaron. Fue un agrupamiento total, inconsciente. Todos se quedaron mirando con curiosidad y cierta desconfianza a los dos maniquíes, en silencio.

Uno de estos dijo de pronto:

—Bien venidos, señores. Observo con satisfacción que están presentes todos cuantos aceptaron la entrevista. Espero poder demostrarles pronto la eficacia de nuestro trabajo. Por favor, síganme.

—Un momento —pidió el enviado británico—. ¿Debemos entender que no hay ningún ser humano en la isla?

—Están ustedes. Y tres más, que servirán como… conejillos de indias.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó el ruso.

—Vamos a matarlos delante de ustedes, concediéndoles todas las oportunidades que quieran. Aunque, realmente, no tienen ninguna oportunidad de sobrevivir. Pero, señores, eso es precisa y exactamente lo que ustedes quieren ver, ¿no es así?

—Así es. ¿Quiénes son esos tres hombres?

—Gente… inepta. No se preocupen por ellos. Vengan, por favor.

El maniquí dio la vuelta y los doce hombres fueron tras él, llevando a su zaga al otro robot; con lo cual, todas las cabezas se volvieron, contemplándolo con cierta intranquilidad.

Pero llegaron sin contratiempos adonde los otros cuatro robots vigilaban a Heston, Mackenzie y Bolowsky, que se habían recobrado ya y estaban palidísimos, muy asustados.

—Estas son sus armas —mostró el robot que las tenía, llamando la atención hacia él—. Se las vamos a devolver, para que intenten defenderse. En cuanto a ustedes, a fin de evitar el peligro de una bala perdida, será mejor que busquen una protección mientras dura la… la función.

—Un momento, un momento… —pidió de nuevo el británico—. Quiero examinar esas armas.

—Están en perfectas condiciones para matar, se lo aseguro. Sin embargo, puede hacerlo.

El inglés se acercó, tomó las tres pistolas de manos del robot, sacó los cargadores y extrajo una bala de cada uno. Las sopesó, miró al robot, y asintió con la cabeza.

—Parece que están bien.

—Ustedes tienen derecho a resolver cualquier duda —dijo el robot—. De tal modo que están autorizados para intentar lo que quieran. No quisiera que se marcharan de aquí creyendo haber sido engañados.

—Yo quiero probar algo —dijo el de la CIA—. A menos que les moleste que dispare.

—Estamos lejos de todo punto habitado —replicó el robot—. En cuanto a sus disparos, tenga en cuenta que los robots son muy peligrosos. Piénselo bien.

—Está pensado —el agente norteamericano sacó su automática—. ¿Puedo disparar ya?

—A su gusto.

El de la CIA apuntó al pecho del robot y apretó el gatillo. El rebote de la bala se oyó claramente por encima de las cabezas de todos. El segundo disparo fue hecho contra un hombro del robot, buscando el punto débil que debía significar la unión del brazo al cuerpo… De nuevo se oyó el rebote. El tercer disparo fue hecho, astutamente, contra uno de los ojos del robot… Y de nuevo se oyó el agudo rebote de la bala, brevísimo, pues se hundió en el suelo, justo entre los pies del hombre de la CIA.

—Si no está satisfecho, puede seguir disparando —dijo el maniquí—. Ciertamente, teníamos como puntos débiles los ojos, pero cierto acontecimiento nos hizo comprender la conveniencia de colocar ante ellos cristal adecuado, resistente a cualquier proyectil normal. ¿Alguien más quiere hacer una prueba? Lo que sea, señores. Estamos a su disposición.

Nadie dijo nada.

—Muy bien —aceptó amablemente el robot—. Ahora será mejor que busquen protección, por si estos tres hombres intentaran herirlos o disparasen mal. De todos modos, dos de nosotros quedaremos ante ustedes, como protección.

Los doce hombres se colocaron entre los matorrales, detrás de las palmeras. Dos de los maniquíes caminaron hasta allí, y se colocaron de espaldas a ellos, cara a Heston, Mackenzie y Bolowsky, que estaban mudos de terror.

Cuando el robot tiró sus armas junto a ellos, retrocedieron, lívidos como muertos. Sus desorbitados ojos se clavaron en los del robot.

—¡No! —gritó Bolowsky—. ¡No pueden hacer eso con nosotros, señor Chan…!

El brazo derecho del robot se movió rápidamente. Brotó un fogonazo de su mano, y Bolowsky fue echado hacia atrás por el

balazo que recibió de lleno en la frente. Quedó retorcido, con una pierna bajo el cuerpo, crispado el rostro…

—¡Malditos! —aulló Heston—. ¡Malditos sean, puercos de…!

Cogió una de las pistolas y empezó a disparar frenéticamente contra el robot, loco de rabia, temblando violentamente. Mackenzie cogió su pistola y echó a correr, alejándose de allí…

Heston estuvo disparando hasta que agotó la carga, a pesar de que dos de las balas habían rebotado con mala fortuna para él. Una se clavó en su pierna derecha y la otra rozó un costado, desgarrando la ropa y la carne… Agotadas las balas, tiró la pistola contra la cara del robot, que había estado caminando hacia él. La pistola también rebotó, y el robot, deteniéndose delante de Heston, le lanzó un terrible golpe con el brazo izquierdo, acertándole en el pecho y derribándolo rodando a más de seis yardas de distancia.

Pero Heston parecía haberse vuelto realmente loco, y se puso en pie, aullando. El robot continuaba caminando hacia él, implacable e impávido. Heston miró a todos lados, como un animal acorralado. Vio la gran piedra que había en el suelo y la alzó con la fuerza de la furia. Esperó a pie firme al robot y le golpeó en la cabeza con la enorme piedra, que escapó de sus manos debido a la violencia del choque… Y el robot, inalterable, invencible, volvió a derribarlo de un manotazo.

Otra vez se puso en pie Heston, semiaturdido, tambaleante. Se veían las manchas de sangre en su pierna y en el costado. Sus ojos parecían a punto de saltar de las órbitas cuando de nuevo el robot llegó ante él…

Pasó rápidamente a su espalda e intentó derribarlo pasándole un brazo por el cuello. Si conseguía derribarlo, tendría la mitad de la desigual pelea ganada. Pero brotó la llamarada azul, y Heston fue despedido de nuevo a varias yardas de distancia por la descarga eléctrica.

Estaba poniéndose en pie cuando la mano derecha del robot se alzó, y dos fogonazos brotaron silenciosamente de ella.

Heston lanzó un alarido que debió de oírse en todo el islote. Sus manos se crisparon en el pecho, abrió todavía más los ojos… y se derrumbó de bruces.

El robot fue hacia él, lo cogió por un pie y lo arrastró, dejándolo junto al cadáver de Bolowsky. Se volvió hacia la docena de

visitantes y mostró los dedos índice y pulgar de la mano derecha.

—Dos —aclaró innecesariamente—. Ahora, si quieren seguirme, comprobarán cuán fácilmente se caza a un fugitivo.

Los doce hombres se pusieron en pie. La mayoría de ellos estaban un poco pálidos. En silencio, casi tan autómatas como los robots, fueron tras estos, sin perder de vista al que había emprendido toda la acción de exterminio contra tres ratas.

Lo vieron detenerse, alzar el brazo izquierdo… Una larga llama brotó de la mano, directa hacia unos matorrales, que quedaron inmediatamente negros, consumidos. El robot pasó por encima, inalterable, lanzando una nueva llamarada hacia otro espeso grupo de matas, que también quedaron negras, horribles…

Mackenzie salió corriendo del tercer grupo de matorrales antes de que el robot tuviera tiempo de lanzar allí su chorro de llamas. Corrió desesperadamente hacia la parte norte de la isla, comenzó a trepar por las rocas… El robot apagó el lanzallamas, pero el brazo izquierdo permaneció horizontal. Se oyó un levísimo estampido sordo en su mano, y al instante parte de las rocas que estaba escalando Mackenzie saltaron en pedazos. Mackenzie continuó escalando a toda prisa, pero el robot no le dio tiempo. La pequeña cápsula de explosivo concentrado brotó de su mano en seguimiento de la primera…, solo que mejor dirigida esta vez.

Todos vieron a Mackenzie saltar por el aire, como un objeto quebrado, rodeado de trozos de roca triturada. Describió un arco en el aire y cayó al pie del grupo de rocas, formando una imagen trágica, patética. Entonces el silencio pareció caer sobre el islote como algo palpable y pesado.

El robot se volvió hacia los doce hombres. Estuvo unos segundos silencioso, viéndolos a todos a la vez con sus impersonales ojos que enviaban la imagen lejos de allí.

—¿Y bien? —preguntó de pronto—. ¿Desean alguna prueba más, caballeros?

Las cabezas se movieron negativamente. Uno de los invitados, hablando en inglés con acento suramericano, preguntó:

—¿Qué hace falta para vencerlos a ustedes?

—No lo sabemos. —Se oyó la risa del robot—. Es de suponer que eso puede conseguirse con un bazooka, quizás. O con una granada de mano, posiblemente, aunque con esta arma lo dudo mucho. Solo

conseguirían derribarme.

—¿Y con el bazooka se le puede destruir?

—Sí… Pero hay poca gente que vaya por el mundo con un bazooka en el bolsillo.

La broma fue acogida con tibias sonrisas bastante forzadas.

—¿A partir de cuándo se pueden contratar sus servicios? —preguntó otro.

—A partir de este momento. Todos ustedes conocen el sistema para comunicarse con nosotros, y conocen también el precio por cada… «operación». Por nuestra parte, estamos listos ahora mismo. ¿Alguno de ustedes tiene un encargo que hacer, quizás?

Hubo un cambio de miradas llenas de desconfianza, furtivas, entre los doce invitados a la «fiesta».

—Entiendo —dijo el robot amablemente—. Ninguno de ustedes quiere que los demás sepan nada. De acuerdo. Si alguno desea algo, puede ponerse en contacto con nosotros por el medio que ya saben. ¿Hay alguna pregunta más?

—Sí —se adelantó un negro—. ¿Quiénes son ustedes y dónde están?

—Ya se les advirtió que esa respuesta jamás sería proporcionada. Ustedes solamente tienen derecho a señalar la víctima o víctimas y la obligación de pagar quinientos mil dólares por servicio. Lo demás lo hacemos nosotros. ¿Algo más?

—*Mais oui* —se adelantó el francés—. ¿Cómo podremos estar seguros de que cualquier día no seremos nosotros…, cualquiera de nosotros, los que recibiremos la visita de uno de ustedes?

El robot tardó unos segundos en contestar:

—¿Y por qué han de estar seguros de eso?

—*Comment…?* —musitó el francés.

—Quiero decir que el robot de turno matará a quien se le haya ordenado, simplemente. Sin distinciones de ninguna clase. Nosotros somos efectivos ciento por ciento, señores.

Los doce hombres se agitaron nerviosos, desasosegados. Parecía que nadie tenía nada más que preguntar, ni nada que opinar. El robot estuvo esperando casi medio minuto.

Por fin, dijo:

—Ahora voy a rogarles que permanezcan en el islote durante una hora, señores. Esto es, hasta la noche. Entonces podrán regresar

cada uno a su lugar de procedencia. Quiero hacerles observar la conveniencia de no seguirnos. Esperarán a la noche y cada cual se volverá a su país o residencia. Esto es todo. Gracias por su visita, y… a su disposición, ya lo saben.

Los robots echaron a andar hacia la playita, en la parte sur del islote. Los doce hombres se apartaron instintivamente, dejándoles paso libre. Luego, lentamente, se fueron tras ellos, meditabundos. Pronto vieron la lancha que se acercaba… Y no se asombraron ya cuando vieron en los mandos, poco después, a un robot mucho más robot que los otros, más feo, más cuadrado. Permanecieron todos en silencio mientras los seis maniquíes abordaban la lancha recién llegada. En menos de un minuto todos estuvieron a bordo, y la lancha, siempre el feo robot a los mandos, se alejó del islote.

—Verdaderamente insólito todo esto, ¿no cree?

El americano miró al británico, que le ofrecía un cigarrillo. Lo aceptó, y mientras lo encendía el paquete daba la vuelta por todo el grupo de espías, saboteadores y revolucionarios.

—Insólito, sí —aceptó el de la CIA—. Y muy peligroso.

—Yo también opino así —se apresuró a decir el francés.

—Todo es peligroso —dijo el ruso—. Y los robots no lo serán más que cualquier otra cosa. Hasta es posible que eviten pequeños conflictos internacionales.

—Sí… —Sonrió uno de los suramericanos—. El que muera a manos de un robot sabrá que ha sido señalado como víctima, pero nunca podrá saber quién contrató al robot. Eso significa que podrá morir mucha gente sin que nadie se atreva a acusar a nadie. Sería diferente si el asesino fuese chino, o negro, o pelirrojo… Se podría acusar, respectivamente, a los chinos, a los negros o a los irlandeses, por ejemplo. Pero si el asesino es un robot, su contratante puede ser cualquiera. Es un gran alivio esto de no forzar la tensión política, ¿verdad?

El suramericano, evidentemente, tenía un especial sentido del humor, pero los demás no lo compartían. El ruso señaló al americano con el cigarrillo.

—¿Qué opina usted, en definitiva? —preguntó.

—No sé. Quizá la agente Baby tuviera razón.

—¿Interviene ella en esto? —Frunció el ceño el ruso.

Los demás miraban expectantes al de la CIA, que se dio perfecta

cuenta del interés que el nombre de Baby había despertado. Y no pudo resistir darse el gustazo de permanecer inexpresivo, sin contestar a la directa pregunta del soviético.

—Bien… —Gruñó este—. Parece que tendremos que esperar a la noche para marcharnos de aquí. Por mi parte, no tengo inconveniente, pero me pregunto si nos quedamos todos juntos o cada uno regresa ya a su vehículo.

El de la CIA le dirigió una rápida mirada.

—Creo que necesito reflexionar —musitó.

Fue el primero en separarse del grupo, hacia su helicóptero. Los demás se fueron disgregando lentamente, regresando cada uno a su lugar. Fueron abordadas las lanchas, los yates y los tres helicópteros. Realmente, la situación de los doce era en verdad incómoda. Una reunión internacional de espías, para enterarse de que todos podrían disponer de asesinos impersonales, no era precisamente un asunto tranquilizador.

* * *

Uno de los suramericanos tuvo muy mala suerte, en verdad. Sin duda, por ser el que más separada tenía su lancha del resto de las embarcaciones. Llegó a ella vadeando, se aferró a la borda, se encogió un poco y saltó con fuerte impulso para caer en la cubierta. Por fortuna llevaba ropas secas en la cabina y podría…

Se sobresaltó fuertemente al ver junto a él, también tendido en la cubierta, al hombre vestido completamente de negro, que parecía esperarle con los brazos abiertos. Abrió la boca para dar un grito de aviso, pero, efectivamente, aquellos fuertes brazos le estaban esperando.

No le dieron tiempo a nada. Mientras la mano izquierda del desconocido tapaba su boca, el brazo derecho pasaba por su cuello rudamente, en una presa indestructible, que estuvo a punto de romperle el cuello. El suramericano quedó tendido encima de su agresor, cara al cielo, debatiéndose en vano entre aquellos brazos que parecían de acero…

La noche llegó para él antes que para nadie. Todo se fue oscureciendo rápidamente, notó los zumbidos en los oídos, los giros que su cabeza parecía describir en aquel mundo de oscuridad… De

pronto vio por encima de él el más hermoso rostro de mujer jamás soñado. Soñado… Sí. Todo aquello debía de ser un sueño. No existía una mujer tan bella, con tan hermosos ojos azules. Seguramente, cuando despertase, vería…

Llegó la noche completa.

No supo ya que aquella hermosa mujer existía realmente, y que una de sus manitas tomó su muñeca derecha, palpando el pulso.

—No aprietes ya más, Uno; está muerto.

Número Uno se quitó de encima el cadáver del suramericano, tirándolo hacia un lado de la pequeña cubierta de popa. Se arrastró hasta él y comenzó a registrarlo rápida y expertamente. Tardó muy pocos segundos en encontrar lo que buscaba.

Alzó una mano, mostrando las llaves.

—Aquí están las llaves del contacto. Estos tipos son muy desconfiados.

—A lo mejor temía que le robasen la lancha —sonrió Baby—. ¿Crees que los helicópteros nos alcanzarán antes de llegar?

—No. Tenemos los segundos de la sorpresa, la velocidad de esta lancha… Hay que intentarlo. Toma, quédate tú con la pistola de este individuo.

—¿Llevas tú la lancha?

—Sí, desde luego. Vamos a darles una sorpresa a esos muchachos.

—Y a nuestros amigos de la otra isla —sonrió ahora gélidamente la espía—. Adelante, querido: vamos a cazar robots.

Capítulo XV

El ruso fue el primero en ver la veloz salida de la lancha, desde su helicóptero. Se quedó mirándola con el ceño fruncido unos segundos, y de pronto palideció. Saltó del aparato, al mismo tiempo que lo hacía el británico del suyo, y ambos corrieron hacia la playa, seguidos del hombre de la CIA. Los demás estaban ya mirando la lancha, que se alejaba a toda velocidad.

—¡Eh! —gritó el ruso—. ¿Adónde va ese? ¡Todavía no es de noche!

—Cada uno puede hacer lo que quiera —dijo el americano.

—¿Sí? —El ruso lo miró torvamente—. Bueno, entonces dejaremos que él sea el único que siga a los robots, y así será también el único que sabrá el lugar donde está su base… Y, posteriormente, el modo de apoderarse de todos.

—*Mon Dieu!* —exclamó el francés, en su yate—. ¡No podemos permitir eso!

El de la CIA fue el primero en regresar corriendo a su helicóptero, seguido del furiosísimo ruso y el flemático británico. En menos de quince segundos todos los aparatos estaban en marcha. Los más disgustados eran los de los yates, que no habían contado con semejante eventualidad en que tan importante fuese una marcha veloz…

* * *

Brigitte sonrió, mirando hacia el cielo.

—Ahí vienen, querido. Esperemos que los de los helicópteros no lleven bombas.

—No las arrojarían. Simplemente, harán lo que hagamos nosotros. Es decir, que vamos todos directos a la isla de los robots.

¿Qué crees que pasará allí, con tanta gente?

—No lo imagino. Pero tengo el presentimiento de que no va a ser divertido. A los robots no les gustará la visita.

* * *

El robot que estaba en el embarcadero envió la imagen a uno de los receptores del cuarto de control, donde Margo Stevens, Percy Fowler y Aaron Chandler estaban comentando todavía la entrevista sostenida con sus invitados por medio de los robots.

—Se acerca una lancha —advirtió Margo.

Los dos hombres se volvieron rápidamente hacia la pantalla, fruncido el ceño.

—Parece que uno de ellos ha decidido seguir el rumbo de nuestra lancha…

—Podemos esconder los robots y la lancha y decir que no sabemos nada de ese asunto, y que…

—Ya no hay tiempo. Esa lancha está llegando a la isla. Veo al hombre que la dirige, y… Pero… No puede ser… ¡No puede ser!

Margo señaló con un dedo al hombre en la pantalla, que tenía junto a él, abrazándose a su cintura, a la mujer.

—Pues son ellos —rio—. Romeo y Julieta. Parece que Heston y los otros eran aún más ineptos de lo que pensábamos, querido mío.

—¡Pero están muertos!

—Oh, vamos, Percy, no seas cretino, amor… Está bien claro que engañaron a Heston y los otros. Deben de ser formidables nadadores, se las arreglaron para alejarse y escapar a su vigilancia… Han estado en la isla, han robado una lancha… y vienen a por nosotros. Bien está creer en robots, pero no en resucitados.

—Vienen más lanchas… ¡Y los tres helicópteros! ¡Van a llegar a la isla todos a la vez!

—Entonces habrá que prepararles un recibimiento… digno de lo que son: gente de pelea. ¡Envía a todos los robots contra ellos! Si permitimos que nos conozcan, que sepan dónde tenemos la base, todo estará perdido.

—Podríamos hacer un trato que…

—¿Un trato con la CIA? ¿Con la MVD rusa? ¿Con el servicio de

contraespionaje británico? ¿Con…?

—¡Está bien, ellos lo han querido! ¡Morirán todos!

* * *

Brigitte señaló hacia el embarcadero.

—Ahí tenemos a uno de ellos. Los demás no tardarán en aparecer… ¡Ya llegan a toda prisa, tan simpáticos! Y Alejandro, mi querido robot Alejandro, va con ellos… Están todos. Todo el pequeño ejército de robots.

—Estamos ya muy cerca, Brigitte… ¿Lista para saltar?

—Cuando tú digas, querido.

—Pues ahora mismo…

Número Uno dejó fijo el volante de la lancha, que se dirigía en línea recta hacia el embarcadero, del cual estaban ya a menos de setenta yardas. Se colocaron ambos en la popa, se miraron sonrientes, y Uno señaló hacia el agua adornada de blanca espuma que la lancha iba dejando atrás.

—Hasta luego, Baby.

—Hasta siempre, amor mío.

Saltaron los dos a la vez, hacia arriba, e inmediatamente se encogieron, quedando convertidos en una bola, escondiendo la cabeza entre las piernas y sujetando estas con los brazos… Cayeron al agua como objetos redondos, hundiéndose y desplazándose violentamente, envueltos en burbujas, girando hasta que la fuerza del desplazamiento cesó. Cuando los dos salieron a la superficie se hallaban a menos de treinta yardas del embarcadero, justo en el momento en que la lancha chocaba fuertemente contra el yate propiedad de los ocupantes de la isla. Se sumergieron tan rápidamente para eludir la explosión inevitable, que ambos tragaron agua en abundancia… Y cuando volvieron a salir, el yate y la lancha formaban un solo núcleo ardiente, lanzando espesas nubes de humo negro hacia el cielo ya rojizo del ocaso. El agua llegó desde aquel lugar en fuertes y altas olas, zarandeándolos con fuerza, hundiéndolos de nuevo, sacándolos a flote… Brigitte se aferró a una mano de Número Uno y los dos nadaron hacia la isla, desviándose del embarcadero, viendo a los robots que aparecían entre las llamas que se extendían por las tablas.

—De prisa… —jadeó Uno—. Están llegando los demás…

Se soltaron y nadaron a su máxima potencia hacia las rocas de la derecha del embarcadero. Los robots iban hacia la playa, esto es, hacia la izquierda, lugar a donde, al parecer, se dirigían también las otras lanchas que llegaban; los yates se veían al fondo, quizás a media milla, por lo menos.

Uno fue el primero en escalar las rocas y se tendió en ellas, alargando una mano hacia Brigitte, que se sujetó con la suyas y se encogió, de modo que el espía la alzó limpiamente, como si fuese una pluma, hasta lo alto de las rocas. Quedaron jadeantes, mirando hacia el cielo. Los helicópteros estaban volando hacía ya más de un minuto por encima de la isla. Habían retenido su marcha para seguir a las embarcaciones, pero al ver la isla se habían adelantado, comprendiendo que aquel era el punto adonde se dirigía la primera lancha escapada.

Sonriendo dulcemente, Brigitte metió la mano por el cuello bajo la malla que cubría todo su cuerpo y sacó la pistola del suramericano, envuelta en un plástico. Deshizo el paquete y la examinó.

—Se ha mojado tan poco, que no creo que falle. Vamos hacia la casa, Uno. Tenemos que apoderarnos de ese control antes de que los robots hagan una carnicería.

—Me parece que ya no podremos evitar parte de esa carnicería.

Uno señaló hacia la playa, donde un robot, metido en el agua hasta las rodillas, había lanzado una de sus cápsulas de explosivo concentrado hacia una lancha, que saltó en pedazos, en una intensa llamarada roja.

—¡De prisa! —gimió Brigitte.

Corrieron hacia la casa, tranquilizados respecto a los robots, ya que todos estaban en la playa. Entraron sin novedad, por la puerta de atrás de la cocina. No había nadie allí, y corrieron hacia el vestíbulo, luego miraron en el *living*…

—Están arriba, ¿no? —se extrañó Uno—. ¿Qué estás buscando por aquí?

—A Richard Adams… ¡Veamos si está en su cuarto!

Se dedicaron a abrir las puertas de los dormitorios de la planta baja. Solo en uno de ellos había señales de estar ocupado: ropas por el suelo, zapatos, restos de comida…

—Es aquí, pero no está —dijo Uno—. ¡Vamos arriba!

—Hay una alarma; nos oirán.

—¿Y qué? —dijo secamente el espía—. Ya no tienen a los robots para defenderse. Tendrán que hacerlo por ellos mismos.

—Eso es cierto, amor —sonrió fríamente Brigitte—. Y creo que lo harán muy mal. Vamos… ¡Espera!

Brigitte se acercó a la cama y recogió el pequeño receptor de televisión, abandonado allí por Adams, al parecer.

—Es extraño —musitó mientras lo ponía en marcha—. No creo que se haya olvidado de esconderlo. Parece que haya tenido que salir a toda prisa, que lo haya dejado tirado en su precipitación…

La imagen apareció enseguida, y Brigitte lanzó una exclamación. Richard Adams estaba en el cuarto de control, con Margo Stevens, Chandler y Fowler. El anciano agitaba furiosamente los brazos, acercándose a los mandos que manejaba Fowler. Su voz, crispada, cascada, llegó hasta los dos espías en el final de una frase:

—¡… Cometáis más asesinatos!

—Lo van a matar —musitó Brigitte—. ¡De prisa, Uno!

Tiró el pequeño televisor y salió a toda prisa del dormitorio de Richard Adams, seguida de Número Uno, que iba a manos limpias, sin arma alguna.

* * *

—¡Salga de aquí, Adams! —gritó Chandler—. ¡Salga ahora mismo o le va a pesar!

—¡No! ¡Ya no quiero que mis hijos cometan más asesinatos! ¡No lo consentiré! ¡Os mataré a todos, a vosotros, a ellos…! ¡Os destruiré a todos!

Margo Stevens le empujó cruelmente, burlándose.

—Salga de aquí, viejo loco —rio—. Vaya a la playa a ver el trabajo de… de sus hijos.

—Bruja… te voy a…

Adams parecía realmente estar loco. Lanzó sus manos hacia el cuello de Margo Stevens y lo rodeó completamente, apretando con tal furia, que la mujer quedó instantáneamente sin voz. Los flacos dedos amarillentos habrían dado pronto buena cuenta de ella si Aaron Chandler, furiosamente, no hubiera disparado dos veces

contra la espalda del inventor de juguetes. Este se quedó inmóvil, y Margo aprovechó para quitarse las manos del cuello, empujándolo violentamente, chillando de rabia y de miedo… Richard Adams fue enviado al fondo del pequeño cuarto insonorizado, dando traspiés, con los ojos más desorbitados que nunca, crispadas sus facciones.

Cayó de bruces, como un viejo árbol ya muerto que finalmente es abatido por un certero hachazo. Todavía pudo alzar la cabeza, apenas una pulgada.

—A… a… ase… sinos… ¡Asesinos!

Su cabeza se abatió, su cuerpo se estremeció, y, finalmente, quedó completamente inmóvil. Margo se abalanzó contra él, propinándole furiosos puntapiés en los costados.

—¡Debimos matarte antes, maldito! —Chillaba—. ¡Debimos…!

Chandler la apartó rudamente de allí.

—Cálmate —gruñó—. No podemos perder los nervios por un pobre viejo chiflado. Ya está muerto, de modo que olvídalo. ¿Está claro?

—¡Me iba a estrangular! —chilló Margo, lívida todavía de miedo.

—Pero no lo ha hecho. Olvídalo. Veamos cómo va el asunto de la playa.

Fijaron su mirada en las pantallas de televisión. Los robots habían destrozado ya tres lanchas, y se agrupaban lanzando largas llamaradas hacia todos lados. Los helicópteros intentaban descender agresivamente sobre ellos, pero los lanzallamas tenían tanta potencia, que los alejaban inmediatamente. Justo en aquel momento, uno de los robots alzó el brazo izquierdo hacia el más osado de los helicópteros y le lanzó una de las cápsulas explosivas… Inmediatamente el helicóptero saltó en pedazos rojos, ardientes, envuelto en una llamarada central con la armazón metálica, con tan mala fortuna que todo el amasijo ardiente fue mar adentro, en una línea oblicua, que le llevaba directamente hacía el más veloz de los yates, que llegaba en aquel momento… La explosión fue espantosa, un montón de maderas blancas saltaron en un surtidor gigantesco, revueltas con llamas, nubes de espuma blanca, destellos rojos, negros, anaranjados…

—Son invencibles… —jadeó Fowler—. ¡Son de verdad unos asesinos invencibles! ¡Cuando construyamos más, seremos los amos

del mundo! ¡Haremos ejércitos de robots para las guerras! ¡Ejércitos de asesinos para movimientos políticos! ¡Ejércitos…!

La puerta del cuarto de control, que estaba ajustada solamente tras la intempestiva entrada de Richard Adams, pareció ser arrancada de cuajo más que abrirse. Una gigantesca sombra negra entró en la habitación, veloz y destructora como un rayo.

Margo lanzó un chillido cuando un hombro de Número Uno la golpeó fuertemente, derribándola; fue como una caña seca que se opusiera a un huracán. Aaron Chandler alzó precipitadamente la pistola, pálido por el sobresalto, casi aterrado ante aquel ceñudo individuo que iba directo hacia él, como si no viera la pistola… Y con una rapidez tal que antes de que pudiera apretar el gatillo la mano izquierda de Número Uno se la había arrancado de un manotazo, tirándola al aire. Y aún antes de que Chandler pudiera exteriorizar su terror con un grito, la mano derecha del espía, rígida, como una cuchilla feroz, se abatió con espantosa fuerza sobre su cabeza, en un hachazo brutal que hendió el cráneo con estremecedor chasquido de madera astillada, fulminándolo, como si fuera a hundirlo en el suelo.

Percy Fowler sí tuvo tiempo de gritar. Incluso tuvo tiempo de sacar su pistola, de apuntarla a aquel hombre increíble…

Desde la puerta, la agente Baby disparó, fríamente, sin alterarse. Igual que si estuviera haciendo ejercicios de tiro, solo que sus bellos ojos azules parecían congelados.

Fue un disparo a placer, sin vacilaciones, sin fallo en lo más mínimo. La bala dio donde la espía quería que diese: entre las cejas de Percy Fowler, que murió instantáneamente, y cayó sentado en la silla que había estado ocupando.

En el suelo, Margo Stevens había recogido la pistola de Aaron Chandler y movía ya la mano hacia Número Uno, que todo lo que pudo hacer fue saltar hacia un lado…

La agente Baby pudo hacer mucho más. Siempre sin alterarse, sin perder la compostura, disparó de nuevo y Margo Stevens saltó hacia atrás, con un balazo en el corazón, crispando su dedo en el gatillo… La bala dio en una de las pantallas de televisión, que explotó fuertemente, lanzando cristales y humo con fuerte impulso.

En todo el tablero de mandos hubo una serie de chispazos azules, chasquidos…

Y, de pronto, todo quedó a oscuras. Todas las luces de la casa quedaron apagadas, así como las demás pantallas, los mecanismos que dirigían a distancia a los robots… Todo quedó sumido en la más completa oscuridad.

—Uno… —Tembló la voz de Brigitte—. ¡Uno!

Los fuertes brazos del espía la rodearon, en la oscuridad. Oyó la suave risa de él, junto a su oído:

—No grites. Pueden oírnos los robots.

—¿Estás bien? ¿Estás bien, Uno?

—Regular solamente. Pero podré seguir adelante. ¿Y tú?

—También… —rio Baby, aliviada—. ¿Se te está ocurriendo lo mismo que a mí?

—Creo que sí: los robots han dejado de funcionar. Salgamos a ver cómo ha quedado la pelea. ¿O arreglamos antes la luz de la casa? Es de suponer que el cuadro de fusibles está en este cuarto, ¿no crees?

—Seguramente. Pero no necesitamos luz. Además, los robots podrían volver a funcionar… Vamos a ver a nuestros… colegas. Quizá quede alguno vivo.

Capítulo XVI

Efectivamente.

Quedaban vivos ocho de los doce hombres que habían sido invitados a una demostración en un islote. Dos de ellos, heridos. El británico, con su helicóptero, había quedado hecho pedazos. También faltaban el francés y dos suramericanos. Otros dos estaban heridos, pero habían conseguido escapar de su lancha a tiempo, saltando al agua cuando vieron que los robots, primero a uno y luego al otro, los apuntaban con sus brazos.

Era un grupo sombrío el que encontraron en la pequeña playa de la isla. Estaban rodeando a los siete robots, que permanecían inmóviles ahora en el agua, dos de ellos hundidos hasta la cintura, y los demás por debajo de la rodilla. Había tres en actitud agresiva, con ambos brazos alzados.

En menos de cinco minutos, la noche cerraría completamente. Por el momento, un rojo resplandor hacia el oeste, sobre el continente americano, permitía aún cierta visibilidad, más que suficiente… aunque no se pudieran distinguir bien los rostros unos a otros.

Todos se volvieron hacia la playa cuando vieron las dos sombras negras acercándose. Y todas las pistolas aparecieron en las manos de aquellos hombres. No hacía falta distinguir bien sus facciones para comprender que estaban dispuestos a todo. Delante de los robots, una lancha que se resistía a hundirse, daba un tono más rojo a la asombrosa escena. A la izquierda, y algo más lejos, el yate propiedad de Chandler y los otros continuaba ardiendo, en un resplandor cada vez menos potente, lanzando bolas de humo negro al cielo. Una de las lanchas se había soltado de su amarra, y flotaba a la deriva, mansamente…

—Somos amigos… —Brigitte alzó una mano—. No se preocupen

ya por los robots: no funcionan.

El agente de la CIA se adelantó y se quedó mirando a la mujer vestida de negro, tras una mirada de desconcierto al hombre.

—¿Usted es Baby? —preguntó.

—No.

—¿Quién es, entonces?

—¿Qué importa eso? Lo que sí importa es que todo ha terminado, y que pueden ustedes marcharse.

El ruso se adelantó impetuosamente.

—¿Marcharnos? ¿Por qué?

Brigitte se quedó mirándolo fríamente.

—¿Se le ocurre algo mejor? —preguntó en ruso. El hombre ladeó la cabeza, sorprendido.

—¿Es usted rusa? —musitó.

—No.

—¿Quién es? ¿Por qué no quiere decirlo? ¿Qué papel juega en este asunto?

—El mío. Mi consejo…

—No necesitamos sus consejos. ¿Quién hay en esa casa?

—¿Vivos o muertos?

—Vivos.

—Nadie.

—¿Los han matado ustedes dos?

—Más o menos, así es. Escuche, ruso, nosotros creemos…

—Ya le digo que no me importa lo que nadie crea. La cuestión, ahora, es la siguiente: ¿qué hacemos con los robots?

—¿Qué dice? —musitó Brigitte.

—Los robots. Comprenderá que no vamos a dejarlos aquí…

—Había pensado tirarlos al fondo del mar.

—¿Al fondo del mar? —exclamó el ruso—. ¿Está loca? ¡Ustedes harán lo que quieran, pero yo pienso llevarme uno de esos robots, para que sea estudiado…!

—¿Y para construirlos en Rusia? —cortó secamente Brigitte.

—¿Por qué no? ¿Acaso no harán lo mismo los demás? De todos modos, no me importa, insisto, lo que hagan los demás. Yo me llevaré un robot.

—Y yo.

—Y yo…

Todos querían quedarse con un robot. Menos Brigitte y Número Uno, que permanecieron silenciosos, mirando de uno a otro de aquellos hombres que ya habían demostrado su carencia absoluta de piedad al permitir que tres seres humanos hubiesen sido sacrificados ante sus ojos, en un islote, solo para que quedase demostrado que los robots eran unos asesinos perfectos, infalibles, invencibles…

—Hay un pequeño problema —sonrió heladamente Brigitte—: ustedes son ocho, y solo hay siete robots. Es de suponer que uno tendrá que quedarse sin tan bonito juguete.

—¿Ocho? Yo creo que somos diez… —dijo el cubano—. ¿O acaso ustedes no quieren uno?

—No, gracias… —Alzó Brigitte una mano—. ¿Quizá tú sí quieres un muñequito de esos, querido?

—No. Les cedo mi parte en el botín.

El ruso los señaló con un dedo.

—Queda bien entendido que ustedes están fuera de sorteo. Y si quieren un buen consejo, para que la cosa no termine mal, absténganse de intervenir.

—Por supuesto —aseguró mordazmente Brigitte—: nos sentaremos en la arena, a ver el mar, y dejaremos que ustedes tomen sus decisiones.

—Eso está bien pensado. Y recuerden que nosotros somos ocho, tan peligrosos como puedan serlo ustedes, y que también estamos armados. ¿Entendido?

—No intervendremos. Solo una última pregunta, ruso: ¿qué pasará después del sorteo?

—Cada uno se irá por su lado, con su robot. No creo que nadie tenga ganas de pelear. Nos separaremos… y asunto concluido.

—Es una buena idea.

Brigitte se cogió de un brazo de Número Uno y los dos se alejaron, hacia una palmera. Se sentaron allí, mirando hacia el grupo, que se estaban poniendo de acuerdo sobre el modo de sortear el robot y marcharse a toda prisa de aquella isla, a la que, si bien no estaba en aguas jurisdiccionales norteamericanas, quizá no tardasen en llegar un par de lanchas de la U. S. Coast Guard, a fin de investigar el incendio del yate, que era el más alto, y se reflejaba ya en el cielo casi negro.

—¿Los vamos a dejar marchar? —Sonrió Uno.

—¿Cómo impedirlo? Son ocho, querido… Desde luego, no tan peligrosos como nosotros, pero creo que nuestro esfuerzo por retener esos robots para siempre sería en vano. Aunque solo quedase uno de ellos con vida, ya haría inútil nuestro sacrificio. Además, solo tenemos una pistola.

—Bien… —suspiró Número Uno—. Tanto da que se lleven un robot como siete, realmente. Sin embargo, creo que tendríamos que intentar algo.

—Déjalos. Que se lleven sus robots. Que se aniquilen unos a otros, que se destrocen… ¿Qué nos importa a nosotros?

—Oh, vamos, Brigitte… ¿A quién quieres engañar con esas palabras de indiferencia? ¿A mí? ¿O a ti misma? Hemos peleado como tontos para llegar hasta aquí, y ahora se nos llevan de entre las manos el fruto de nuestro esfuerzo. Se construirán cientos de asesinos invencibles como esos… ¿Y pretendes que yo crea que no te importa?

—Déjalos que se los lleven.

Número Uno frunció el ceño y se quedó mirando atentamente los brillantes ojos, que destacaban en la casi completa oscuridad. De pronto sonrió, se llevó una mano de Brigitte a los labios, la besó y dijo:

—Sé que lo impedirás. No sé cómo, querida, pero te estás guardando el último triunfo. Como siempre. ¿Puedo yo hacer algo?

—Por ahora, no. Los dejaremos marchar… tranquilamente.

—Está bien. Ellos…

Lo de «tranquilamente» no pasaba de ser una suposición de la agente Baby. Interrumpiendo a Uno, en el grupo de espías sonó de pronto un disparo, y un hombre se desplomó, de espaldas, en la orilla del mar. Solo eso. Nadie se alteraba demasiado allí por un muerto más o menos. Todos eran… de la profesión.

Uno se destacó del grupo, acercándose a ellos. Era el agente de la CIA. Se quedó mirando fijamente a Brigitte, con la pistola caliente en la mano.

—El cubano no se conformó con quedarse sin robot, y tuve que matarlo. Lo siento de veras.

—¿Por qué tanta ternura? —dijo Brigitte—. ¿Qué importa un muerto más o un muerto menos?

—Creo… creo que usted tenía razón. No me interrumpa… Sé que es usted la agente Baby. Yo… Me gustaría tener agallas para desobedecer una orden de la Central, pero me dijeron que si podía les llevase uno de esos robots, y eso es lo que voy a hacer. ¿Quiere algún recado para la Central, Baby?

—Solo para usted, Simón —susurró la espía—: si sale con vida de este asunto, cosa que dudo, espero que los remordimientos no le dejarán dormir hasta el fin de su vida. ¿Se da cuenta de lo que usted y esos fanáticos están haciendo? Asesinos invencibles, robots… ¿Usted no es capaz de comprender la realidad de todo esto?

—Sí, pero tengo que obedecer.

—Lo siento por usted. Hasta nunca.

—Adiós…

El hombre de la CIA se alejó, reuniéndose con los seis que quedaban con vida. Al parecer, se habían puesto de acuerdo amistosamente, y se ayudaron unos a otros a llevar sus respectivos robots a los helicópteros, a los yates, a las lanchas…

En diez poco más de minutos, los siete artefactos, ahora inactivos, como chatarra que eran, estuvieron cargados en los vehículos de los siete «afortunados».

El yate de un suramericano fue el primero en ponerse en marcha, pero pronto fue rebasado por dos lanchas, alejándose hacia el sur. Los dos helicópteros ascendieron raudamente…

Número Uno pasó un brazo por los hombros de Brigitte, y se apoyó más cómodamente de espaldas en la palmera bajo la cual se hallaban ambos sentados.

—Bien… Estoy esperando tu juego de magia. Baby.

—¿Acaso no estás bien aquí, contemplando las estrellas… y conmigo en tus brazos?

—La verdad es que sí. Veo que nos han dejado un par de lanchas que deben de ser las de los amos de los robots. Eso quiere decir que podremos volver al continente y… separarnos de nuevo.

—Hasta que nos veamos en París, solamente —recordó Brigitte.

—Por supuesto. ¿Y bien?

—De acuerdo —asintió Brigitte—. Vamos hacia la casa. Espero que las instrucciones que Richard Adams me facilitó, sirvan para algo.

—¿A qué te refieres?

—Pues… ¿Has olvidado que cada uno de esos robots lleva una gran carga explosiva dentro y que puede ser accionada a gusto de quien esté en los mandos a distancia?

—¡Ya sabía yo que tú no consentirías…!

Una iluminación clara, abundante, llegó por detrás de ellos. Se volvieron los dos a la vez y vieron la casa iluminada como antes de que el cortocircuito fundiera los fusibles.

—¿Habrá quedado un robot que se dedica a arreglar los desperfectos?

—Vamos a verlo —sonrió Brigitte.

Estaban poniéndose en pie cuando vieron las distintas llamaradas, lejos de ellos: dos en el cielo y cinco en el mar, dispersas. Los estampidos llegaron algunos segundos después, cuando ya los helicópteros destrozados caían hacia el profundo mar, envueltos en llamas… En cinco puntos lejanos otras tantas llamaradas indicaban las situaciones de las embarcaciones que transportaban robots.

—Han explotado… —susurró Número Uno—. ¡Han explotado los siete! ¡No llegarán a ninguna parte, ni los robots ni esos siete hombres! Si acaso, al fondo del mar…

—Ese es su sitio —dijo fríamente Brigitte—. Vamos a la casa, querido: parece que alguien se ha adelantado a mis propósitos.

* * *

Richard Adams estaba caído ante los mandos de distancia. Su flaca, huesuda, amarillenta mano derecha se veía cerca de uno de los botones de cristal, marcado con las palabras «Total Fire», es decir, fuego total.

La caja de los fusibles se veía abierta, y bajo ella, en el suelo, manchas de sangre, que sin duda habían caído de las heridas mortales que Adams tenía en la espalda.

Sentada, estaba Margo Stevens, con los ojos abiertos, que ya tenían con un brillo cristalizado, hierático.

También Richard Adams tenía los ojos abiertos, y una extraña sonrisa en los labios. Brigitte se inclinó hacia él y pasó una mano por la blanca, revuelta, rebelde cabellera del viejo constructor de juguetes para niños.

—Lo entiendo, señor Adams… —musitó la espía—. No es agradable matar a los propios hijos, ¿verdad?

—Aaaa… Yo… Los… los niños…

—No tendrán ese juguete, tranquilícese. Intentaremos…

Pero no había nada que intentar en favor de la vida de Richard Adams. Había llegado al límite de sus fuerzas, y, realmente, su labor, con dos balas en la espalda, había sido excesiva. De manera que bien merecía el descanso eterno de la muerte.

Se llevaba consigo el secreto de unos asesinos invencibles, a los que solo él, ciertamente, había sido capaz de vencer.

Este es el final

La fiesta había sido un éxito completo. Ciertamente, no había podido ser celebrada la noche última de mil novecientos sesenta y siete, pero los amigos de Brigitte Montfort estaban bien con ella en cualquier día o noche del año.

El cuadro, finalmente terminado por Samuel Dodecabro, había sido el centro de atención y tema de las conversaciones. Todos lo habían admirado y el buen Dodecabro no sabía si creer que, realmente, tenía siete peticiones más, de otras tantas personas, para ser llevadas al lienzo por él. Uno de ellos, Frank Minello, que era quien más había estado gritando toda la noche, persiguiendo a Brigitte por el apartamento de la espía, ante el enojo de Miky Grogan, que se sentía celoso. También Miky Grogan quería un cuadro, un retrato pintado por Dodecabro.

Este se despedía en aquel momento de la espía, en el vestíbulo, reteniendo una de las doradas manitas.

—No sé… Bueno, usted sabe que yo no soy hombre de palabras, ni amigo de cumplidos… Quiero decir…

—Yo le entiendo, Samuel… —Sonrió Baby—. Si realmente quiere quedar bien conmigo, solo tiene que pintar a todos mis amigos tan bien como a mí. Y eso… es fácil para usted.

Dodecabro se fue, con los ojos brillantes. El éxito. Allá estaba, a su alcance.

—Nosotros también nos vamos —dijo Minello, enfurruñado.

Brigitte se quedó mirándolo, y luego a Miky Grogan, que estaba junto al periodista deportivo.

—¿Los dos a la vez? —se extrañó.

—Hemos hecho un pacto.

—¿Qué pacto?

—Ir a emborracharnos y a llorar juntos por un amor imposible.

Brigitte se echó a reír y los despidió con sendos besos, que

hicieron brillar los ojos de Minello y Grogan. Pero como sabían que eso sería todo, decidieron marcharse, quizá de verdad a emborracharse…

Por fin, Brigitte quedó sola en el apartamento, cerrando la puerta tras Grogan y Minello. Suspiró, entró en el grandioso *living* y se quedó mirando con el ceño fruncido a Peggy, que recogía las botellas, copas, bandejas…

—Deja eso, Peggy. Mañana tienes tiempo sobrado para hacerlo.

—Sí, señorita… Olvidaba que usted se va en el avión de las diez de la mañana… Iré a abrir, con su permiso.

Había sonado el carillón de la puerta; Peggy regresó en compañía de un personaje mohíno, sombrío, cuyos ojillos astutos parecían rehuir el choque con los inmensos y bellísimos de la espía.

—Oh, señor Pitzer… —dijo esta, fríamente—. ¿Desea algo?

—El asunto de los robots se… resolvió de un modo… desconocido, Brigitte. Nadie quedó vivo para contar nada. No hemos encontrado ni un solo robot… pero recibimos una llamada por radio, desde el helicóptero que utilizó uno de nuestros agentes.

—No sé de qué me habla —mintió tranquilamente Brigitte.

—La llamada decía que la agente Baby tenía razón en el asunto de los robots, que aquello era… una monstruosidad.

—¿De veras alguien opinó así? Me alegra saberlo, señor Pitzer. Pero, por favor, abrevie. No tengo tiempo para dedicarle. Ni un segundo.

—Bien… He venido solamente a decirle que… ha habido serias reflexiones al respecto en la CIA. En resumidas cuentas, vengo a solicitar que… que continúe con nosotros.

—¿Me dan la razón, al fin?

—Eso parece —gruñó Charles Pitzer.

—¿También me la da usted, de un modo personal?

—Aunque no lo crea, yo siempre estuve de parte de usted. Quisiera decirle cómo acabó el asunto, pero nadie lo sabe. Unos guardacostas encontraron una isla, con lanchas hundidas, quemadas. Y una casa en ella, en la que había cadáveres, un panel de mandos a distancia… Pero nadie había vivo allí. Creemos que todos los que han intervenido en el asunto han muerto.

—Lo lamento de veras… —Sonrió irónicamente la espía más astuta del mundo—. Esto les enseñará a apreciar los magníficos

servicios de Baby.

—Ejem… El caso es que el agente que iba en el helicóptero dijo… dijo que estaba seguro de que la agente Baby estaba en aquella isla…

—¡Qué disparate, tío Charlie!

—¿No estuvo usted allí?

—¡Por supuesto que no! —replicó la muy cínica espía.

—Vaya… Es una lástima que no podamos tener un informe completo de lo sucedido…

—Sí. Es una lástima. ¿Una copa de champaña, tío Charlie?

—Creí que no podía dedicarme ni un segundo.

—Ahora, sí. Emmm… Con guinda, claro.

—Con guinda —sonrió Pitzer.

—¿Quieres servirnos, Peggy? Ah, tío Charlie, me marcho unos días, de vacaciones. No le digo adónde, porque no quiero trabajar durante una semana y…

—¿Está cansada de algo? —preguntó maliciosamente Pitzer.

—No… No, no, de veras. Es que… tengo una cita muy importante para mí. De manera que tomaremos esta copa y… ¡hasta la vista!

* * *

La bellísima pasajera del vuelo 715 de la Panam, ya cumplidos sus trámites legales, recorrió velozmente el camino que conducía a la salida del aeropuerto de Orly. Llevaba una sola maleta, que no había querido dejar en manos de ningún empleado. Y un osito de felpa, de grandes ojos verdes y sonrisa simpática. Ese era todo su equipaje.

¿Para qué llevar más cosas a París, donde hay tantos y tantos modelitos preciosos en miles de escaparates…?

A la salida del gran edificio había un imponente coche deportivo, un Alfa Romeo de color rojo guinda. Y junto al coche, un hombre no menos imponente, atlético, viril, de anchos hombros, expresión recia, casi dura. Un hombre de ojos negros y cabellos color cobre, de manos grandes, nervudas, de artista…

—¿Taxi, *Madame*? —ofreció.

Ella se quedó mirándolo sonriente.

—*Mais oui. Merci.*

Entraron los dos en el asiento delantero, después que el hombre hubo dejado la maleta en el de atrás.

Y el taxista debía de ser un tipo muy fresco, un caradura, porque en lugar de poner el coche en marcha, abrazó a la bellísima viajera y la besó profunda y largamente en los labios.

Luego se quedaron mirándose, y el hombre, acariciando una mejilla de ella, musitó:

—No hace falta que hablemos mucho, ¿verdad?

—Así es. Nosotros no somos de los que hablan, y hablan, y hablan… Pero alguien quiere decirte algo.

—¿Quién? —Sonrió él.

La bellísima, despampanante dama de los ojos azules, echó hacia atrás al osito *Nicanor*, que dijo:

—Te quiero mucho.

FIN

Notas

[1] Ver la aventura titulada *Voodoo*, publicada en esta misma colección. < <

[2] Véase *Los espías no existen*, de esta misma colección. <<

[3] Véase la aventura titulada, precisamente, *El último tentáculo*, publicada en esta colección. < <